



s a b a
d o
m i n g o

Juan Uribe Echevarría



EDITORIA NACIONAL
GABRIELA MISTRAL





**EDITORIA NACIONAL
GABRIELA MISTRAL**

SABADOMINGO

COLECCION CORDILLERA



SABADOMINGO

Juan Uribe Echevarría



I

Nadie parecía prestar mucha atención a la belleza de aquella tarde de septiembre. La pista de carreras del Sporting Club de Viña del Mar lucía como una esmeralda enmarcada por los cerros crespos de vegetación. La lluvia de la noche anterior había limpiado la atmósfera, y el cielo, muy azul, se levantaba trasparente y profundo. Un sol brillante iba secando los prados húmedos que despedían tenues cendales de vapor. Al fondo, hacia Chorrillos, se divisaban las blancas figuras de los jugadores de tenis saltando sobre los rojos pisos de ladrillo molido.

Al costado de las galerías del hipódromo llegaban los gritos de júbilo de una multitud de espectadores elegantes que seguían las incidencias de un partido de hockey en el campo de los ingleses. *Come on Badminton!* ¡Arriba, Unión!

Sobre el pasto pisoteado lucían las camisetas de los jugadores y las blancas tenidas de las gringas deportistas.

De espaldas a la tarde, como escenas de un país diferente, en el recinto de las apuestas pululaba una multitud inquieta, moviéndose de un lado a otro en pequeños grupos desconfiados y misteriosos, consultando el programa de aquellas carreras de Beneficencia que transmitían por teléfono desde Santiago.

El público de siempre. Empleados de oficinas públicas, estudiantes de liceos diurnos y nocturnos, pescadores de la caleta Portales, gordos choferes viñamarinos que tenían el auto a la puerta, cabareteras y dueñas de casas de remolienda, vendedores de choapinos y ladrones. Gentes del pueblo, de oficios imprecisos, sacaban de los bolsillos del pantalón billetes macerados

como pelotillas de pan. Atorrantes de barba crecida, pantalones militares, zapatos deshermanados o zapatillas de gimnasia, discutían una y otra vez, con ojos desconfiados y delincuentes, antes de arriesgar un ganador a medias. No faltaban los vendedores de plátanos y maní, maní, que apostaban y vendían en los intermedios entre carrera y carrera.

Era una colmena. Los gitanos, con sus enormes sombreros de cintas multicolores y pantalones de pana, gritaban en su idioma y en castellano frente a las taquillas. Apostadores de aire misterioso se movían y cambiaban señas frente a las rejas de Paddock, para correr sorpresivamente hacia las ventanillas de juego antes que la campanilla anunciara que se iban a timbrar los boletos. Como de costumbre, los rotos más pobres, después de echarle un vistazo a la primera cotización de las pizarras, apostaban fatalmente a los caballos de menor opción en busca del gran dividendo. Los jugadores de rayuela, arruinados en las primeras carreras, suspendían su deporte a la espera de algún amigo que los sacara del anonimato pasándoles cinco pesos.

Pedro Maturana tomó colocación en una de las filas frente a las ventanillas. Delante de él dos muchachos de chalinas y guardapolvos blancos discutían en voz baja. Uno de ellos revisaba una página de *Las Ultimas Noticias* con nombres subrayados a lápiz.

A última hora se cargaba el juego en determinados caballos. Todos sabían que, por infinitos motivos, algunas carreras estaban arregladas de antemano. Esto, en lugar de desmoralizarlos, parecía darles mayor entusiasmo para sorprender la trampa en un cálculo estrecho de todas las posibilidades legales o torcidas. Los más advertidos no perdían detalle, observando el juego de determinadas personas que podían estar en el secreto de la carrera. Las voces se asordaban.

—Cuatro arriba y dos abajos a *Cajón del Rey*.

—Veinte ganadores secos a *Cajón del Rey*.

—Ese es amigo de un cuñado del preparador Salfate. Lo mandan a jugar en las galerías.

—Fijo que le ha llegado telegrama de Santiago.

—¿Sí? También pierden los telegramas.

Maturana echó mano al bolsillo para tentar suerte. Iba a la cancha, más que a jugar, a distraerse, con emociones rápidas, de algunas desgracias sentimentales que lo aquejaban. Hombre de variadas lecturas, apostaban de preferencia a nombres culturales, artísticos o históricos: *Schopenhauer*, *Boccaccio*, *Unamuno*, *Disraeli*, *Gabriela Mistral*, *Garcilaso*, *César Borgia*, *Sforza*, *Hernani*, *Espartano*. "En lo que han venido a parar mis estudios", pensaba con algún sonrojo.

Había reuniones en que ganaban músicos alemanes o poetas franceses. Tardes en que vencían los pintores del Renacimiento o expresiones criollas como *Tate Callaíto*, *Cómo se le Ocorre*, *Raulidora*, *Coco y Caña*, *Remoladora* y *Cicadeo*.

Los nombres de la cultura se hermanaban en asociaciones absurdas y caprichosas. Ciertos cruces disparatados obligaban a tentar suerte: *Acústica* por *Ojo por Ojo* y *Madame Staël*; *Malilme* por *Bachus Rey* y *Parlamentaria*; *Aretino* por *Agorero* y *Buena Señá*; *Alabastro* por *Isabelino* y *As-tu fini?*; *Carlo Magno* por *Schopenhauer* y *Cuñita*.

Aquella carrera le traía algunas dudas que debían resolverse entre *Fortín*, por *Aretino* y *Agua Roja*; *Malleco* por *Sentencioso* y *Jeringa*; *Lamartine* por *Rococó* y *La Paz*. A dos metros de la ventanilla se sintió suavemente tomado por un codo.

—Oiga, jefe, juéguele sin miedo a *Cajón del Rey*. No paga mucho, pero no puede perder —musitó una voz ronca y cautelosa.

Un hombre joven, rubio y crespo, de extraña indumentaria en la que se concertaban, en un desaseo variable, prendas de invierno y de verano, estaba a sus espaldas con aire suplicante. En los ojos, de un verde bilita, le bailaban la insolencia y la malicia. Era un date-ro muy conocido que recurría a los apostadores modestos cuando fracasaba con los pilotos fuertes.

—Me lo acaban de dar como fijo y no hallo a quién decirle. No me dejan pasar al Paddock. Larita pescó el soplo a última hora. Ya van a timbrar.

—Bueno, Chacarero, no le puedo jugar mucho, te diré. Te llevo en un ganador y se acabó.

—¿Y yo le digo algo?

Al regresar con los boletos en la mano, Chacarero había desaparecido. Ya sabía Maturana que si ganaba *Cajón del Rey*, el datero se haría presente como por encanto. Chacarero controlaba docenas de jugadores ricos y pobres, de a boleto, de a cinco y diez boletos, de a peso, de dos pesos cincuenta. Lograba que le apostaran tres y cuatro caballos en una misma carrera. Era su rebusque. A veces tenía datos buenos, auténticos; otras, los inventaba. Su especialidad eran las colonias extranjeras. Dateaba a árabes, españoles e italianos en constante renovación.

Chacarero había sido jinete aprendiz de algunos méritos, pero su inmoderada afición al vino y los causeos lo había engordado prematuramente. Se hacía pasar por "segundo" de preparadores conocidos, pero era apenas guanero, mozo de corral.

Aguantaba el invierno como perro de playa, para tomar la revancha en la temporada grande de Viña del Mar. Entonces venían sus amigos, jinetes y preparadores de Santiago. Ellos le conseguían trabajo en algún corral, a cambio de la presentación de mujeres y pilotos fuertes de Valparaíso y Viña. Los jinetes lo mandaban a jugar a las ventanillas de la galería. Con la boina hasta las orejas salía y entraba a los corrales y tomaba familiarmente de la brida a los caballos más famosos. Se acercaba a la reja del paseo. Era una actividad endiablada.

—Oye, Chacarero. ¿Qué hubo? ... ¿Ah?

Misterioso e importante, Chacarero no abría la boca. A lo sumo guiñaba un ojo marcando un número con los dedos.

Maturana estaba a la par con él. Había ganado y perdido sumas casi equivalentes. En cambio, gozaba de su charla sabrosa, de la más pura germanía hípica.

Cuando el soplo fracasaba, el datero lucía en las disculpas y explicaciones un entrenamiento perfecto. Valía la pena oírlo. En primer término citaba los nom-

bres y hazañas del padre, la madre y abuelos del perdedor, los aprontes de la última semana, el régimen acertado o equivocado de las comidas, el estado de la cancha, etc. Después venía la descripción de los imponderables: los caprichos del futre dueño del caballo; la salud del jinete o de la señora o de la hija o de la querida del jinete; la orden maliciosa del preparador en el último minuto; los insomnios o veleidades del propio caballo. Concluía la disertación con alguna sentencia:

—¡Qué quiere, jefe! Así son las carreras. Dato que no llega, sígale el rumbo.

Cajón del Rey, por *Scaramouche* y *Quiltra*, era una combinación sugestiva, capaz de aparecer al día siguiente, con letras gruesas, en las páginas de los diarios.

Restaban algunos minutos para la transmisión telefónica de la carrera, y Maturana, apoyándose en la reja que lindaba con la cancha del Club Inglés, se sumió en la contemplación del partido de hockey.

Era divertido, pero también bochornoso. Jamás hubiera creído que iba a llegar a la apuesta telefónica, arriesgando su dinero en algo que no presenciaba, en las contingencias de una carrera que ocurría a muchos kilómetros de distancia. En fin, apostar en la temporada viñamarina con los caballos a la vista tenía sus encantos.

Eran tardes de domingo plenas de luz y animación. Todo el mundo iba a la cancha. Se veían mujeres hermosas, finamente ataviadas, del brazo de sus maridos o amantes. En los grandes clásicos decoraban el Paddock y el recinto de socios ex Presidentes y futuros Presidentes de la República, ministros, parlamentarios, grandes comerciantes e industriales, banqueros, diplomáticos, "lanzas" internacionales, jugadores de Bolsa. Los triunfadores de Santiago venían a Viña a petardear y lucir la existencia.

Luego estaba la exhibición de razas extranjeras: argentinos, peruanos, brasileños, gitanos ricos y pobres, yugoslavos, ingleses, alemanes. En las tribunas de primera descollaban los perfiles mediterráneos: árabes, españoles e italianos. Los españoles dominaban con ese

aire eufórico y dramático de espectadores de toreo que llevan a todos los espectáculos. Olor a casimir nuevo, a puro y coñac resbalándoles de la boca.

Se lo habían pronosticado. El aficionado de temporada grande continúa con la chica y termina jugando, con caballos o sin caballos a la vista, en los domingos de lluvia, guareciéndose en los arcos de las galerías, con los zapatos húmedos y la imaginación puesta en Santiago.

Una bella mujer de origen extranjero, famosa por los millones de su padre, especulador bursátil, se aproximaba al enrejado donde Maturana observaba a los deportistas. Venía acompañada de dos amigas muy elegantes que conversaban en inglés. Desde el recinto de apuestas se le acercó un hombre fuerte, moreno, de facciones duras e inteligentes, con gorra de chofer de casa rica. La dama se acercó al hombre y le habló en voz baja, con la boca casi pegada a la negra oreja, pasándole un fajo de billetes. El chofer saludó más como un amigo que como un empleado y se separó de ellas.

La multitud empezó a moverse hacia las pizarras en que se cotizaba el juego. Las apuestas estaban hechas y muchos calculaban lo que podían recibir si ganaba tal o cual caballo. Se discutían la opción y peligros de los pura sangre más favorecidos por el juego.

—Me gusta *Malleco* por línea, por tiro y por monta también...

—¡Qué va a ganar!... Llegará primero a la avenida...

—*Lamartine* les tiene el pecho comido desde la partida...

—No le he podido tomar el rumbo a ese caballo...

—Ahora corre con kilos cómodos...

—Es cierto, pero ¿va para adelante?, ¿va para atrás? Nunca se sabe.

Maturana subió lentamente por las escaleras. El gordo telefonista daba su aló, aló, displicente, anunciando por cuarta vez los retiros y los cambios de montas. Jugadores ínfimos se divertían con el remate de caballos. Un palomilla negro, de gran melena y

chalina roja, iba ofreciendo los pingos, mientras saltaba de banco en banco:

—Última polla... Cuatro pesos ochenta por *Malleco*. ¿Quién da más?... Se lo llevaron.

Un niño descalzo, que hacía de secretario del rematador, pasó un boleto blanco a una vieja de moño. Esta pagó de a poco, moneda a moneda, con gran solemnidad, como si fuera a llevarse el caballo a la casa.

El rematador leía en el programa el nombre de otro competidor y hacía los comentarios del caso con una entonación de martillero profesional.

—A ver, a ver, ahora se va a rematar *Fortín*. Un peso por *Fortín*... ¿Nadie da un peso por *Fortín*?... *Chaucha*, cuarenta... Ochenta... Un peso veinte por aquí... Apurarse, señores, que se va a correr la carrera... Un peso cuarenta... Dos... Dos pesos veinte... Se lo llevó el joven. Ahora, nuevamente, se va a rematar una gran barrera. *Nieve*, hija de *Niel d'Or*... Esta es una gran yegua, les diré... La han estado dando como fija todos los diarios... Un peso, por aquí... Un peso cuarenta... Dos pesos... Eso es de hombre. ¿Quién da más?... Después les va a pesar...

El pequeño secretario descalzo saltaba ágilmente de a dos y tres escalones, repartiendo los boletos al par que recogía el dinero de las apuestas.

Se produjo el silencio espontáneo y certero de las multitudes. La voz del telefonista empezó a adquirir volumen sin perder del todo la entonación lenta y desgana-da:

—Preparándose... ¡En el punt...!

Volvió a aflojarse la tensión.

—*Lamartine* está nervioso... *Malleco*, mañoseando y dificulta la largada...

Algunos espectadores protestaban.

—Ya se corrió hace rato la carrera... En Santiago deben estar pagando... Este guatón del teléfono está haciendo ópera.

—Aló, Aló... ¡Ahora!... ¡Par...tieron! *Mallee*... co un poco adelante.

El telefonista demoraba segundos en una sílaba pa-

ra lanzar el resto de la palabra en un disparo, como si las letras fueran también corriendo y pasándose las unas a las otras.

—...Ahora, *Fooooor-tín* adelante... Segunda *Nieve*... Tercero *Cajón del Rey*... Cuarto *Requiebro*... *Malleco* y *Lamartine* con *Carmin* y *Tertulia*, al fondo... Faltan ochocientos metros... Van doblando la curva... *Nieve* adelante... Segundo *Cajón del Rey*... Tercero *Lamartine*... *Nieve* siem...pre adelante...

La galería estaba de pie y rugía.

—¡Echale, *Lamartine*!... Es tuya.

—¡Echale, *Nieve*! no le aflojís, ñatita.

—Faltan doscientos metros... *Cajón del Rey* adelante... Seguido por *Lamartine* y *Nieve*... Van a llegar...

Se repitió el silencio, corto y anhelante. La voz del telefonista alcanzó su mayor sonoridad.

—Primero *Cajón del Rey*... Segundo *Lamartine*... Tercero *Malleco*... Cuarta *Nieve*. Últimos, *Adriático* y *Tertulia*... Ganada por un pescuezo... El tercero a un cuerpo... Tiempo, un minuto y treinta y cuatro segundos... Se paga el orden.

El gentío corría escalones abajo. En las pizarras fueron apareciendo los números de los vencedores y los dividendos respectivos. Aumentaba el murmullo de los comentarios y el suelo se cubrió de boletos estrujados y rotos.

“Veintisiete ochenta por boleto no es del todo malo”, pensó. A su lado se hizo presente Chacarero con la cara triunfante.

Maturana le pasó el boleto jugado a su nombre y agregó los suyos.

—Cóbrame éstos también —le dijo.

El datero detuvo con gesto humilde a un empleado que pasaba y a los pocos minutos tenía el dinero en la mano sin necesidad de hacer fila.

—Ahora, un trago, Chacarero.

—Oiga, jefe, ¿por qué no convidamos a Larita? Allá viene. Anda algo atrasado el hombre, pero tiene nombradas muy buenas para las dos últimas carreras.

—Muy justo. Dile que venga.

Larita, el datero del cerro Barón, era el juego personificado y sin suerte. Alto, delgado, moreno, de mirada turbia y apasionada, vivía sumido en el mundo híptico. Acompañaba a los guaneros y aprendices a pasear los caballos por las rientes avenidas de Chorrillos y a bañarlos en las playas de Ocho Norte. Era más leal y derecho que Chacarero. Tímido y orgulloso, le soplaban los datos a su compinche, quien los explotaba dentro y fuera del hipódromo. Chacarero adelante. Larita a la siga, visitaban joyerías, tiendas, oficinas públicas, pero sobre todo farmacias, bares y restaurantes. Chacarero hacía el gasto verbal, Larita asentía, proporcionando opiniones técnicas. Servían de enlaces entre preparadores y farmacéuticos que suministraban “tónicos” brujos para dopar a los caballos sin dejar huellas. En los bares del puerto bebían gratis.

A Larita la pasión de las carreras lo había perturbado. En el cerro Barón, donde vivía, pasaba por loco. De joven había alcanzado fama como zapatero de obra fina, pero ahora se negaba a trabajar. Pasaba las tardes tendido en los faldeos del cerro con otros “rentistas” del barrio, apostando a las góndolas que llegaban al paradero de la estación.

—La colorada entrando por fuera... Voy cuarenta cobres a la colorada... Echale, colorada...

Acodados en el mesón, con media docena de cervezas al frente, Maturana oponía alguna resistencia a las intenciones de Chacarero para hacerlo jugar en la próxima carrera. Aconsejaba jugar a *Faucigny*, cubriéndose con *Litvinoff*. De pronto se quedó con la palabra en la boca, en un gesto muy suyo. Se disculpó y salió casi corriendo del bar. Maturana sabía a qué atenerse. Chacarero había divisado, sin duda, a algún cliente con muchos billetes.

—¿Le gusta *Faucigny*, Larita? —preguntó para estimular la conversación del datero.

—Por tiro, peso y distancia, puede ganar de un viaje, pero yo no le tengo fe al jinete ni al preparador... No vaya a creer que todos los jinetes se venden.

La mayoría de los jinetes son derechos... Juan Zúñiga nunca ha querido correr caballos llenos, recién comidos. Va todo el tiempo de frente... El Pitín Gutiérrez era jinete de primera y no había ganado nunca un clásico, por eso se negó a echar para atrás a *Rokoff*...

—¿Y los dueños de caballos no les reclaman a los preparadores?

—No sacan nada. Casi todos viven muy ocupados en sus fundos o negocios. Cuando Humberto Pérez pasó de jinete a preparador hacía lo que quería. Echaba para atrás o para adelante, a su gusto. Se reía de los dueños. Los tenía enfermos, con ataques. Humberto Pérez tenía cementerio particular de dueños de caballos. Mire, en esta carrera me gusta *Ismir*. Va con sesenta kilos. No importa. El preparador está molido y el caballo le va a cumplir los siete años... Conviene jugarle... Tiene que ir a la pelea... Cuando yo trabajaba en el corral de don Pedro Bagú...

Era el momento oportuno para retirarse. Cuando Larita recordaba sus experiencias como corralero se tomaba su tiempo. Al despedirse, Maturana le pasó un billete con el que el desesperado apostador ya contaba.

—Hasta luego, Larita. Ojalá le vaya bien.

—Hasta luego, señor. Muchas gracias.

Antes de partir, Maturana gastó unos minutos de conversación con el pintor Román, quien vendía boletos de a cinco pesos en una de las ventanillas de apuestas. Su amigo era, principalmente, pintor marinista, pero desempeñaba otras profesiones.

En el autobús azul estaban en mayoría las caras tristes de los jugadores prematuramente despojados que regresaban a sus casas fraguando planes para un futuro desquite.

Con la máquina ya en movimiento subieron, con mucha dificultad, dos hombres gordos y maduros en estado de embriaguez protectora. Se ayudaban con frases de gran cariño:

—Por aquí, Manuelito. Agárrese bien, compadrito. No vaya a tropezar.

Por fin lograron acomodarse sin prestar atención a

los chistes y bromas de los otros pasajeros. La escena hizo brotar una conversación general. Alguien comentó su mala suerte en la última carrera. Podía haber ganado, tenía el nombre del vencedor en la lengua, pero un amigo lo dio vuelta en la misma ventanilla.

Cruzaron a media velocidad por la hermosa Avenida de los Castaños. Frente a la casa de citas de la Amanda Peralta se había detenido un automóvil del que bajaban tres jóvenes elegantes y ruidosos.

Rumbo al mar, el ómnibus se detuvo unos minutos junto al Casino. Se iniciaba la temporada de juego. En aquella multitud que se agolpaba en las puertas, Maturana pudo distinguir, en un rincón, el grupo más tranquilo formado por los revendedores de contraseñas, los martingaleros empedernidos y croupiers de las salas políticas de puerto. Se hubiera bajado con gusto, pero el micro ya partía hacia la plaza de Viña.

Era un sábado de cadetes; los jóvenes guardias marinas se paseaban, con niñas preciosas, después de tomar onces en La Virreina, dentro de la juventud dorada. En un extremo de la plaza envuelta en suave crepúsculo, una viejita pentecostal, muy pulcra, rodeada de sus hermanos, confesaba débiles pecados con voz estridente, llamando a un arrepentimiento inmediato. Triunfaba la primavera. Un camión y dos victorias con músicos daban vueltas anunciando una función de circo y cubriendo el paseo con volantes multicolores.

El ómnibus repleto trepidaba hacia el puerto, bajo el cielo suavemente oscurecido, de un azul tierno, y avanzaba cerro abajo, entre casas blancas, rojas, verdes. Un mar color violeta subía y bajaba a lo lejos.

Junto a Maturana se había sentado un viejo nervioso, vestido como obrero, quien daba muestras de extraña impaciencia. Dio la alarma en voz baja. Había subido un "lanza", un ladrón de carteras que se encontraba de pie junto al chofer. El supuesto ladrón era un hombre delgado, sin sombrero ni corbata, la mirada baja y huidiza.

—Es muy conocido —murmuraba el obrero detective—. Siempre sube en este paradero.

Alguien propuso, con mucho misterio, avisarle al chofer o llamar a un carabinero.

—Nada se saca —observó el descubridor de ladrones—. Además son muy vengativos y el día menos pensado usted se los encuentra en una calle tapada.

Los pasajeros que iban en los asientos de atrás habían encontrado un nuevo centro de interés con la denuncia. Era divertido observar al supuesto maleante por entre los cuerpos de los pasajeros que iban de pie. Siempre con la vista baja, una mano en el bolsillo y la otra en el pasamanos de metal, el denunciado se mostraba ausente, impertérrito.

En la playa de Recreo se bajaron los gordos borrachos, muy compuestos y silenciosos. Tras ellos se deslizó el delincuente.

Maturana se sentía sumergido en una especie de beatitud soñolienta. Era su primer sábado casi tranquilo después de meses de desolación y angustia. Había adquirido la costumbre de matar horas haciendo recorridos completos, por cerros y playas, a las horas de escaso movimiento, semiadormecido por el ronroneo de las viejas góndolas. Era como huir de la realidad.

Un fuerte olor a carne sacrificada, a sangre y pescado añejo, le advirtió que se acercaba a la caleta Portales. Frente a la subida del cerro Los Placeres permaneció unos minutos indeciso. En aquel momento hubiera querido estar, simultáneamente, en cuatro o cinco lugares. En la playa, bañándose; en la caleta, conversando con los pescadores; en el Casino de Viña, observando el juego de punto y banca; en su pieza, leyendo o estudiando.

Atravesó los rieles del ferrocarril, acercándose a la playa. Algunos pescadores remendaban las redes y bebían café y vino en unos tarros oscuros. Lo miraron, como siempre, con desconfianza. Enhebró algunos pensamientos sobre el hermetismo desafiador de los rotos. Una ola alcanzó a mojarle los zapatos.

Sonaron risas burlonas a sus espaldas. Volvió sobre sus pasos. En la Escalera Política, así llamada por la abundancia de inscripciones electorales que afeaban sus

muros, dormía tendido un borracho. Arriba, en el cerro Barón, fulguraba la roja mole de la iglesia de San Francisco.

Primero se asomó unos minutos al "Club Social Sportivo. Fundado el 18 de septiembre de 1918".

"Pareces perro de indio —le había dicho una vez el poeta Galdames—. Entrás y sales, entrás y sales. Así no vale."

Se decidió por el Bar y Salón de Billar El Morro Chico, de la Avenida España 2090. Era el preferido por los hombres del Matadero. Allí confraternizaban, vestidos con buzos azules, con sus hermanos pescadores, más desamparados aunque no menos alcohólicos.

Del techo colgaban unas tiras de papel para cazar moscas. En el centro del local había un poste de madera con avisos en tiza.

Día

21

Pito 3-3 1|2

120

Eso significaba que al día siguiente el pito del Matadero sonaría entre tres y tres y media de la mañana, y que los animales sacrificados serían ciento veinte.

El local estaba muy concurrido. Matarifes y pescadores bebían, como siempre, arrimados al mesón. Maturana pudo sentarse a una mesa junto a la ventana que daba a la avenida.

Era en aquel bar donde había conocido al poeta Galdames. Maturana habitaba por aquel entonces en un pretencioso edificio de departamentos frente a la caleta Portales. Los cuartos eran muy chicos, como para pigmeos, y los muebles había que mandarlos hacer especialmente.

Asomado al balcón, se distraía viendo a los pescadores cruzar los rieles para dedicarse a la magia de convertir los peces en vino. . .

Una tarde lluviosa se decidió a conocer aquellas capillas de la euforia alcohólica criolla. Vestido con un abrigo viejo y un sombrero de varios inviernos entró, con la vista baja, al Morro Chico.

Le resultó divertido y volvió varias veces. Pedía cerveza y un sandwich caliente y aparentaba leer un diario o revista cualquiera.

Una tarde reparó en un hombre delgado, moreno, de rostro nervioso e inteligente, que hablaba con gran vehemencia. Los pescadores y matanceros lo escuchaban sonriendo.

“Algún periodista o agente político que viene a tantear el ambiente”, pensó. La voz del desconocido era ronca. Peroraba con brillo y abundancia de imágenes. Los matarifes, “puncetas” y “palancas” se habían declarado en huelga y discutían sus derechos.

—No sacan nada, amigos —decía el desconocido—. No sacan nada con traer carne de la Argentina. Del animal beneficiado tienen que salir tantas botellas de vino, fuera de mujeres... Da igual que traigan la carne de la gran China... De cada kilo tiene que tomar el obrero, el intermediario, el comerciante, el inspector de Impuestos Internos... Son los vivos que viven de los muertos...

—Ahora dicen que hay más civilización —intervino un pescador—. Hay que tener permiso y carnet. Usted trae tres docenas de pescados a la playa y no sabe cuánto valen. Tiene que venir un hombre de fuera a marcar el precio... Se acabó la conversación con las caseras...

—Si lo que pasa en este país —apuntó el desconocido— es que el gobierno oscila entre católicos y masones. Sería excelente medida hacer viajar a sus dirigentes que operan con ideas añejas, con más de treinta años de retraso. Ya que no leen, que viajen. Que vean cosas distintas, dentro de sus tendencias...

Las discusiones del mostrador tenían un gracioso desorden y cada cual hablaba por su cuenta, viniera o no al caso.

“¿Quién será ese tipo?”, se preguntaba Maturana,

intrigado. Los pescadores y matarifes parecían respetarlo y lo escuchaban con interés. Le preguntó al mozo.

—Es poeta, señor. Viejo amigo de la casa. Dicen que publica en los mejores diarios. Bueno para los chascos. Si quiere se lo presento.

No fue necesario. El desconocido se acercó a la mesa y con sonrisa alegre saludó a Maturana.

—Buenas noches, profesor.

—Buenas noches.

—No se alarme, profesor. Usted hace clases en el Liceo, ¿no es cierto? Yo soy apoderado de un sobrino y lo he visto por los patios.

Maturana invitó a sentarse y beber. Confraternizaron rápidamente.

El poeta Galdames acostumbraba bajar en las tardes por la Escalera Política rumbo al Morro Chico. Allí lo encontraba Maturana. A veces se sentaban en la playa lejos de los botes de pesca y conversaban contemplando cómo el mar lucía, nevado de gaviotas. Galdames le confesó que preparaba un largo poema dedicado a los pescadores y matarifes. Se llamaría "Caleta-Matadero".

—Lo haré en alejandrinos. Gusto del verso ancho.

Galdames daba una gran importancia a la historia de la humanidad en sus poemas. Su canto a los matarifes se remontaba a los sacrificadores sagrados de los tiempos antiguos. En las estrofas dedicadas a los pescadores intervenían San Pedro, Jesús, los argonautas, los chilotes, el *Caleuche*, las sirenas y los picasales de las rías gallegas y portuguesas. En trozos muy graciosos y de corte popular que el poeta leyó a Maturana había versos dedicados al congrio, los erizos, las albacoras, las ostras, las pescadas, los jureles, los pejegallos, y las tabernas del puerto con olor a vino y mar.

—Yo vengo aquí sólo a cargar el subconsciente, profesor, a confraternizar con mis elementos poéticos. Claro que también me gustan el vino y la gente del pueblo. Los pescadores cobran todos los días y son muy hermanables. El que hoy no pescó nada, mañana puede pagar la corrida. El día sábado mandan los matarifes y

les cubren las atenciones a los playeros. Estas son profesiones de mucho vino.

Maturana simpatizaba con la curiosidad popular de Galdames, a menudo salpicada con algunas críticas a los pedagogos.

—La mayoría de los profesores no saben nada auténtico y concreto —insistía el poeta—. Por eso aburren a los chiquillos. El profesor es el que más debe observar la vida directamente, pero se lo pasan encerrados en sus piezas, corrigiendo cuadernos. Quieren hacer de cada alumno un oficinista cumplidor y sin sangre. Los de ciencias, por ejemplo, ¿cuándo me hablaron a mí de los peces chilenos, de los árboles chilenos, de las yerbas medicinales?

Galdames se exaltaba con facilidad. Bebía y fumaba nerviosamente, enhebrando argumentos pintorescos y paradójales.

—¿Un trago, profesor?

—Un trago, poeta.

Guiado por su amigo, Maturana iba conociendo la vida del barrio que durante meses había observado como un mundo extraño e inaccesible desde el balcón de su cuarto. El poeta le hizo conocer el restaurante El Matarife, de la Avenida Pellé 12, con sus murales de temas huasos y marineros. De vez en cuando, le presentaba a un matarife de traje azul de mecánico descolorido por el tiempo; con la enorme cuchilla y "afil" al cinto.

—Este hermano es "palanca" —anunciaba el poeta, como quien presenta al poseedor de un oficio inigualable—. Y este otro amigo es "punceta", hipnotizador también... Mira al astado, y pronto, se acabó.

Maturana se negaba a menudo a esas presentaciones que terminaban en un desfile terrible de botellas, bebiendo de pie entre hombres de barbas oscuras, con los pies desnudos, manchados de sangre.

—Esta la pago yo.

—No. Será la próxima. Esta corre por mi cuenta.

Y seguía, por horas, el discurso eufórico y el chocar intermitente de los vasos.

Maturana prefería una situación diferente. Sentar-

se en un rincón; beber algo, comer un sandwich y comentar lo que sucedía alrededor. Esto le parecía a Galdames una traición.

—No se puede venir a observarlos como animales raros. Hay que participar.

—Si no es eso. Es que beben demasiado y obligan.

—Bueno, bueno. Ya está. Conforme.

Aunque de mal humor, el poeta aceptaba a regañadientes el tutelaje pedagógico de su amigo. Se reconciliaban con algunas bromas.

—Ustedes, los profesores, son los enemigos más feroces de la alegría. ¿Cómo es posible que les entreguen la juventud?

—Sí, claro, pero tú tienes a tu pariente en el Liceo, ¿ah? Por qué no le enseñas en tu casa. Es aburrido enseñar, ¿no es cierto?

Galdames se mostraba siempre preocupado por los colegios. Asistía a las reparticiones de premios, a los desfiles, conferencias y revistas de gimnasia. En el fondo le hubiera gustado ser maestro de una pedagogía nueva, poética, contar con un auditorio seguro en lugar de verse obligado a buscarlo por los bares y plazas.

Era un guía infatigable y gustaba mostrar los recovecos del barrio. En su compañía, Maturana conoció a doña María, mujer gorda y rubicunda, dueña de La Casa Colorada. Desde la ventana de su taberna se veían los grandes árboles de la Avenida Pellé, frente al Matadero.

La tabernera tenía sus agarradas con los comisionados policiales e inspectores de Impuestos Internos y se negaba a servir vino en el mesón. Sus clientes debían sentarse y soportar la presencia de un plato vacío, con cuchara, cuchillo, tenedor y una celestinesca taza de té. Los adoradores del vino suelto bebían en actitud de esperar una cazuela que nunca llegaba. A los que reclamaban de tantos preparativos, la robusta señora les respondía:

—Me ligan mil pesos de multa si les doy en el gusto.

—¿Y qué le van a hacer los mil pesos a usted, doña María?

—Nada, pues. Pero eso de recibir la citación, ir al Juzgado y esperar que la llamen a una, es mucha molestia.

Doña María, digna sucesora del legendario maestro Jerez, preparaba algunas mañanas, anunciados con tiza en el pizarrón de la entrada, cocimientos resucitadores: caldo de troncos, curanto en ollas, sustancias, chunchules y otros platos secretos y mágicos de la cocina popular.

El poeta era un bebedor a la redondilla. No se prodigaba en un mismo sitio. Repartía la semana en diferentes locales, aunque mostraba cierta preferencia por los bares con personería jurídica. Su predilecto era el Club Social Sportivo, en la Avenida España 2060. Cantina de verano, en la entrada lucía una vieja higuera y bambúes metidos en barricas de vino. El Social Sportivo contaba con bar, peluquería y sala de pimpón adornada con copas de metal y diversos trofeos. En las tardes de temporal, subían hasta la plazoleta de la vieja iglesia de San Francisco, encaramada en el cerro Barón, apoteosis del ladrillo ennegrecido por los vientos marinos, con sus escalinatas blanqueadas por las deyecciones de las palomas.

Después de contemplar el oleaje, apagaban la sed en el local del Fluminense F.C. Galdames imponía la visita al templo, que mostraba como de su propiedad particular.

—Es la iglesia más marinera de los cerros porteños —repetía el poeta—. Ella sola vale más que todo Viña del Mar... Yo pasé mi niñez aquí cerca, en la calle Setimio Severo, donde vivía mi abuela.

Cerca del altar de San Francisco había una lápida vertical ilustrada con una mujer triste bajo un sauce llorón.

*Juan Ramón Rivera,
Capitán Ayudante del
Buen 1.º de Línea.
Por la Patria
combatiendo valerosamente*

recibió una mortal herida
en la Gran Batalla de Chorrillos,
Librada el 13 de Enero
de 1881.

En Lima, el 23 del
mismo mes

dejó de existir a la
edad de 39 años.

Su desconsolada esposa
trajo los restos
y le erigió para eter-
na memoria
este recuerdo.

Galdames recorría las naves solitarias leyendo en voz baja, con entonación de poema, las inscripciones de las policromadas figuras en relieve que representaban los pasos de la Pasión de Cristo.

I *Jésus condamné à mort.*

II *Jésus chargé de sa croix.*

III *Jésus tombe pour la terre.*

IV *Jésus rencontre sa Ste. Mère.*

V *Jésus reçoit l'aide du Cyrénéen.*

VI *Véronique essuis la face de Jésus.*

VII *Jésus tombe pour la 2^{me} fois.*

VIII *Jésus console les fili. . .*

IX *Jésus tombe pour la 3^{me} fois.*

X *Jésus dépuillé de ses vêtements.*

XI *Jésus attaché a la croix.*

XII *Jésus meurt sur la croix.*

XIII *Jésus remis a sa Mère.*

XIV *Jésus mis au tombeau.*

Antes de salir, el poeta se detenía junto al pequeño armonio francés destinado "para C. Kirsinger y Cía., Valparaíso. Fabricado por Alphonse Rodolphe Facteur d'Orgues, Harmoniumns et de Pianos. Rue Chaligny, 15 Boulevard Mazas à Paris".

Una que otra vez, Galdames imponía el bar Amster-

dam. El poeta mantenía conversaciones secretas con el dueño, un matón de mirada dura y escrutadora, con un clavel en la oreja y al que se le suponían negocios de contrabando.

Maturana se cuidaba muy bien de hacer preguntas indiscretas a su amigo. Este le confesó que vivía en el cerro Larraín, hacía trabajos de publicidad y ocasionalmente se dedicaba a la venta de libros y cuadros con otros poetas de Santiago.

Galdames era muy reservado en todo lo referente a su familia y domicilio. Esperaba a su amigo en algún bar señalado el día anterior y, en cuanto Maturana mostraba cansancio, se despedía. De vez en cuando solicitaba algún libro que devolvía cumplidamente.

A pesar que la conversación alegre y estimulante le servía para disipar el tedio pedagógico, Maturana decidió cambiar su residencia al puerto. Ganaba una hora más de sueño por las mañanas. Tenía buena cabeza y un hígado resistente, pero se sentía un tanto aburrido de tanto vino disparatado en las cantinas que rodeaban el pretencioso edificio de departamentos. Bebió unos últimos tragos por los asesinos de peces y vacunos y se trasladó a una casa de pensión en la calle Huitto, cerca de la Plaza Victoria.

Primero tentó suerte en el primer piso. La dueña, una voluminosa italiana, ex cantante de ópera, vivía de recuerdos, rodeada de gatos, una lora y canarios cantores.

En el amplio y frío comedor con piso de baldosas rojas, la mesa de doña Gilda era privilegiada y se comía mejor. A ella tenían acceso sólo los aficionados a la ópera, entre los que se contaban un italiano vendedor de medias y sostenes, un inspector de Impuestos Internos y un maestro de coros, jubilado. Eran verdaderos eruditos en divos y divas y se permitían cantar a media voz las arias más conocidas.

Como pensionista nuevo, a Maturana le habían asignado una mesa minúscula e individual, en un rincón, junto a las jaulas de los canarios cantores. A sus oídos llegaban los nombres de Pietro Navia, Gilda Dalla

Rizza, Nino Picaluga, Giuseppina Cobelli, Miguel Fle-ta, la Cristoforeanu, la María Barrientos, el maestro Pa-dovani, el bajo Mansueto y las más famosas mezzosopra-nos, porque doña Gilda era de esta última cuerda. Sus mejores éxitos los había conseguido en Nápoles, Milán, Palermo y, mucho después, en Buenos Aires y Santiago, cantando *Carmen*.

El profesor de coros, muy gordo y risueño, se co-mía las mejores chuletas, porque recordaba los elen-cos de todas las compañías líricas llegadas a Chile desde el Centenario. Pero además había escuchado a la propia doña Gilda y a su marido, un tenor ligerísimo, en el Municipal de Santiago.

—Cuenta, *professore*, cuenta —insistía la gorda ex cantante, y el maestro repetía, una y otra vez, el éxito del estreno de doña Gilda con ocho salidas a escena a cortina corrida y seis salidas entre paños, después de haber interpretado la ópera de Bizet.

Otros pensionistas individuales comían en silencio y como avergonzados, leyendo un diario o una novela. Eran empleados de reparticiones públicas que vivían en Quilpué o Villa Alemana y sólo almorzaban en la pen-sión de la italiana. En un extremo de la sala había una mesa común, redonda, bulliciosa, que ocupaban un pro-gramador de cines, dos empleados de la Compañía Chile-na de Tabacos y un estudiante de Derecho. Todos, a ex-cepción del programador, eran bomberos de “hachas y escalas”. En su mesa no se hablaba más que de fútbol e incendios o inventaban anécdotas maliciosas sobre los supuestos amores de doña Gilda con el maestro de coros.

El programador de cine parecía conocer la vida de la italiana. A la muerte de su esposo, el tenorino, y bloqueada por la guerra europea, doña Gilda se había enredado con otro italiano representante de tenores y jefe de la claqué del Teatro Municipal de Santiago. Su nuevo amor resultó un empedernido jugador de naipes y carreras de caballos y terminó arruinando a la mezzo.

En la mesa bomberil comentaban con indisimu-lada envidia los platos que servía la patrona a sus favo-ritos. Más de un pensionista había intentado acoplarse

a la mesa de la abundancia, simulando afición por el *bel canto*, pero doña Gilda era una examinadora inflexible. Había que saberlo todo, desde Caruso hasta nuestros días.

Pero Maturana, con pensión completa, ocupaba una pieza espaciosa, pero muy oscura y fría. Los menesteres de la casa estaban a cargo de dos viejas hurañas y un niño para las compras y el servicio del comedor, a los que la patrona gritaba y reñía en castellano e italiano. Ella no se preocupaba mayormente de la marcha de su negocio y pasaba las horas muertas enfundada en una bata roja, atendiendo sus canarios o escuchando discos de ópera en una victrola vieja con bocina. Nadie cuidaba la puerta de la calle y los robos se repetían constantemente. Hoy una camisa; al día siguiente, el jabón o el dentífrico. Lo peor era que con los ruidos de la cocina, el canto de los canarios, la victrola y las peleas de las dos viejas con la napolitana, no había modo de estudiar o concentrarse en la corrección de las tareas escolares.

A los dos meses Maturana se trasladó al segundo piso, a una pensión mitad española y mitad chilena. Español era el marido, un vendedor en plaza. Los pobres pensionistas se morían de hambre. Allí no comía bien más que el dueño de la casa. Había dos señoritas de Linares que vivían de exiguas rentas, sumamente aficionadas a la radio. La encendían a toda hora y a toda fuerza. No se podía estar...

Su escaso equipaje le permitía a Maturana cambiarse con facilidad. Quedaba todavía la pensión del piso tercero y no quiso abandonar el edificio sin intentarlo todo.

La dueña, doña Eugenia, era una viuda ovallina muy devota de la Virgen de Andacollo y del Niño Dios de Sotaquí. Llegó a la pensión en un momento excepcional. Una delegación de ciclistas de Ovalle había arribado la noche anterior.

La ovallina, mujer de unos cincuenta años, de rostro agraciado, miraba con mucha suspicacia y notable-

mente intrigada a sus coterráneos que en pocos días más debían trasladarse a Santiago.

—Lo terrible va a ser cuando todos quieran ganar. Estos van a ser los derrotados de Ovalle —sentenciaba la viuda.

Los ciclistas salían muy de mañana a entrenarse en el velódromo del Tranque de Viña del Mar, y en las tardes recorrían las casas de citas de la calle Aldunate, que quedaba muy cerca.

Se fueron a Santiago los cinco ciclistas y Maturana pudo tomar más contacto con los otros compañeros de la pensión. Eran jóvenes y tan peinados, amarillos y flacos que empezó a temer por su vida. Se comía bastante mal, pero la ovallina poseía un secreto de notable eficacia. Cada cierto tiempo se renovaba la servidumbre y los pensionistas vivían alertas, mirando subir a las candidatas.

Las dos niñas del servicio, y hasta la cocinera, eran, invariablemente, provincianas, hermosas y fáciles. La viuda ovallina no les exigía recomendación ni papel de antecedentes; las miraba bien, no más. Y tenía un gusto notable. Buenas piernas, lindos dientes y excelentes pechos. El sueldo era más bien poco, como decía ella; en cambio, los jóvenes pensionistas eran todos muy educados y las propinas compensaban.

Las rancheras terminaban, comúnmente, por encamotarse con algún joven pensionista, pero la patrona se las ingeniaba de tal suerte que conseguía que los favores fueran por turno. Era una tercera discreta e inteligente. Si la empleada se demoraba mucho en una pieza al llevar el desayuno, ella se hacía cargo del trabajo. Imponía también que el cumpleaños o el santo de la huasa fuera a las dos o tres semanas de estar sirviendo. Y entonces, cada pensionista hacía su regalito. Era un régimen matriarcal.

En las noches de invierno había póquer familiar de un peso para dos, o su partidita de julepe o siete y medio. Las empleadas tomaban parte en estas diversiones como el resto de los pensionistas. Doña Eugenia hacía sus pequeñas trampitas en el juego, sin exagerar.

Los miércoles eran días de gran moda en la pensión ovallina. Se jugaba hasta más tarde y había que dejar un pozo para el gasto de la luz. A cambio de ello, la casa proporcionaba alguna mistela o un vinillo caliente con naranjas y canela para entonar los ánimos.

Era una casa para "caballeros solos". La patrona admitía traer amiguitas, siempre que no fueran bochincheras y subieran al tercer piso los días sábados, después de las doce de la noche, para retirarse temprano, antes del desayuno dominical.

Tenía mucho carácter la señora. En su pensión podía suceder todo, pero nadie podía asegurar nada. La comida era de regimiento o internado, mala y escasa. En las celebraciones de santos o fiestas patrióticas, doña Eugenia proponía una "vaquita" para comprar una gallina o mariscos, siempre que se prorateara un tanto para la cocina y el aceite.

A veces, alguna bella sirvienta resultaba algo desenvuelta y quería hacer de patrona. Entonces desaparecía sin que nadie se diera cuenta. Las escenas de rompimiento ocurrían en las tardes. A la noche doña Eugenia atendía las mesas y anunciaba que la Claudina o la Martita se habían ido a su pueblo porque tenían la mamá o abuelita muy enfermas. Se agotaban los comentarios del caso y a los dos o tres días otra venus criolla era contratada puertas adentro.

Las explicaciones eran más difíciles cuando la empleada desaparecía con alguno de los pensionistas amarillos y superpeinados. Eran culpables, seguramente, de algún escándalo. Doña Eugenia se mostraba inflexible.

—Todo lo que quieran —decía—, pero guardando las maneras y la buena educación.

Un nuevo pensionista tan desnutrido y elegante como el anterior, de muy buena familia, venía a ocupar el sitio del descomedido. Doña Eugenia escogía a sus pensionistas por un modelo tan riguroso como el de sus empleadas. Si ellas eran jocundas, ahuasadas y buenas mozas, ellos tenían que ser delgados, distinguidos y oficinistas. La ovallina tenía horror a los pensionistas gordos o de procedencia ibérica, siempre golosos del pan

y del aceite. Ninguna de las condiciones exigidas a sus pupilos cumplía Maturana, pero, en cambio, era profesor y doña Eugenia adoraba a los profesores. Siempre pagaban puntualmente, aunque fuera por miedo a los rectores. Además, ella tenía una hermana profesora en el norte y siempre le había prometido atender bien a los pedagogos.

Llevaba una vida plácida en la tercera pensión de la calle Huito. La patrona le mostraba una deferencia especial y discreta. Le había prestado un estante para ordenar los libros que se amontonaban en cajones, mezclados con la ropa. Con su tolerancia, también había gozado de la piel de seda de una sirvienta limachina. Su pieza con balcón a la calle era alegre y soleada. Por sobre los techos de la calle Condell podía ver un trozo de mar. Los cerros se le apiñaban hacia el poniente.

Fueron tres meses de gran tranquilidad. Ganaba poco, pero el horario era descansado, y disponía de tres tardes libres a la semana. Cumplía un horario de veinte horas en los cursos superiores del Liceo de Hombres. Los alumnos eran, en su mayoría, rebeldes y flojos. Sólo estudiaban para los exámenes. Cultivaban la talla, los apodos y la burla sarcástica y cruel de lo que enseñaba el maestro.

—“Salid, sin duelo, lágrimas al trote...”

—Salga el insolente. Un uno en recitación.

—¡Bah! ¿Así que uno no puede equivocarse?

Para el alumnado liceano los profesores se dividían en tres grupos: los “perros”, los “panizos”, y los “cómicos”. Perros eran invariablemente los profesores de Matemáticas, Física y Química, todos exigentes y estrictos en las notas. En el profesorado de Castellano, Filosofía e Historia predominaban los “panizos”, perdonadores preocupados por el alma del niño chileno y generosos en las calificaciones. No por eso eran menos despreciados. Los viejos y gordos profesores de Gimnasia que en las mañanas de invierno, en un gimnasio frío e inhóspito, ordenaban los ejercicios sin sacarse el sombrero, leyendo las páginas hípicas de los diarios, presidían el grupo de los “cómicos”. A éste per-

tenecían también los de Canto, Trabajos Manuales y el curita de Religión, que repartía calugas y medallas para enseñar Historia Sagrada con un mínimo de dignidad. Los profesores eran apreciados por sus vicios. Sólo aquellos que tenían fama de hípicos, borrachines o mujeriegos gozaban de cierta popularidad.

En el Liceo se reflejaba el alma cosmopolita de Valparaíso. La mavoría satirizaba por igual a los hijos de italianos, españoles, judíos y árabes. Los "bachichas", "coños", "jacoibos" y "turcos" debían imponerse a fuerza de puños o descollando en los deportes. Sólo los "gringos", hijos de ingleses o alemanes, gozaban de buen ambiente. En las filas criollas tampoco había unión. Era un eterno mirarse en menos por categorías sociales, apellidos y lugares de residencia. En primer lugar se hacía presente el desprecio del habitante del plan por los que vivían encaramados en la parte alta de la ciudad. Tratándose de cerros, no era lo mismo vivir en Playa Ancha o cerro Alegre que en Perdices, Barón o Cordillera.

II

Llevaba una vida tranquila dedicada a sus lecturas y deberes escolares cuando sucedió lo imprevisto. Trató de reconstruir después, muchas veces, todos los detalles de aquel día desgraciado.

Iba distraído por la Avenida Francia cuando vio una edición curiosa en la vitrina de una librería de viejo, a cuyo dueño conocía. Entró con la intención de averiguar el precio. Nunca acudía tan temprano a aquellos lóbregos boliches. Prefería el anochecer, cuando llegaban los conocedores y bibliófilos.

Se sentía de espléndido humor y, creyéndose solo, inició un saludo humorístico:

—¿Qué dice el rey de los libreros socialistas? ¿Cuándo terminarán las librerías de viejo, último refugio del libro burgués?

Suponía que el librero estaba detrás de la cortina que separaba el negocio de sus habitaciones particulares. Iba a seguir hablando cuando de pronto se dio cuenta de que había alguien en el oscuro local. Dos ojos verdes e irónicos cortaron sus expansiones. Al final del corredor, detrás de un estante, se adivinaba una silueta femenina.

Se sintió turbado. El librero trajinaba en el interior. La mujer, vestida con fina tela gris, lo observaba con esa leve impertinencia de la clase alta, como quien mira un mueble, mientras iba hojeando un libro con sus manos enguantadas. "Con esa estampa no debe ser lectora... Vendrá, seguramente, a colocar un aviso", pensó.

El librero remendaba cocineras y sirvientes. Atendía también la venta de casas pobres para obreros

y empleados. En la vitrina pegaba avisos estimulantes: "Parcela vendo. Diez mil metros cuadrados. Precio: \$ 16.000. Nota: no es para flojos. Esto es para un señor de trabajo o un jubilado que quiera tener seguro el sustento para la vejez".

"Casaquinta vendo en Villa Alemana, 32.000. Ojo. No es quinta de lujo. Es para un industrial o familia de trabajo. Tiene tres piezas de campo y cuarto para gallinero. De 5.250 metros cuadrados. Una viña con 4.000 parras, 5 parrones y 70 limoneros que dan 2.000 limones anuales cada uno, 60 duraznos, 8 higueras, naranjos, olivos, tunas, ciruelos, damascos, perales y gran hortaliza. Dispone de dos estanques que dan 2.400 litros de agua diariamente. La góndola queda a tres cuadras. No hay luz eléctrica todavía. Queda a dos kilómetros del Teatro de Villa Alemana. Las góndolas pasan cuatro veces al día.

"Hay hipoteca por 4.000. Esto es para pronto, antes que se acabe la fruta."

Apareció el librero con aire preocupado.

—Yo tenía ese libro aquí. Debo haberlo vendido, señora.

La bella desconocida preguntaba ahora, a media voz, por otros títulos, sin recordar el nombre de sus autores. Ante las dudas, Maturana fue apuntando los nombres y las editoriales.

Ahora los ojos verdes, embrujadores, sonreían amistosamente.

—¿Es librero también usted?

—No precisamente, señorita. Leo algunas veces.

—El caballero es profesor —apuntó el librero.

—¡Ah!

Maturana creyó notar alguna desilusión en el tono de la voz.

No eran las cuatro de la tarde y el local seguía vacío. El librero fue reclamado desde el interior por su mujer.

Quedaron solos. Dejó pasar unos segundos y reaccionó, iniciando una conversación banal. Se veía sorpren-

dido por la belleza de la dama. Había en ella algo de finamente amoroso.

La bella rubia era una apasionada lectora de novelas y la conversación se redujo a libros y autores. ¿Usted ha leído esto? ¿Y usted ha leído esto otro?

Una bella mujer lectora. Maturana estaba entusiasmado. Se atrevió a ofrecer dos libros que ella buscaba hace tiempo.

La desconocida guardó silencio. Había algo de recatado al par que insinuante en su persona.

“Esta mujer terminará por abandonar el local —pensó—. ¿Seré capaz de acompañarla?”

Apareció el librero nuevamente. La desconocida abrió el maletín para cancelar su compra. Maturana se mostraba nervioso. Lo ideal sería que el librero volviera a cruzar la cortina. Entonces, seguirla.

Por desgracia llegó otro cliente, un joven empleado público socialista, quien miró a la dama con alguna sorpresa. Este recibió su paquete, hizo una brevísima reverencia y salió en dirección a la Avenida Pedro Montt.

—Interesante mujer —susurró Maturana.

—Sí. Viene a comprar libros de vez en cuando —informó el librero.

—Es la Blanca Pruneda —agregó el joven socialista—. Vivía en Playa Ancha. Antes era muy tratable y corriente. Después su padre hizo fortuna y se puso orgullosa. . . Hace un año que está viuda. . . Su matrimonio duró pocos meses. . . Fue algo así como Reina de la Belleza o de la Primavera.

Maturana no resistió más. Hizo dos o tres preguntas fuera del tema y se despidió. Todavía esperaba verla en alguna parte. A esta hora, una mujer así va de compras. Abordarla era inconveniente. Hacerse el encontradizo resultaba muy pronto. Verla, sin embargo. Verla de algún modo y cuanto antes. Se decidió por las tiendas y zapaterías de la calle Victoria, cuyos interiores fue observando disimuladamente. Sospechaba que todo redundaría en una angustia inútil, en un fuera de juego.

Las limitaciones sociales de su profesión eran terminantes al respecto. No era lo convenido. Las mujeres

oficiales, hermosas o importantes eran para los triunfadores, para los que luchaban en la sociedad. El miraba el mundo desde un rincón limitado, seguro, impermeable.

Y si fuera posible, a pesar de todo. Era una mujer fina que leía, y además, hermosa y viuda. Aparentaba unos treinta años.

Anduvo toda la tarde como desalentado, mirando vitrinas y peluquerías de señoras. Se conformaría, por ahora, con verla andar por la calle y observar sus menores gestos. A una distancia prudente, desde luego. Ignoraba su dirección, el nombre no aparecía en la guía de teléfonos, pero Valparaíso no era tan grande.

Su frío convencimiento de que ninguna mujer de categoría podría reparar en él perdía fuerza. "¿Qué sabes tú? ¿Qué sabes de las cosas de la vida encerrado en una pieza, leyendo o soñando?"

Vagó por las calles del centro hasta la hora de comer, por las calles elegantes que siempre había evitado: Condell, Esmeralda, acribilladas de avisos luminosos. Eran las calles de los otros. Se enfrentaba con la cara desconocida y hostil del puerto. Bien vestida, comprando una tela de lujo, visitando a un médico de fama, o a alguna amiga adinerada, estaría ella en un gran edificio.

Le hubiera gustado destapar la ciudad. Descubrir la presencia de aquellos ojos, el sonido aterciopelado de aquella voz a cualquier precio.

Las nueve campanadas de la iglesia del Espíritu Santo lo sacaron de sus cavilaciones. Respiró con alguna tranquilidad. A esa hora ella habría llegado a su casa. Se acercó al Teatro Valparaíso. Una multitud apresurada abandonaba la sala. Claro, había que estar cerca de la salida de los teatros.

No pudo comer. La pensión le resultó odiosa con su miseria en disimulo. Doña Eugenia lo notó preocupado y se interesó por su salud.

—No es nada, señora. Un dolor de cabeza sin importancia.

—Es el cambio de estación. Le voy a preparar tilo con limón cuando se acueste.

—Bueno. Muchas gracias. “Soy un imbécil y está bien que sufra”, se repetía una y otra vez.

Una verdadera cascada de imágenes lo hacía estremecer. No podía controlar el ímpetu de su desasosiego. Abandonó el comedor y volvió a la calle. Le temblaban las piernas. Deambuló por las cuatro estatuas azules de la Plaza Victoria. No lograba calmarse. La imagen sonriente de ella crecía en su cerebro desalojando sus pensamientos habituales.

Era preciso ajustarse a un plan. Si la encontraba en la calle ¿debía saludarla? ¿Lo reconocería ella? El recurso más fácil era averiguar su domicilio. En alguna parte tendría que dormir. Por de pronto, frecuentar la librería de viejo, esperar a la entrada y la salida de los teatros. Vigilar estrechamente la ciudad hasta sorprenderla en el momento propicio. Espiarla por los salones de belleza donde las mujeres pueden ser sorprendidas a través de las cortinas con altos y complicados cascos de aluminio. Desde entonces no tuvo descanso. Salía apresuradamente del colegio y pasaba y volvía a pasar frente a la librería de la Avenida Francia. Todo sin resultado. Con el atardecer volvía la angustia. Se anunciaba la primavera. La purísima luz de Valparaíso realzaba la belleza de las mujeres, luciendo otras modas, a mediodía y a la hora del paseo por la calle Condell.

Gozaba de buena vista y a veces creía divisarla a dos cuadras de distancia. Subía entonces, corriendo atropelladamente, a la primera góndola que pasaba. Llegaba tarde, no era la misma aquella rubia que estaba discutiendo el color de la tela en una tienda.

Su esfuerzo era inútil. Así pasó una semana de desesperación y callejeo incesante. Algo había averiguado, sin embargo. El padre de ella, figura prominente en la colonia española, capitalista, presidente de instituciones de beneficencia, bombero, había fallecido después de casar ventajosamente a sus hijas. La más bella, Blanca, enviudó al año de matrimonio. Ahora vivía con su madre, una vieja chilena quillotana. ¿Dónde? Era un misterio.

Una mañana vio ocupada su mesa del comedor por uno de los oficinistas-bomberos de la pensión de doña Gilda, de apellido Figueroa, quien lo saludó de pie con exagerada cordialidad.

—¿Cómo está, profesor? ¿Qué tal lo tratan?

—Salud. ¿Usted también viene huyendo de los canarios cantores?

—Ya le contaré. La patrona de aquí me preguntó si yo lo conocía. Usted no se molestará que me siente a su mesa, ¿ah?

—Desde luego que no. Muy honrado.

Entre plato y plato, el reciente aparecido se despachó a su gusto. En la pensión de la cantante se habían sucedido una serie de robos más o menos misteriosos: joyas, auténticas o falsas, retratos de la diva, ropa, recuerdos varios. La vieja de la cocina estaba presa, pero los robos continuaban. Todo el mundo estaba vigilado. Doña Gilda invitaba a almorzar a los detectives.

Uno de los pensionistas más antiguos había declarado en alta voz, delante de la servidumbre, que la italiana estaba loca y se robaba a sí misma. Fue expulsado. El escándalo culminó con el robo o secuestro de la Panchita, una pequeña lora paraguaya, muy nerviosa y maldiciente, que insultaba en castellano e italiano. Doña Gilda había sufrido un ataque. Miraba a todos los pensionistas como enemigos confabulados para perderla. Hasta el favorito, el profesor de música, cayó en desgracia. Ahora doña Gilda comía sola, lanzando miradas rencorosas a los clientes, cuyo número disminuía ostensiblemente.

Maturana llevó la conversación hacia el mundo bomberil y deslizó el apellido del padre de su adorada. Figueroa no conocía a ninguna familia de ese nombre. El era tercerino, pero tenía amigos españoles que eran bomberos de la Décima.

Fue un error. Al día siguiente llegó Figueroa a almorzar, con una sonrisita irónica.

—Le tengo novedades, profesor.

—¿Sí? ¿De qué se trata?

—Anoche tuvimos academia en la Tercera. El viejo Pruneda murió hace tiempo. Vivía encima de una marmolería de la calle Independencia, pasada la Avenida Francia. Es una familia de niñas muy buenamozas. La mejor la Blanquita, que ahora está viuda. Dicen que es una rubia que quita la respiración. ¿Ah?

Se sintió enrojecer ante la mirada burlona del bombero.

—No se equivoque. No se trata de nada de eso. Son motivos muy diferentes.

—¿Motivos diferentes? ¿Ah? Perdone. Se le murió el marido a los tres meses... Quedó con el gusto. Anda una de diablos detrás de ella, pero sin resultado.

No había modo de hacer callar a aquel imbécil. Maturana apenas podía dominar su turbación y su rabia.

Ahora intervenía dona Eugenia, sentada a la mesa vecina.

—¿La Blanca Pruneda? Claro. La conozco. Hija de un rico español casado con chilena. Se casó con un aristócrata que se le murió muy luego. Era un vividor. Hará un año que está viuda. Fue una de las chiquillas más lindas de las Monjas Francesas y hasta Reina de la Belleza.

Doña Eugenia conocía a todas las ex alumnas de las Monjas Francesas que habían sido Reinas de la Belleza o de la Primavera.

—Pobrecitas. Ninguna de estas reinas tiene buen fin. La que no mata al marido a puros disgustos, se divorcia o se arranca con otro. A la Elianita se la robaron. A la Pola, la famosa reina viñamarina, su amante la mató en el baño... La suerte es de las feas, menos solicitadas y más seguras.

En las miradas de Figueroa y la dueña de la pensión veía asomar la duda, la ironía y la sorpresa. Un profesor... ¿Qué se ha creído?... Un hombre que dice: "Pórtese bien, niño, o le pongo un cero en conducta", pretende despertar pasiones. ¿Cómo se le ocurre?

Maturana comía en silencio, azorado y con prisa. Su voz le sonó a falsa.

—Al colegio ha llegado un alumno nortino de apellido Pruneda que tiene familiares aquí. Se trata de buscarle apoderado.

—¿Y los parientes no saben nada? —cortó doña Eugenia—. Qué raro.

—Es lo que parece, por lo visto.

Figueroa lo observaba con el rabillo del ojo y hacía gestos de irónica complicidad.

Salió atropelladamente, ~~sin~~ esperar el postre ni el café. En el vestíbulo tropezó con dos jóvenes empleados de una firma inglesa que se dirigían al comedor.

“Ahora van a comentar a gusto —pensó—. Asunto divertido, “el profesor enamorado”. Voy a ser el tema de la semana. ¿Estaré realmente enamorado?” Aquella mujer hermosa, amable, ligeramente irónica, que en un local oscuro y triste aceptó conversar media hora sobre temas literarios, había desatado un huracán en su mente... La soledad, sin duda, anímicamente vulnerable por la soledad. Oír música selecta, leer tantas páginas admirables, cultivarse día a día, y de pronto la presencia turbadora de una mujer exquisita y culta lo trastornaba. Su única esperanza era deshacer el mito. Tratarla de nuevo. Descubrir que ella era vulgar, frívola o tenía algún defecto físico, mal aliento, tal vez...

Las calles estaban vacías. Algunas parejas iban de prisa al teatro. Los espectáculos no lograban calmar su excitación. El cine resultaba insufrible. En cada escena amorosa había alguna alusión a sus padecimientos sentimentales. Su único recurso eran las interminables caminatas por la Avenida Errázuriz. Se quedaba parado junto a las bodegas silenciosas, recreándose con el olor combinado del mar y los fardos de pasto.

La información de Figueroa podía ser cierta. Aquella noche, después de comer, dirigió sus pasos a la calle Independencia. Dio fácilmente con la marmolería. En su vitrina iluminada había dos ángeles de mármol con trompetas, placas funerarias sin inscripciones, un Corazón de Jesús. La luz azulina y triste daba un aspecto de acuario a los ornamentos funerarios. A ambos lados

del establecimiento, dos casas residenciales gemelas. Una de ellas, con la puerta entornada, dejaba ver una escalinata de mármol.

Cruzó la calle. Las ventanas se encontraban iluminadas y con los visillos corridos. Algunas siluetas se movían y proyectaban sombras. Recorrió la calle una docena de veces. Los negocios estaban a oscuras. Pasó un vigilante nocturno revisando las cadenas y candados y lo miró con cierta curiosidad. "Este me debe creer ladrón", pensó, reanudando su caminata.

Se fueron apagando todas las luces de los edificios. Estaba más tranquilo. Allí o en cualquier lugar de la ciudad ella dormía. No estaba para nadie. Nadie podía gozar de su trato. Ese pensamiento le procuraba descanso. Ya no existía aquella mujer. Pasaba, seguramente, de la vigilia al sueño. Aunque estuviera acostada con otro hombre, tenía que dormir y suspender el sortilegio de su voz y su mirada.

Las frases del bombero y doña Eugenia se le convertían en un torbellino de imágenes. Ella significaba algo en la bella ciudad de los cerros. Belleza, colegio de monjas ricas, distinción. La veía toda de blanco, en una carroza cubierta de flores, jugando serpentinas en el corso de la fiesta primaveral. De luto, también, con los ojos cuajados de lágrimas por la muerte de su fugaz marido.

En el fondo de su espíritu algo se rebelaba.

"Eres un imbécil, un sentimental incurable y ridículo. Hay que acelerar el proceso de los imposibles."

Una mayor información podría curarlo. Pronto terminará el sortilegio y podría recuperar la calma y la tranquilidad perdida. Tenía que ser inferior a como se la figuraba. Esa era su esperanza.

De pronto, la calle se llenó de gente. El Teatro Rivoli, en la misma calle, expulsaba su clientela nocturna. Apretó el paso hacia la esquina opuesta y se detuvo a observar. Aunque el Rivoli era un cine de segunda categoría, también podía ella frecuentarlo por razones de vecindad. La calle volvió a vaciarse en escasos mi-

nutos, sin que nadie subiera por alguna de las casas en observación.

Vagó sin ánimo por la Avenida Francia. Era una noche limpia y fresca. La primavera ácida aún no decidía su temperatura. Corría un aire fresco con centros tibios que no lograban triunfar. Las estrellas prolongaban las luces de los cerros, separadas apenas por una línea más oscura. No era la primavera ni el invierno, sino algo más profundo, como una posibilidad de estación, un firme anhelo de belleza.

¡Cómo le hubiera gustado gozar de su serenidad perdida! Antes toda la ciudad era suya. Ahora una figura de mujer, más adivinada que real, le alteraba la vida, ocupándole todas las horas. Era una maldición. Trataba de reaccionar sin resultados. Su nivel de goce cotidiano había bajado peligrosamente. Era el sufrimiento sin medida. Había algo en su propio ser que lo arrojaba al abismo.

Anduvo sin rumbo fijo por las calles más solitarias de la subida Hontaneda, el barrio ancho de Valparaíso. Tenía que cansarse hasta el agotamiento para poder dormir. A lo lejos cada cerro iluminado era un altar del Mes de María.

Los días iban sucediendo. Como un cazador que no confiara en sus recursos, iba demorando las averiguaciones directas. Todo lo jugaba a un encuentro que debía parecer fortuito.

Hacía sus clases mecánicamente y al atardecer se lanzaba a las calles con esperanzados bríos. Las librerías primero, y después el diario corretear por los paseos. Justo cuando soplaban el viento de cerro a mar, las calles céntricas se llenaban de mujeres que en las tiendas tanteaban trapos, vigilando la aceptación de tal o cual género. Se iban imponiendo la casaca roja y el maletín colgando al hombro. Las damas se miraban perplejas, sin atreverse a aceptar la moda que había irrumpido en las calles galantes del puerto.

De las tiendas y librerías pasaba a los cines. Era un demorado fumar mirando los afiches de los próximos es-

trenos. Si ella entraba podía comprar un billete y convivir disimuladamente las escenas cómicas o trágicas de la pantalla.

Ahora cuidaba más de su atuendo personal para no desentonar en los cafés y pastelerías del centro. En la noche era un vagar sin fin, desesperado, frente a la marrojería de la calle Independencia. Todo en vano.

La vida en la pensión de la calle Huito se le estaba haciendo insoportable. Los demás pensionistas habían reparado en el cambio y la relativa elegancia de sus trajes. Una tarde, desde su pieza, escuchó la conversación de dos personas en el comedor. Doña Eugenia hablaba de un aumento de sueldos al profesorado fiscal.

—Nada, señora —rebatía alguien cuya voz no pudo distinguir—. Figueroa asegura que el maestro está enamorado. Eso es lo que hay.

La conducta del bombero Figueroa lo sacaba de quicio. En la noche se comía de ocho a nueve, pero los pensionistas llegaban tarde, comentando el último cacho jugado en el bar, y podía escabullir el bulto. En cambio, a mediodía, todos debían almorzar con rapidez. No había salida. A los pocos minutos de ocupar su silla en el comedor llegaba el bombero y se sentaba al frente. Maturana comía sin levantar la cabeza del plato. Figueroa lo observaba con una sonrisa gozadora e irónica.

A los postres, aparecía doña Eugenia para servir personalmente el café. Entonces se producía una especie de juego de billar. El bombero hacía preguntas a doña Eugenia y ésta solicitaba la opinión del profesor. Figueroa se mostraba ocurrente y locuaz. Maturana temía una pregunta indiscreta sobre sus supuestos amores, pero el bombero la demoraba.

—Sabe, doña Eugenia, usted conoce a Vichicuma, ¿no es cierto?

—Sí, claro, el de Viña del Mar. Es un borrachín perdido y de tan buena familia, mire.

Maturana ya había oído otras anécdotas del tal Vichicuma y hasta lo conocía de vista. Era un viejo verde, medio gringo, de cara encendida y voz gruesa y acarajada. Su nariz, de un rojo subido, era famosa en Val-

paraíso. "Me ha costado varios millones esta nariz", decía Vichicuma.

—Escuche lo que le pasó la otra noche —continuó Figueroa, dirigiéndose a doña Eugenia—. Los Padres Franceses invitaron para el domingo pasado a todos los ex alumnos que habían hecho la Primera Comunión hace cuarenta años. Total, que Vichicuma llegó a la Bomba diciendo que iba a confesarse, que iba a comulgar, que iba a cambiar de vida, que ya estaba bueno de tanta sandunga.

"Pero tienes que dejar a la Isolina, le dijeron los amigos. La Isolina es una amiga de Vichicuma que vive en la Escalera de Piedra de la calle Colón.

—He oído hablar de esa peuca —terció doña Eugenia—. ¿No regentaba una casa de citas?

—La misma —prosiguió Figueroa—. Si eso se arregla, decía Vichicuma, pero no muy convencido. Sucedió que el sábado en la tarde don Felipe Vergara invitó a unos amigos a comer un buen guiso en Viña del Mar. Y, entre todos, iba Vichicuma. El plato era picantito, y tragos van, tragos vienen, se les fue calentando la boca.

"—Oye, Vichicuma, ahora iremos donde la Isolina, ¿no te parece?

"—No, no —se defendía Vichicuma—. Mañana tengo que confesarme y comulgar y... mejor que no.

"—Van a tener que amarrar a los santos para que no salgan arrancando cuando te vean entrar a la iglesia..."

"Vichicuma se defendió un buen rato, pero los amigos son los amigos y donde la Isolina se fueron. Vichicuma hizo preparar un asado y mandó a buscar veinte botellas de vino tinto y de blanco. Al poco rato llegaron guitarras y niñas para alegrar la reunión. Bien, siguieron los tragos y Vichicuma parecía haberse olvidado de sus buenos propósitos.

"—Bueno —dijo de pronto Vichicuma—. Faltan cinco minutos para las doce y éste es mi último trago —y se lo empinó.

—Pero, Vichicuma —le decían los amigos—, si ahora hay cambio de hora, así que puedes tomar hasta cinco minutos para la una.

—Siguió chupando Vichicuma y a la una quiso parar, pero ya no podía. Los amigos le salieron con el reloj de Westminster y a las tres de la mañana ya no sabía ni cómo se llamaba.

Doña Eugenia llegaba a llorar de risa y se fue, sofocada, a la cocina.

Maturana no pudo menos de sonreír. La anécdota había sido contada con gracia y cambios de voz que imitaban a Vichicuma y sus amigos. El bombero había dejado enfriar la sopa con su relato. Era un homenaje que le rendía para congraciarse, y ahora lo miraba como invitándolo a una confidencia.

—Muy bueno su cuento, señor Figueroa —se sorprendió diciendo.

—Y a usted qué le pasa, profesor. Todo el mundo lo nota esquivo y preocupado.

—Son ideas e imaginaciones de los demás. Nada me pasa ni acontece. Y si algo me sucediera, no tengo la obligación de contárselo a nadie. ¿No le parece?

—Perdone. No pensaba molestarlo.

La situación volvía a su tirantez acostumbrada. Maturana terminó el postre, bebió de un trago la agüita de boldo, tan recomendada por doña Eugenia, y abandonó el comedor.

Rápidamente se decidió. Era el momento y no quiso pensarlo más. Necesitaba tranquilidad por lo menos en la casa. La ciudad sería su taimada enemiga quizás por cuánto tiempo, pero en su cuarto quería algún sosiego. En la pensión pagaba por adelantado y sólo faltaba una semana para terminar el mes.

Al día siguiente, en la tarde, llamó a doña Eugenia.

—Me voy, señora.

La ovallina se lo quedó mirando sin comprender.

—Tengo que irme. Perdone que no le haya avisado con más tiempo. Un pariente mío se viene a Viña del Mar y arrienda casa.

—Pero, don Pedro, por Dios, ¡cómo se va a ir así!

Dígame, por favor, en confianza, qué le ha parecido mal.

—Nada, señora. Le respondo. Es sólo por un tiempo. Después quiero volver. Créame, es algo inesperado, pero supone para mí una gran economía.

—Como usted quiera. —Doña Eugenia hizo una venia y se retiró toda ofendida.

Estuvo algunos días comiendo y almorzando fuera. Se libraba así de representar el papel bastante cómico y ridículo de profesor enamorado frente a los famélicos parroquianos de la pensión. La mañana anterior a su salida, doña Eugenia se le apersonó muy fresca y peinada.

—Así que nos abandona el ingrato.

Pedro sabía muy bien que a la menor insinuación ella echaría al bombero, simple pensionista de almuerzos, escaleras abajo. Pero eso no era justo ni resolvía nada. Los otros pensionistas eran amigos de Figueroa y le declararían la guerra.

—No se ofenda, doña Eugenia. Estoy muy a gusto en su casa, pero, usted sabe, vivo solo y mi pariente insiste en llevarme a su casa. Un poco de vida familiar no le hace daño a nadie.

La ovallina sonreía sin creer una palabra.

—Perdone, don Pedro, aquí dicen que usted se va a casar...

—De eso nadie está libre, doña Eugenia, ¿no es cierto? Pero antes tendría que buscar novia.

III

La historia de un profesor en provincias es historia de pensiones. Maturana se había decidido por una residencia muy aparatosa que ocupaba los pisos superiores de uno de los edificios más altos de la ciudad. El comedor era notable, con amplios ventanales que daban a la bahía. La mayor atracción de la residencial era la gran terraza del último piso que ofrecía una vista panorámica de la ciudad. El edificio se levantaba como un cerro más. Como compensación a tanta belleza visual, la comida era francamente mala, mucho peor que la que servían en la calle Huito.

Allí todo era fachada y tarjeta postal. La dueña, una gorda morena, de cara peluda y ancha, muy encadenada con anillos y pulseras, le advirtió secamente que el trato corría sólo hasta fines de año.

—¿Puedo quedarme hasta el 15 de enero?

—Conforme. No lo tome a mal. Yo me salvo con los veraneantes. Tengo las piezas pedidas con meses de anticipación. A todo el mundo le hago la misma advertencia.

Su primera salida al comedor le confirmó la oportunidad del cambio. Cada cual disponía de su mesa. Una clientela indiferente y de pocos saludos comía en silencio.

La feligresía era variada. Comerciantes solteros, peleteros judíos, vendedores en plaza, alumnos de Arquitectura de la Universidad Católica, músicos del Casino de Viña, santiaguinos en vacaciones. El cuarto que le habían asignado era pequeño y húmedo y tenía una preciosa vista a las casas negras del cerro Bellavista.

Desde la ventana veía subir y bajar un ascensor amarillo. Hacia el poniente aparecían, como empinadas

sobre el blanco muro, las tumbas y mausoleos del Cementerio de los Disidentes.

Se sentía más tranquilo y, por momentos, casi alegre con la esperanza de olvidar sus ilusiones con la esquiua viuda. Desde el balcón de su pieza podía divisar un buen trecho de la calle Condell.

En dos o tres ocasiones le pareció divisar a su rubia. Bajaba atropelladamente para recorrer la calle en todas direcciones. La ciudad, con sus mil recovecos y el sube y baja de los alucinantes ascensores, estaba hecha a la medida para angustiarse. A veces la altura y el esfuerzo visual desde su balcón le producían vértigos y tenía que aferrarse a la barandilla de hierro. "El día menos pensado se suelta el balcón y se acaba todo", pensaba.

Era mejor salir y deambular por la ciudad sin plan premeditado, en espera de un encuentro fortuito. A la salida de las funciones vespertinas de los cines tenía alguna esperanza, pero cuando escuchaba las nueve campanadas de la iglesia del Espíritu Santo cundían su desaliento y desesperación. Otro día perdido, otra vez el insomnio y la vigilancia en la calle Independencia.

Tenía que organizar su enfermedad, hacerla soportable para vencerla definitivamente. Aquella noche, deambulando por las calles solitarias, se encontró con dos alumnos del Liceo que lo saludaron con extrañeza.

"Debo presentar un aspecto raro —pensó—. Esta no es una ciudad. Apenas una serie de biombos y escondrijos. Cada cerro quiere vivir aparte. Si uno aparece por un barrio distinto del acostumbrado, lo miran con sospechas y desconfianza."

Al doblar por el enorme edificio de la Compañía de Tabacos, se encontró de pronto con un conocido, que lo detuvo cordialmente.

—¿Te acuerdas?

Era Delpiano, un porteño, antiguo amigo de su época de estudiante. Habían convivido en un pensionado universitario que existía en la calle Rosas de la capital.

Fueron andando por un par de cuadras. Pedro le

contó brevemente su llegada a Valparaíso como profesor de liceo.

—¿Y tú?

Delpiano se había recibido de farmacéutico y para adquirir práctica trabajaba en una firma alemana.

—¿Tienes algo que hacer? —le preguntó el farmacéutico.

—No, nada de importancia.

—Vamos, entonces, donde el judío Kleiner, que tiene botica por aquí cerca. Tú te acuerdas de Kleiner, del Pensionado, ¿no es cierto?

En el trayecto, Delpiano fue completando la biografía del colega. Kleiner había heredado la sólida fortuna de su padre. Su ideal era casarse con una niña muy decente, de buena familia, con auto propio, sin hermanos, y que además estuviera dispuesta, por amor, a trabajar en la farmacia, cuya clientela estaba formada casi exclusivamente por las prostitutas pobres del barrio. "Es bastante pedir —concluyó—. Pero ese judío tiene tanta suerte, que es muy capaz de salirse con la suya." Kleiner era un hombre joven, rubio, pequeño y delgado, de unos treinta años. El cabello lacio, tirando a rojo, enmarcaba una cara fina, inteligente y alerta. Hablaba con gran minuciosidad, como si estuviera despachando una complicada receta.

Se acordaba de Maturana y le citó las veces que habían asistido juntos, como aplaudidores, a las funciones de ópera del Teatro Municipal.

De los recuerdos estudiantiles los dos farmacéuticos pasaron a barajar nombres de caballos y jinetes. Una fina llovizna empapaba las calles y jugaba con los faroles del alumbrado. Kleiner anunció que iba a cerrar.

—Muy bien —dijo Delpiano—. Hoy ya no puedes hacerte más rico. Te esperamos al frente, donde Palomino. Vamos a celebrar el encuentro.

Maturana preguntó si iban a algún burdel de la vecindad. La invitación era más inocente. Palomino era un sopaipillero y picaronero famoso, gran aficionado a la hípica.

Maturana no opuso resistencia. Se sentía con ánimo

de acompañar a cualquier persona a cualquier parte. El local, triste y mal iluminado, se veía muy concurrido por tranviarios y obreros que devoraban silenciosamente la docena de picarones y sopaipillas impuestas por el estado amenazante del tiempo.

Apareció Palomino. Era un hombre macizo, rubicundo, de gestos nerviosos. Saludó a Delpiano con grandes muestras de amistad, doliéndose de su prolongada ausencia. El farmacéutico presentó a Maturana y ordenó tres docenas de sopaipillas. Kleiner llegaría de un momento a otro. Palomino desapareció rumbo a la cocina.

Ante la mirada interrogativa del profesor, Delpiano se vio en la necesidad de informar brevemente.

—A Sopaipa le llegan muy buenos datos de Santiago y aquí nos venimos en la semana a tirar líneas para el domingo. No creas que jugamos mucho, pero en algo hay que divertirse, ¿no te parece?

—Bueno, ¿y cómo lo conociste?

—En el Sporting, y además es amigo de Kleiner. Fue obrero de su padre en un taller mecánico. Te diré que este negocio de las sopaipillas le deja bastante. Le llegan muchos pedidos, que reparte en una vianda su hijo, el Sopaipa chico. Todas las putas del barrio y también familias decentes las prefieren. Para el verano, en la temporada grande, cuando vienen a correr los mejores caballos de Santiago, Sopaipa cambia el giro de su negocio y da comida de restaurante. Entonces lo visitan muchos jinetes, preparadores y guaneros. Palomino sirve de piloto.

—¿Piloto?

—Piloto es el que apuesta una suma gruesa y le regala unos veinte boletos o más al jinete para que le ponga especial empeño... Hay pilotos fuertes que les juegan miles de pesos a los jinetes o les dan plata para que no ganen. Otras veces, el jinete tira el caballo por su cuenta, o lo hace el preparador, sin avisarle al dueño.

—Pero entonces el público resulta estafado.

—No siempre. A veces gana por inocencia. La madeja se enreda en tal forma, que los vivos se pisan la cola,

unos con otros. Claro que cuando el premio es muy grande, los caballos van todos a la pelea y gana el mejor.

—¿Y ese Sopaipa también juega de a miles de pesos?

—No hables tan fuerte, mira que sale a cada rato de la cocina.

Palomino avanzaba con una fuente de sopaipillas y picarones, pero se disculpó porque era un pedido anterior. Pronto, no más, venía a sentarse con los amigos.

—No —continuó Delpiano—. Sopaipa arriesga de a cien a doscientos pesos, pero él pilotea a otros amigos. Hacen caja entre varios. Algunas veces caemos Kleiner y yo, de a cincuenta pesos. Generalmente se salva la plata.

Delpiano levantó un dedo en señal de silencio. Llegaban las sopaipillas en las manos del sonriente Palomino. Este dio algunas órdenes domésticas a una sirvienta tan gorda y optimista como él, y tomó asiento. A los pocos minutos apareció Kleiner.

La conversación se hizo general y exclusiva, a media voz. El sopaipillero hojeaba un número de *La Huasca* y *Las Últimas Noticias* del día miércoles, con los pronósticos del sábado y del domingo.

Delpiano y Palomino eran los que más sabían, pero nunca estaban de acuerdo. Kleiner comía en silencio, con aire distraído y ausente.

Sonaban nombres insospechados: *Wagner*, *Martín Fierro*, *Omer Emeth*, *Bismarck*. Nombres de músicos, escritores, bailarinas, filósofos, productos de belleza, héroes militares. Unos iban para atrás y otros para adelante.

Palomino cotejaba tiempos, dividendos y distancias. Los preparadores que andaban apurados de dinero e irían a la pelea; los que se reservaban para bajar de kilos o de serie. Conocía a los padres y a las madres de todos los caballos. Delpiano recitaba pausadamente los nombres de los que eran buenos para el barro y las distancias muertas.

—Es un vicio difícil —dijo Maturana a Kleiner—.

En seis meses no logro dominar el asunto, ni aunque estudie tres horas diarias.

Se hacía tarde y la lluvia iba en aumento. Delpiano, que tenía que subir por el ascensor del cerro Lecheros, anunció la retirada. Se despidieron en plena euforia hípica y Maturana prometió volver a visitar a los amigos.

Las reuniones en la farmacia de Kleiner y en el negocio de Palomino menudearon. Maturana observaba con alegría que la nueva afición le quitaba fuerza a su angustia erótica. Su recorrido por las calles a la búsqueda de la misteriosa rubia se limitaba ahora a una breve vigilancia vespertina de los cines y cafés elegantes.

Después de comer, dirigía sus pasos a la botica. La semana se llenaba de acontecimientos. El martes aparecía la inscripción de los caballos y ya nadie descuidaba la lectura de las páginas hípicas. Miércoles y jueves estaban dedicados a los aprontes y entrenamientos. Los viernes y sábados la información era casi definitiva sobre pronósticos, retiros y cambios de monta. Palomino dictaba cátedra con *La Fija* o *La Huasca* en la mano y se confeccionaban algunas cartillas.

Al principio, Maturana aparentaba un interés que no sentía, pero poco a poco se fue contagiando con la afición inquebrantable de sus amigos y en pleno invierno los acompañaba a la cancha del Sporting de Viña para seguir por teléfono las incidencias de las carreras de Santiago.

Palomino era siempre el primero en llegar. Nadie hubiera sospechado en su atuendo los plebeyos menesteres de su industria. Aun en las tardes heladas y amenazantes, vestía trajes claros, deportivos, con los prismáticos colgados al hombro.

Lo que para el común de los espectadores era un continuo viaje a la cantina para disminuir los intermedios entre carrera y carrera, se tornaba para los amigos de Maturana en un corretear nervioso y permanente. Palomino jugaba por su cuenta y traía la línea sacada. Sin embargo, en el momento de las apuestas era

el de opinión más frágil y terminaba jugando nombres propios que en su negocio o en la farmacia de Kleiner no se hubiera atrevido ni a mencionar siquiera. En los escasos minutos que precedían al juego dirigía sus anteojos a las tribunas.

—Allá está —anunciaba— un sobrino del preparador Muñoz. Esperen un minuto.

Subía, rojo, y apoplético, hasta las últimas bancas y regresaba con noticias sorprendentes.

—*Río Duqueco* no va a la pelea. *Tate Callaito* les gusta a morir en el corral.

Por su parte, Delpiano incursionaba en las galerías para hablar con Larita, el datero del cerro Barón, que se pasaba la semana acompañando a los muchachos corraleros, cesantes en la temporada de invierno.

Los días de carreras, coñ caballos a la vista, Maturana esperaba a sus amigos presenciando el paseo de los fina sangre en los corrales. Era una exhibición de gran belleza animal. Daba una impresión penosa ver las estupendas yeguas montadas por jinetes chicos, nerviosos, de miradas duras y criminales. Toda aquella raza morena y ajaponesada de los jinetes encima de bestias finas y elásticas, se le presentaba como un símbolo sexual. Por unos segundos sustituía las más hermosas cabalgaduras por espléndidas mujeres distinguidas, y entre ellas la esquiva belleza de Playa Ancha. Recordaba a algunos políticos chilenos, feos, negros, ajinetados, dueños de mujeres gráciles y preciosas. A su memoria acudían historias de bellas y elegantes mujeres viñamarinas enredadas con sus jardineros o choferes. El moreno ascensorista de un importante edificio del puerto asesinado por un marido celoso.

Llegaban los amigos. Palomino, como siempre, discutía afanosamente con Delpiano.

—Cómo se le ocurre, Palomino, que va a ganar ese burro.

El sopaipillero olvidaba la extremada corrección de sus maneras y se mostraba ofendido.

—Claro, usted lo sabe todo. Para qué jugamos, pues, señor Delpiano. Vamos a cobrar al tiro, mejor. Por

ley de la carrera todos los caballos están vivos y tienen cuatro patas. Todos corren y todos pueden ganar.

—Pero si usted en la semana jamás pensó en tal pingo.

Palomino, ya más tranquilo, motivaba su acción.

—Así será, pero al preparador le gusta en firme y le mandó un telegrama a un amigo, hermano del dueño del bar que queda cerca del Teatro Rivoli. Doscientos arriba y doscientos abajo es la orden.

No había caso. Palomino recogía todos los pareceres de la cancha, las más dispares opiniones. Se perdía por exceso de información.

A veces, ya frente a la ventanilla de juego, el gesto decidido de un jugador atrasado lo hacía cambiar de nombre.

Los farmacéuticos no lograban evitar la explotación de Palomino por los dateros de última hora. Su más temible y elocuente embarcador era el popular Chacarero, guanero-corrallero de la temporada grande. Chacarero era un notable calígrafo, se escribía cartas a su nombre, cambiando la letra. Misivas con nombres de caballos, que firmaban brujos y preparadores de Santiago, las exhibía en las canchas entre carrera y carrera antes que se timbraran los boletos.

Sus enemigos y competidores lo desprestigiaban.

—Qué va a ser preparador ese patudo. A lo más prepara el rey de copas o los caballos de la baraja, porque los marca para la brisca.

La indumentaria de Chacarero experimentaba los cambios más inesperados. Una semana de riqueza y dos de pobreza, pero nunca empeñaba el cronómetro. Desde las cinco de la mañana, haciéndose el tonto o prestando cualquier servicio ínfimo, Chacarero iba tomando disimuladamente el tiempo a los caballos de mayor sorpresa. Siempre sabía el auténtico mejor tiempo de la semana y el nombre de los caballos que se entrenaban de frente o a tren falso. Era insolente o llorón según las circunstancias. Su rostro apicarado experimentaba las mismas transformaciones que su vestimenta. Cuando se le veía con la nariz hinchada o las cejas partidas, no

era necesario preguntar. Algún cliente lo había arreglado por tramposo. Sin ser cobarde entre los suyos, Chacarero jamás se defendía ante los futres. A lo sumo se tapaba la cara o levantaba las rodillas, protegiéndose. El sabía que los que pegaban eran los primeros en volver a solicitar sus servicios e informaciones.

Chacarero era también conocido como Cara de Gallo o Cara de Gato. Unos habían reparado en la agresividad de su nariz aguileña; otros, en sus ojos verdes manchados de pintas sucias color tabaco. Chacarero, cuyo verdadero nombre nunca se supo, se permitía dopar a los caballos al menor descuido, con bolos de "jabón" verde que contenían algún poderoso tónico cardíaco.

Los preparadores y apostadores afortunados lo llevaban de "jinete" a las farras. Conocía a las niñas de la vida alegre casi tan bien como a la caballada. Conseguía las poncheras a menor precio y animaba las cuecas con el pandero. Uno de sus ingresos, nada despreciable, era el contrabando de medias, tabaco y lápices labiales. Tenía amigos entre los vaporinos de los mercantes extranjeros que conociera en los hipódromos del norte. Negociaba medias y cremas norteamericanas entre las esposas y queridas de los jinetes y preparadores.

A los embarcados los dulcificaba con presentaciones:

—Oiga, venga mañana al bar El Aguila y le presento a Ulloa o a Villena.

Todos utilizaban a Chacarero y todos lo despreciaban. Nadie prescindía totalmente de sus servicios. Conocía las trampas y las mujeres propias y ajenas de cada uno. Además era servicial y dinámico en los momentos nerviosos que preceden a cada carrera.

—Chacarero, trae un balde de agua... Chacarero, dile al futre que venga... Chacarero, anda a mirar la primera cotización... Chacarero por aquí, Chacarero por acá...

Maturana al principio fingía una afición hípica que no sentía, pero, poco a poco, el juego lo iba dominando. La emoción de las llegadas borraba por algunos minutos el recuerdo de la viuda rubia. En los intermedios,

entre carrera y carrera, se divertía en alto grado con las discusiones e incidentes entre Chacarero y Palomino.

Al sopaipillero no le interesaban tanto las ganancias como poder comunicarle a un amigo que ya había acertado dos o tres carreras. Era muy aficionado a los saludos. Seguirlo de un lado a otro era conocer, cada vez, muchas personas distintas. Cuando cobraba fuerte, siempre se hacía presente una señora regordeta, vivarachita, de hermosos ojos negros. Doña Paulita era regenta de una famosa casa de citas de la Avenida Ecuador. Palomino, con su impecable traje gris perla y los prismáticos terciados, se esmeraba en atenderla. Los amigos se reían a medio labio de las obsequiosidades del gordo, pero no desdeñaban anotar el teléfono de doña Paulita por lo que se pudiera ofrecer.

—Puras niñas de María Auxiliadora —decía Palomino por lo bajo, guiñando sus ojos democráticos.

Las presentaciones de Chacarero eran más directas e intencionadas.

—Excelente caballero —decía de algún futre del cual acababa de recibir un encargo—. No saca plata de un tomo; saca plata de varios tomos. Del bolsillo que le pidan saca billetes para mojarles la mano a los amigos cuando andan atrasados.

Chacarero tenía una conversación graciosa que lucía espléndidamente cuando tallaba con Carrilito, uno de sus compinches más queridos. Carrilito, ex cocinero de buques mercantes, había pasado a cocinero de los Ferrocarriles y llevaba y traía datos entre Santiago y Viña del Mar. Era negro, voluminoso y muy aniñado.

A Carrilito le gustaba contar anécdotas de Chacarero en su presencia.

—¿Te acordái cuando estuvistes de visita en el cerro Cordillera durante una semana, haciéndote pasar por jinete, y después te corrieron a tajos?

Chacarero protestaba de inmediato:

—Mira, la Flor María, en Santiago, tenía dos salones, ¿ah? El salón chino y el salón granate. En los dos he estado yo con mi plata. He quemado billetes de todos

los colores, con jinetes y pilotos, donde la Pancha Osorio, la Nata Berta, la Huasa Elena... Yo he sido segundo de Azulito, el famoso preparador chileno, en Lima... Y tú, ¿qué habís sido?... Todo el tiempo cocinera... Cocinera de a bordo, chupahuesos, cocinera de tren... Cocinera, no más...

Se iniciaba una risa general. Carrilito era el primero en celebrar las salidas de su amigo. Este no gastaba mucho tiempo en tales expansiones. Con su característico semitrote corría de un punto a otro del hipódromo. No tenía descanso.

Carrilito ganaba algunos pesos por reunión telefonando los resultados a los cartilleros, desde un hospicio frente al Sporting. En el invierno, empapado de lluvia y sudor, debía atravesar varias veces la cancha, salir por las caballerizas y volver a la carrera para seguir anotando las llegadas y dividendos.

El rey de los cartilleros de Valparaíso era entonces el famoso Pancoro Barraza, un prefecto de policía lo había descubierto en el norte y se lo trajo a Valparaíso como agente de Investigaciones. Pancoro era el encargado de vigilar a los cartilleros y concesionarios de las timbirimbas de los clubes políticos del puerto. Cuando dominó bien el ambiente, se retiró de Investigaciones para explotar el negocio por su cuenta, en combinación con un rico comerciante de Valparaíso.

Una serie de empleados baratos, choferes y cantineros, recibían las apuestas. Barraza pagaba lo mismo que el Club, descontando el diez por ciento de la ganancia. Como además no pagaba premios ni ayudaba a la Beneficencia, sus negocios eran redondos y magníficos.

Si alguna cartilla clandestina iba a resultar demasiado grande, trataba de entenderse a última hora con el jinete indicado para que el caballo peligroso perdiera por media cabeza.

Maturana no podía quejarse. Todo el mundo de la hípica, que al principio le pareciera tan aburrido, se le llenaba de humanidad, un tanto hampona pero alegre, que lo distraía de sus frustraciones sentimentales.

Al terminar la reunión subían al viejo Ford de

Kleiner. Si los caballos se habían mostrado propicios, pasaban al Casino. Mientras sus amigos discutían martingalas, él recorría las salas de juego, en la esperanza de encontrar a la viuda. Terminaba parándose en alguna mesa de punto y banca donde se jugara fuerte. El espectáculo corría por cuenta de algunos industriales árabes que apostaban cantidades extraordinarias. Los mirones circulaban noticias. "En tal mesa ha ganado catorce veces la banca." "El senador X lleva perdido más de un millón."

Se desplazaban a la mesa indicada. Los jugadores más afortunados atraían las miradas de las bellezas oficiales. Estas eran tan conocidas como los caballos de carrera. De algunas se contaban historias borrascosas. Pese al esfuerzo de los jóvenes imberbes que como moscones las acompañaban de mesa en mesa, las miradas dulces o prometedoras iban dirigidas a los jugadores de categoría que, por permiso especial del Casino, podían arriesgar sumas importantes en cada parada.

—No va más. . . Va más. . . Más. . .

Las voces asordinadas de los croupiers y el ruido siniestro de las fichas, en perpetuo roce y movimiento, terminaban por cansarlo. Volvía a la mesa de ruleta adonde jugaban sus amigos. Allí estaba Palomino, morado, sudoroso, en pleno frenesí, jugando sus calles y docenas.

Como siempre, todos terminaban con pérdidas. El regreso era triste. Apretujados en el auto de Kleiner, se lamentaban de la visita al Casino, y Delpiano hacía una vez más la defensa de la hípica contra la ruleta. Todos estaban de acuerdo. Las carreras eran sanas, al aire libre, y sólo se podía jugar un número limitado de veces. El Casino, en cambio, era endemoniado e insaciable. No se llenaba nunca. Debían cerrarlo. . .

—¿Y si hubiéramos ganado? —preguntaba Palomino con entonación burlona. El mismo se contestaba—: Si hubiéramos ganado estaríamos comiendo langosta en el mismo Casino, de mantel largo. . . ¿Ah?

IV

Las mañanas de los domingos las dedicaba a recorrer los cerros. Desde la Plazuela Ecuador subía por Yerbas Buenas, avenida silenciosa habitada por viejas familias en decadencia. Se entretenía con la lectura de placas de bronce ennegrecidas por el tiempo: "Sociedad del Progreso. Fundada el 10 de julio de 1887". "Academia de Música Sara O. Kauffman. Concertista Autorizada por el Supremo Gobierno. Exámenes Válidos." "Sindicato de Profesionales Sastres de Ambos Sexos de Protección y Ayuda Mutua. Fundado el 22 de julio de 1917." "Taller de Calzado El Invencible. Se arreglan muñecas y paraguas usados."

Lentamente, deteniéndose en encrucijadas donde escalerillas dan acceso a pintorescas casuchas con sábanas tendidas al viento, arribaba al Camino de Cintura que circunda las alturas del puerto. Se concedía un descanso observando los interminables partidos de fútbol en el Auditorio Osmán Pérez Freire, para recorrer después los rincones de los cerros, descubriendo casas amarradas con cadenas o suspendidas en recias estacas, casas adheridas a las rocas, como moluscos, en cuyos techos a ras del camino se veían niños, gatos y gallinas. No se cansaba de admirar el soberbio y variado espectáculo que forman las estanterías de los cerros frente al océano, mansiones suspendidas como castillos de naipes multicolores y el lento subir y bajar de los ascensores lejanos. El estupendo panorama, incongruente y surrealista, se avenía con su confuso y angustiado desorden interior.

En estos vagabundeos había observado a un joven pintor que domingo a domingo instalaba su atril y

una pequeña silla plegable en los recodos del Camino de Cintura.

René Rivadeneyra era también un enamorado de los cerros pobres, Mariposa, El Litre, Monjas, Carretas, Toro, Mesilla. Pronto se hicieron amigos, y de común acuerdo elegían el cerro del próximo domingo. Sentado sobre alguna piedra propicia, a escasos metros del pintor, Maturana suspendía la lectura de un diario o novela para contemplar los progresos del cuadro. A Rivadeneyra le seducían los contrastes violentos, la pintoresca y caótica miseria de las casitas rosadas, verdes, amarillas y azules, pajareras en difícil equilibrio sobre las cejas de quebradas profundas con el mar al fondo. Le gustaba conversar mientras encendía la pipa o mezclaba los colores en la paleta.

—Me he propuesto hacer los treinta y ocho cerros de Valparaíso y a algunos les dedicaré dos o tres telas... Hay cerros para ser pintados con niebla, otros lucen más al atardecer o en las mañanas luminosas. Claro que es pintura un tanto documental o fotográfica... Mi ilusión sería pintar un cerro artificial... Un cerro que los reuniera a todos, una creación... Algo como lo que consiguió Jerónimo Bosch en el Jardín de las Delicias o Goya en su pintura negra. Claro que soñar no cuesta nada... Ellos son genios y dispusieron de todo su tiempo... Aquí en Valparaíso no hay ambiente... Somos forzosamente aficionados, pintores de domingo... Carlos Lundsted, que es el mejor de todos nosotros, tiene que borrar los cartelones del Teatro Colón, para poder vivir... Yo me defiendo con la "Socopo".

—¿Socopo?

—Sí, la "Sociedad de Comerciantes de Sellos Postales de Chile"... Compró y vendo sellos. La filatelia me permite pintar.

—¿Y es buen negocio?

—Así, así... Da para vivir... Acabo de vender una colección casi completa de estampillas bolivianas... Me pagaron bien... Lo malo es que hay que tener capital disponible para trabajar en grande con los sellos

raros de gran precio... Sellos que tienen cotización internacional en dólares y libras esterlinas... Hay sellos que valen millones...

—¿Por su antigüedad, tal vez?

—No siempre... Se pagan muy alto los defectos... Sellos con el fondo invertido... Errores ortográficos... La i sin punto y otras rarezas. Mi ideal sería ir a Europa después de la guerra... Con la miseria, las grandes colecciones se van a vender a huevo... Llevar a España sellos clásicos españoles y comprar allí sellos chilenos que aquí han desaparecido. Yo tengo correspondencia con un cura que vivía en Madrid y ahora está en Portugal... Ha comprado maravillas por la quinta parte de su valor... Le va muy bien y dice que me vaya para trabajar en sociedad... Podría visitar los grandes museos de pintura... Admirar a los maestros... Ustedes, los literatos, pueden leer a Cervantes y a otros monstruos sin moverse de la pieza... Para nosotros es fundamental el viaje...

Un domingo, en una explanada del cerro Mesilla, Maturana sorprendió a Rivadeneyra acompañado de otro pintor que había instalado su caballete a escasos metros de él. El filatélico hizo la presentación de su colega. Manuel Román era un individuo alto, nervioso, de facciones finas y ojos azules que no paraba de hablar mientras pintaba, casi de memoria, una marina, sin mirar el paisaje. Hizo una rápida venia y siguió monologando.

—Desde aquí se divisan demasiadas cosas, parece la bodega de un anticuario... Hay que seleccionar... En el norte da gusto. Lugares tan desolados que uno no sabe cómo les han puesto nombre... Se aprovechan de cualquier guiño de cerro... Le ponen "Cerro Azul", "Piedra Gorda", "Los Pescadores" y no se ve uno. "El Alamo" y no hay ni un árbol, ni animal, ni nada... Por eso, como nortino de corazón, yo prefiero pintar el mar, que es un desierto azul, gris o verde. Estas vistas de los cerros me confunden, hay demasiados motivos... El ideal sería que no hubiera tanta heterogeneidad y

revoltura. Que los cerros fueran gremiales. Gentes de mar en el cerro Toro... Los obreros en el Barón... Todas las prostitutas en el cerro Lecheros o Cordillera... Los bomberos en el cerro Alegre, y los fabricantes de licores en Bellavista... Las iglesias en el cerro La Virgen. Un cerro para los santiaguinos de visita y otro para los deportistas. Así todo andaría mejor.

—Y el plan, ¿a quiénes se lo asignas? —preguntó Rivadeneyra.

—A los bares, los artistas, turistas y contrabandistas —disparó el flaco Román.

—¿Usted es del Norte Grande? —preguntó Maturana.

—Ni del grande ni del chico. En realidad, nací aquí, en Playa Ancha... Mi abuela materna, doña Catalina Polanco, vivía en la subida Carampangue... Usaba crinolinas, mi abuela... Era más tiesa la señora... Me hacía humear a coscachos. No quería a mi padre ni a mí tampoco... “A ese chino altohuasquino tenían que salir”, me repetía después de las palizas, acariciándome el pelo con su mano huesuda cubierta de pintitas cafés... Mi abuela era copiapina y tenía varias casas en el norte... Una en Caldera y tres en Taltal... La de Caldera la tenía en arriendo a un cónsul ecuatoriano de apellido Ferreira... Pasaban cuatro o cinco meses y no cancelaba el arriendo... Doña Catalina se enfurecía... “¿Qué se habrá creído ese badulaque que a mí no me va a pagar?”... Con las casas de Taltal le pasaba lo mismo... Arreglaba la maleta y partía a cobrar sus pesos por mar y por tierra... A mí me llevaba para pegarme y retarme... Total que regresaba sin un cobre... Los arriendos se gastaban en el viaje... La gran vieja murió andando. Tenía más de noventa años... Después de uno de sus paseos llegó a la casa, se lavó, se peinó, se acostó y se murió...

Román era un conversador sabroso e infatigable, pero con los pinceles se aburría pronto. A media mañana dio fin a su labor y comenzó a liar sus bártulos. Se disculpó con Rivadeneyra.

—Bueno, tú conoces mis obligaciones. Tengo que estar en Viña antes de las doce. Podríamos ir ahora de pasada al Gato Negro. Los invito a un refresco. . .

Rivadeneira no se dejó convencer y Román se alejó a grandes zancadas con su atril a la espalda. Alto, delgado, estrafalario, se parecía a Don Quijote con un molino de viento sobre los hombros.

—Cuidado con la icarista del Gato Negro —le gritó Rivadeneira.

—¿Qué hay con el Gato Negro? —le preguntó Maturana.

—Es un boliche que está ahí cerca, en el cerro Toro, muy frecuentado por los maromeros y payasos que montan sus carpas en estas alturas, el circo Apolo, el Alegría. . . Al Gato Negro llegamos también los pintores. Román está muy entusiasmado con la "Bella Iris, Icarista y Antipodista", una morena musculosa y con mucha fuego. . . Un verdadero asado al palo con enaguas. . .

—Curioso su amigo Román —rió Maturana.

—Usted no lo conoce. El flaco Román tiene cuatro o cinco profesiones. En las mañanas corrige pruebas de imprenta. Tiene un bote en la caleta Portales y sale a pescar cuando hay varazón. . . Pinta todo el tiempo. . . Ahora se fue temprano porque vende boletos de apuestas en la galería del Sporting. . . Ha sido sobrecargo de la Sudamericana de Vapores y conoce todos los puertos del Pacífico. . . Un tiempo trabajó en la pesca de la langosta en Juan Fernández. . . Yo creo que trabaja hasta durmiendo y en varias cosas a la vez. . . Las malas lenguas dicen que se fabrica él mismo sus zapatos y trajes. Y nunca tiene un cobre. Se lo gasta todo en pomos franceses, y sus cuadros los regala o los vende al costo a los pescadores y vaporinos. Ahora le dieron la concesión de la comida y el trago en la Casa del Artista. . . Usted, profesor, ¿no frecuenta la Casa del Artista?

—Sí. Me he asomado un par de veces.

—No se pasa mal. Yo voy casi todas las tardes, antes de la comida.

Bajaban juntos por los vericuetos del cerro Toro y hacían una parada en algún banco de la Plaza Echaurren, punto de reunión de vagos, contrabandistas, agitadores políticos, gente de mar y gran número de putas y lustrabotas. Rivadeneyra tomaba apuntes rápidos de las subidas de las calles Clave y Cajilla que lucían sus tenderetes de frutas y pescados, mientras Maturana escuchaba a los oradores populares.

Había dos que se disputaban la atención del público dominguero. Uno era Cosme Juliá, robusto ex cura vestido de negro que abogaba por la creación de un parlamento popular. De apariencia madura, tenía pedazos jóvenes, según propia declaración. Al final de su perorata vendía cabezas en yeso de ex Presidentes de la República.

Mucho más interesante era su competidor, "El Príncipe de Cata", un loco extraordinario, pequeño y canoso, vestido siempre de verano, con los pies muy limpios y desnudos. El Príncipe intentaba dialogar con su público sobre el sistema nervioso angular y el sistema sanguíneo cruzado. Sobre prototipos y prototipales, arquetipos y arquetipales.

—Yo juego con los éteres y los ácidos —bramaba el Príncipe, ante las risas del auditorio—. Los metales me obedecen.

El "Príncipe de Cata y Maestro de los Tres Aspectos" saltaba de un punto a otro, quejándose de la policía y los espiritistas.

—Claro que hablan con los espíritus las empleadas del ascensor del cerro Cordillera, pero es con espíritus de poca categoría, con átomos del espacio y no con espíritus de belleza. Yo soy hijo de espíritus de origen, no de padres transitorios. Los transitorios son de nueve meses. Los de origen, de nueve más nueve, más nueve meses. En total veintisiete meses.

El Príncipe, gesticulante y amoratado de frío, vendía un libro, *La Hora de la Verdad*, escrito en italiano y castellano. También una hoja cabalística con horóscopos, titulada "Almirante Planetario efectuado Sin

Gran Merma de lo Azul". Repartía un volante de propaganda.

"Ordene en Manuel Rodríguez 476 que le hagan el cálculo de su ritmo vital. Le indicarán el momento más oportuno para comenzar cualquier empresa y alcanzar éxito. Indique su fecha de nacimiento. Sólo por \$ 3 (tres pesos) le darán una clave que durará tres meses".

Firma: "El Gran Togolo y Maestro de los Tres Aspectos".

Un domingo, Rivadeneyra invitó a Maturana a su estudio. Vivía el pintor-filatélico en el segundo piso de una casa cuyo corredor, largo y estrecho, como pasadizo de buque, se abría a la subida Ecuador.

La habitación principal servía de taller y estaba tapizada con cuadros sobriamente enmarcados. Maturana pudo apreciar los mejores logros de la serie porteña: el cerro Ramaditas y su lujuriosa vegetación; la torre del cerro Polanco, un incendio en la subida Calaguala; la enladrillada iglesia de Barón; un atardecer en la feria de la Avenida Argentina; la quema de Judas en Puertas Negras; niños encumbrando volantines en el Camino de Cintura; rincones pintorescos de Toro y Mesilla; bomberos con antorchas encendidas, subiendo el Cementerio de los Disidentes; al fondo de una quebrada, la misteriosa mole amarilla del "Chalet Picante".

El centro de la pieza estaba ocupado por un gran armario en el que se ordenaban cajitas de cartón con sellos de todos los países. En una mesa había números de la revista *Socopo* y diferentes ediciones del famoso catálogo filatélico de Ivert y Tellier. Separados del escritorio por biombos, se amontonaban bastidores, telas en preparación y un atril en el que lucía un notable esbozo del cerro Bellavista con la iglesia de los Padres Carmelitas, en cuya torre se encarama una Virgen con el brazo extendido.

—He hecho varias veces esta iglesia carmelitana —dijo Rivadeneyra—. Me sirve para equilibrar el cuadro.

—Extraordinaria la Virgen —comentó Matura-

na—. Parece artista de circo con la mano esperando el trapecio para saltar.

—¿Virgen trapecista? —rió Rivadeneyra—. Que no lo oiga mi madre... Yo soy un enamorado de todas las iglesias navegantes de los cerros; la del Perpetuo Socorro, en el cerro Cordillera; la roja de San Francisco, en Barón; la de San Vicente de Paul. Esta de Bellavista es mi favorita. Un verdadero mirador sobre el centro del puerto. Las he pintado todas. Ahora voy a seguir con los ascensores, que son como las condecoraciones de los cerros. Le voy a mostrar un cuadro de fantasía.

Rivadeneyra sacó de detrás del armario una tela grande en que aparecían, en un fondo de cerros, dos ascensores amarillos suspendidos a diferentes alturas. Sujetando las cabinas volaban ángeles con alas verdes y azules.

—Notable. Angeles ascensoristas.

—No está mal el título —dijo Rivadeneyra.

—¿Y por qué lo tiene escondido?

—Mi madre lo quemaría por hereje.

Agotado el comentario pictórico, Rivadeneyra mostró una hermosa colección de sellos paraguayos "con motivos chilenos", series completas de "cuadros Famosos", "Gatos de Hungría", "Pinturas Mundiales de Niños" y algunas rarezas filatélicas. Reproducciones de estampillas con "sobrecargados" y "provisorios", sobres del siglo pasado con timbres prefilatélicos; certificados de exportación extendidos por The Royal Philatelic Society de Londres.

Vino a anunciar la empleada que el té estaba servido. Pasaron al salón, donde la madre del pintor, una viejecita de pelo blanco y mejillas pintadas, nerviosa y afable, les sirvió té y dulces chilenos. La señora fruncía la nariz mientras mordisqueaba un empolvado con sus largos dientes amarillos. "Una ratita blanca de pastelería", pensó Maturana.

En la pared, entre dos marinas convencionales, se veía un magnífico retrato de la bella Amanda, célebre modelo del pintor Arturo Gordon.

Rivadeneira tenía que conversar con Román y otros pintores y escultores sobre el jurado de un futuro salón y le pidió a su amigo que lo acompañara a la Casa del Artista.

El local no le era desconocido a Maturana. Un alcalde del Frente Popular, amigo de las bellas artes, había fundado en el centro de la ciudad un refugio para los escritores, poetisas, pintores y escultores del puerto. La Casa del Artista, situada en el segundo piso de un sólido edificio, disponía de una gran sala para conferencias y exposiciones, talleres de pintura y escultura, cocina, casino y una pequeña biblioteca en formación. Maturana había asistido a un par de conferencias literarias y perdido algunas horas escudriñando desde los ventanales que daban a la calle Condell, frente a los leones de la Casa Maluk, con la esperanza de sorprender a su inaccesible dama a la hora del paseo.

Al llegar aquella tarde al salón, que gradualmente se iba convirtiendo en cantina, Rivadeneira lo condujo a una mesa ocupada por Manuel Román y un muchacho flaco, vestido de poeta, con capa, bufanda y chambergo negros. Román hizo traer vasos y un gran jarro de vino.

—¿No han llegado los demás? —le preguntó Rivadeneira.

—Ya no tardan —respondió Román—. Aquí el amigo —dijo, presentando al joven del chambergo— es un poeta de Vallenar y redactor del diario *El Eco del Huasco*. Ha ganado varios premios en juegos florales zonales y está de paso en Valparaíso. Yo le digo que se venga al puerto o a la capital y se abra camino. Los hombres que se ven en Vallenar son todos ojotudos, porque el vallenarino de ley es aventurero y emigra. Por eso las vallenarinas se vuelven locas cuando ven a un hombre joven, forastero y con buenos zapatos en el paseo de la plaza. Yo tuve en mis buenos tiempos una empleada de Vallenar que no me dejaba vivir. Había sido empleada de varias familias ricas y distinguidas. Ella me miraba con indisimulado desprecio por mi rela-

tivo desorden y descuido en el vestir. Siempre sabía por los diarios de todos los matrimonios importantes de Viña, Valparaíso, y hasta de Santiago. Dejaba todo botado y se me arrancaba muy de manto y polvos de arroz a presenciar las ceremonias en las iglesias elegantes. Después me contaba muy excitada y con lujo de detalles. "Hubiera visto, don Manuel, a la hija de misia Luzmira Borrea, tan elegante y bonita, casándose con un novio que nunca le conocí. Llegaban automóviles de todas partes. Una vez me pidió permiso para ir a Santiago. Se casaba la niña más bonita y elegante de la capital. . .

El joven poeta-redactor sonreía tristemente mientras Román llenaba los vasos.

—Ahí vienen Azócar y Cargill —interrumpió Rivadeneyra.

A la mesa de Román se acercaron dos figuras contrastadas. Uno era muy moreno y canoso, de anchas espaldas. A su lado sonreía un individuo atlético, de barba rojiza en punta que enmarcaba una cara muy blanca, espolvoreada de pecas. Los ojos muy brillantes y el dibujo de las cejas daban a su rostro un aire mefistofélico.

Rivadeneyra hizo las presentaciones con entonación irónica.

—Pancho Azócar —dijo, señalando al moreno gordo—. Rey de los ferrocarriles y pintor del cerro Toro. El gringo Cargill, atleta, astrónomo y pintor del cerro Yungay.

—Y René Rivadeneyra vende sellos de la subida Ecuador —interrumpió Azócar, celebrándose con grandes risotadas.

—¿Por qué se demoraron tanto? —los increpó Román.

—Es que tu vino es tan malo, sólo sirve para marcar sacos. Pasamos al noble "Neptuno" a conversarnos un botellón —respondió Cargill.

La conversación fue girando sobre los miembros del jurado que iban a proponer los expositores del futu-

ro salón. Se sucedían nombres que eran rápidamente rechazados.

—¿Qué les parece el poeta Maldonado? —insinuó Rivadeneyra.

—No sabe nada de pintura —objetó Azócar—. Se carga al lado de las mujeres. ¿No se acuerdan? Una vez quiso premiar a las hermanitas Labarca.

—¿Y el Pipo Ross? —insistió Rivadeneyra.

—Es demasiado exigente. Capaz de declarar desierto todo el salón —argumentó Cargill.

—¿Quién entonces?

—Podría ser Villa Fuentes —intervino Román—. Además, él siempre hace propaganda de los salones por la radio Los Castaños.

—Villa es buena persona, pero es literato... Mejor nombramos a un pintor o escultor retirado que no concurre —afirmó Azócar.

—Bueno, de todas maneras no hay quórum —dijo el gringo Cargill—. Tenemos que esperar a Pérez Arancibia, a Lundsted, Jim Mendoza, Macho Vázquez y el terrible Canales, que ojalá no venga. Ya no pueden demorar.

Los tragos se sucedían y Maturana optó por retirarse. En cualquier momento Rivadeneyra podía proponer su nombre. El poeta Galdames le había dicho una vez que los pintores del puerto se odiaban a muerte entre sí. No quería malquistarse con nadie. Se despidió pretextando un vago compromiso y salió a la calle.

A los dos o tres días volvió a la Casa del Artista. El ambiente era amistoso, la conversación alegre y ya no se sentía extraño. Eso sí, había que beber duro y parejo. La mitad del salón estaba ocupada por una cantidad de pequeñas mesas en las que confraternizaban, en grupos separados, los plásticos, los escritores y los políticos. Se jugaba al dominó. El cacho y los naipes estaban prohibidos.

Pronto tomó contacto con algunos representantes de la bohemia artística en la mesa de Román, situada estratégicamente junto a la ventanilla del casino, desde la cual el pintor-concesionario vigilaba los pedidos

y daba instrucciones a una empleada para que no aceptara vales sin previa consulta.

Noche a noche la reunión de los pintores se animaba con la presencia de Cargill, quien mantenía un contrapunto de burlas con Román. El gringo Cargill, descendiente de escoceses, había sido contador de una oficina salitrera, y más tarde alto empleado de bancos y compañías de seguros antes de acudir al llamado del arte. El gringo se reía amablemente de las variadas actividades del concesionario, y éste le retrucaba aludiendo a las supuestas palizas que el ex contador recibía en su casa.

Cargill estaba casado con una vigorosa alemana, alpinista, teósofa, dactilógrafa y taquígrafa. Vivían en el cerro Yungay. El gringo pintaba principalmente flores y se paseaba desnudo por una terraza, mirando interiores de las casas vecinas con un telescopio que la alemana le había semidestruido en un arrebató de celos.

Cargill se defendía riendo de las bromas de su amigo.

—Mira, yo puedo faltar una noche y hasta dos noches a la casa. Mi *Frau* no dice nada, pero se alerta la gente que anda por los costados. No es que se enoje mi mujer. Me la sublevan los intrusos y las intrusas del cerro.

La mayor preocupación de Román era la actividad secreta del encargado de la biblioteca en formación, un poeta apodado "Santiaguillo", que al menor descuido vendía vino para callado y tenía su propia clientela.

—Este bribón me va a arruinar —bramaba Román—. Ya lo he denunciado tres veces al Directorio, pero como si nada. Un día va a probar mis manos. Se la tengo jurada.

Santiaguillo, individuo de edad indefinible, vagamente poeta y libretista de radio, flaco, de nariz roja y aire insolente, pretendía suceder a Román como concesionario. Sus pretensiones eran apoyadas por algunos poetas del cerro Los Placeres, donde el bibliotecario vivía.

Los parroquianos de la Casa del Artista gozaban con la guerra declarada entre el bibliotecario y el concesionario y molestaban a éste afirmando que el vino de Santiaguillo era mejor, menos aguado y más barato. En cuanto a chichas, no había comparación.

Pérez Arancibia, pintor de parques versallescos, trataba de consolar a Román.

—No te amargues, Manuel, aquí todos los concesionarios han fracasado. El gringo Meluzzi perdió plata y salud. Sócrates Marino y el ucraniano Andruzca tampoco resultaron. El poeta Palanka se aburrió también. A ti te conviene más seguir de cliente y que otro tome lo que va quedando del buque, que de todas maneras se va a ir a pique...

El espíritu organizador de Román no se dejaba vencer.

—Hay que salvar la Casa del Artista, compañero. Los verdaderos artistas, en su mayoría, son responsables. Consumen y pagan, claro que no todos, pero no abusan. Esta leva de dibujantes picantes, escritores que nunca han escrito, municipales y enfermeras en busca de lachos es la que ha traído la ruina. ¿Dónde se ha visto que un bibliotecario venda licor? Un día la prensa se meterá con nosotros. Entonces va a ser la grande. La Municipalidad nos va a quitar el local. Ahora están pidiendo que haya baile de artistas los días sábados. Quieren hacerle la competencia a los Baños del Parque. La Casa se va a llenar de putas, cafiches y tocadores de batería. Les voy a decir a los del Directorio que se opongan. Hasta ahí, no más, podríamos llegar...

Una tarde, Román lo condujo al taller de pintura situado en el interior del edificio para mostrarle unos cuadros que iba a enviar al Salón de los Independientes. Eran cuatro marinas pequeñas que representaban caletas de pescadores. Una quinta tela, de mayores dimensiones, mostraba un baile de "chinos", con sus trajes multicolores, frente a la estatua de San Pedro, en la caleta Higuierillas de Concón. En el primer plano aparecían dos alféreces en actitud de iniciar un desafío en

verso, mientras los danzantes saltaban y soplaban sus anchas flautas. El cuadro, de técnica puntillista, era un acierto de composición. Las figuras estaban apenas esbozadas, pero el conjunto lucía un colorido rico y variado con el mar al fondo.

Maturana no escatimó los elogios. Román argumentaba feliz:

—Estos jurados porteños, igual que los santiaguinos, prefieren los cuadros de montaña y cordillera. Dicen que el mar no es plástico. Lo que pasa es que el mar es difícil. Hace tiempo que los pintores borronean cordilleras nevadas y les resultan sólo botes de helados. Yo he vendido y regalado mis marinas, más de quinientas, a los pescadores y vaporinos. No hay rancho de las caletas Portales y Membrillo que no tenga una tela mía. En mi casa no duran. Me los arrebatan. Por suerte hay un coleccionista que posee más de cincuenta obras mías. Es un señor de apellido Pruneda, que vive en Playa Ancha.

Maturana apenas pudo disimular su emoción.

—¿Pruneda, dijo?

—Sí, ¿lo conoce usted? Un fulano de situación acomodada y buen gusto artístico. Vive con una hermana, que es famosa por su belleza. Ocupan una gran casa, en la Avenida Gran Bretaña.

El hallazgo de la nueva y auténtica dirección cambió el rumbo de sus recorridos por la ciudad. Del plan al cerro, pronto conoció todas las subidas y los ascensores de Playa Ancha. Tenía localizada la casa. La conocía iluminada y a oscuras, de noche y de día.

Entonces ella se dejó ver. Como si fuera un animal selvático al que le han descubierto la madriguera, la espléndida rubia paseaba ahora por el centro de la ciudad. Demoraba en enfrentarla. Ningún momento le parecía suficientemente propicio. Al atardecer recorría la calle Condell, llena de curvas, desde la Fuente de Neptuno hasta la Plaza Victoria. Era la hora del dominio femenino. Iluminábanse las vitrinas y las telas bri-

llaban como animales marinos. Una decoración de ópera se hacía presente arriba cuando empezaban a brillar las luces y los cerros se decoraban como repetidos altares del Mes de María.

La belleza vespertina de la ciudad agudizaba aun más su estado de ánimo. En la hora del paseo, un río de mujeres rápidas, compradoras y curiosas, circulaba por la zona comercial. En aquella procesión interminable surgía ella, de repente, sola o acompañada por una amiga.

La seguía a distancia. De lejos adivinaba sus descansos, las visitas a las tiendas o perfumerías. De pronto, la detención en una esquina era algo mayor y ella esperaba el tranvía rumbo a Playa Ancha. Entonces subía rápidamente a una góndola, para llegar con algunos minutos de anticipación a la Aduana. De lejos lograba ver su delicada figura atravesando la plazoleta hasta el ascensor. Venía el momento atlético. A grandes trancos reptaba por Carampangue para llegar arriba, con la respiración alterada, en el momento justo en que la hermosa viuda iniciaba la ascensión hacia la Avenida Gran Bretaña. Entre las sombras, asistía a sus movimientos acostumbrados. La llave en el maletín, el timbre. La empleada que abría la puerta. Maturana se detenía unos instantes en el paseo 21 de Mayo y, normalmente, se recriminaba. La belleza de la noche sólo conseguía aumentar su desazón. Abajo, a lo lejos, un cintillo de luciérnagas abrazaba a la ciudad camino de Viña del Mar.

En dos o tres ocasiones se encontró sorpresivamente a dos metros con los ojos verde-irónicos de ella. Le faltó impulso. Tenía conciencia de su rubor, del rojo avergonzado de su cara. Seguía de largo, una media cuadra, sin mirar atrás, como si nada le importara. Recorría dos o tres calles transversales, cuidando de no ser observado para intentar otro encuentro casual.

Tenía momentos en que se sentía absolutamente deprimido y aniquilado. Las tardes de los sábados eran las más terribles. La ciudad doblaba su belleza en anocheceres de lenta y luminosa agonía. Todo el mundo bajaba al plan tratando de combinar y obtener goce de

la noche prometedora, llena de luces. Se irritaba consigo mismo. Había idealizado a una mujer y no se atrevía a enfrentarla. Trató en varias oportunidades de iniciar relaciones con mujeres más próximas y accesibles. Era inútil. Todas sabían a falsas mujeres, caprichosas, coquetas, incultas. En los días libres visitaba los pueblos pequeños, Quilpué, Limache, Villa Alemana. La presencia de enamorados silenciosos, buscando soledad para sus combates, le producía un efecto desastroso. Llegaba por un par de días y a las pocas horas tomaba el tren de regreso a Valparaíso. Otros fines de semana viajaba a la capital. Los espectáculos teatrales y la semiborrachera en los restaurantes de la calle Bandera lo aturdían un poco.

No hubo recurso que no intentara, desde la aventura erótica concluida con la billetera en la mano hasta las curiosas sesiones de los teósofos de la calle Lira, donde anunciaban el mensaje de un nuevo Mesías que acababa de cumplir los siete años en las montañas del Himalaya. Había que esperar. A los veintiún años haría su aparición oficial en el mundo y los pueblos iban a conocer, por fin, la verdadera felicidad. Regresaba al puerto en el tren nocturno, animado por deseos de superación. Alguna vez tenía que concluir su angustia sentimental. Lograba distraerse con el bullicio del tren y las caras morenas de las vendedoras de dulces, que, en graciosas filas, vestidas de blanco, ocupaban los andenes. A partir de Limache, cambiaba el panorama urbano. Se sucedían los chalets modernos, la vida veraniega, perezosa, de Villa Alemana y Quilpué. Después Chorrillos, Viña del Mar, elegante y dormida. Con las luces del puerto renacían la angustia, el temor y la duda. El cansancio del viaje no bastaba para alcanzar el sueño y debía leer hasta la madrugada.

Otra semana sin esperanzas dedicado al trabajo inútil e infernal de las caminatas a distancia. El espíritu de observación callejera se le había desarrollado hasta un grado mágico. Adivinaba el horario y recorrido de sus paseos. Conocía todas las tiendas, perfumerías y salas de té que ella frecuentaba, acompañada general-

mente por otra mujer. Tardes tranquilas eran aquellas en que la veía entrar en un cine. Se sentaba en las últimas filas de la platea, conformándose en convivir con ella alguna historia de pistoleros o de amores físicamente equilibrados. Al final salía con rapidez para no revelar su disimulada persecución.

Una tarde no resistió más y la siguió de cerca, dispuesto a todo. La rubia pareció darse cuenta. Alcanzó a ver sus hermosos ojos brillar consternados bajo un arco voltaico. Ella apresuró el paso y entró a una botica. La vio solicitar el teléfono. A los pocos minutos un automóvil de arriendo se detuvo frente a la farmacia. La viuda subió precipitadamente. En una fracción de segundos sus ojos se habían encontrado. Los de ella, orgullosos, y burlones, habían adquirido un tono distante, señorial. Quedó desconcertado. ¿Por qué huía? ¿Cómo pudo ella tener sospecha o noticia de la pasión que había despertado? ¿Sería todo una ilusión? Sin embargo, no lograba sugestionarse. Ella se había espantado con su presencia. Lo tomaba por un loco peligroso, lo rechazaba.

Aquella noche no pudo dormir. Había un demorado recuento de todo lo que había sufrido en las últimas semanas. Se recriminaba. ¿Falta de hombría? ¿Exceso de sensibilidad? Timidez absurda, eso era todo. De algún misterioso modo ella supo lo que pasaba. No cabía otra explicación. Alguien tuvo que advertirlo. Las calles, los teatros, estaban llenos de espejos y señales. Se había sentido derrotado de antemano. Salvo el fugaz encuentro en la librería de viejo, nunca tuvo la menor oportunidad. Era la frustración total... Si pudiera dormir una semana o dos sin despertarse. Dejar correr el tiempo. Acelerrarlo indefinidamente...

En la mañana telefoneó al Liceo. Se declaró enfermo. No acudiría a clases. Pasó varios días sin recorrer la calle Condell ni asomarse a Playa Ancha. Una noche la luna llena y hermosa le agudizó la nostalgia de sus primeras pesquisas y correrías. No resistió más y dirigió sus pasos al cerro de la viuda. Subió despreocupadamente e hizo un recorrido distinto. Era casi medianoche y

ella ya debía estar recogida en su misteriosa casa. Al doblar una esquina a espaldas de la Avenida Gran Bretaña, sus ojos, más que vieron, adivinaron, al fondo de un pasadizo que daba a una quebrada, a una pareja que se abrazaba apasionadamente. Su corazón le dio un vuelco. Era ella, sin duda. La luna iluminaba su rubia cabellera. Se deslizó rápidamente hacia la oscuridad, mirando el suelo, mientras la pareja se arreglaba la ropa. A los pocos minutos, un hombre apuesto y corpulento descendió hasta el paseo 21 de Mayo, fumándose un cigarrillo con fingida despreocupación. Maturana verificó con sorpresa que el inesperado acontecimiento le producía una especie de alegría satánica. Se reía tapándose la boca, congestionado. Bajó a largos trancos hacia el ascensor. En un cabaret del puerto bebió hasta el amanecer y regresó a su cuarto casi contento. Ella se entregaba a un hombre. La poseían, seguramente, como a cualquier animal. Dejaba de ser algo etéreo, misterioso, inaccesible. El apuesto desconocido resultaba casi un vengador.

La incomodidad física de la escena, el abandono amoroso de pie, doblemente consciente, le producía un dolor agudo. No había abandono posible en tal postura. Ella tuvo que colaborar en el simulacro del acto sexual. Aquella maravilla de mujer con su carnadura de ópalo haciendo el amor de pie, contra un muro. . .

En el paseo de Condell la encontró una tarde. La miró sin sobresalto, con dureza. Creyó que se ruborizaba. Se dio cuenta de que su enfermedad era más soportable. No era mujer para él, pero era mujer para un hombre, para un tonto hombre bonito, pero hombre al fin. Tuvo deseos violentos de espiar otra vez la callejuela y la quebrada, pero supo mantenerse firme. La seguía queriendo, sin embargo. Qué podía importarle la existencia de un amante. Por el contrario, era más humana, pero se trataba de otra mujer. Había deseado algo que no existía, que posiblemente no podía existir. Era una sustitución.

La había seguido tanto, sabía tanto de ella sin dar la cara, sumando informaciones de personas tan desco-

nocidas entre sí, que ahora las noticias llegaban a su conocimiento sin mayor esfuerzo. Ya no vivía en Playa Ancha. Arrendaba ahora un departamento en la Avenida Pedro Montt frente al Parque Italia. Todo resultaba más cómodo. Con una diferencia de minutos la veía entrar al edificio. Poco después se iluminaba la ventana del segundo piso, que le correspondía.

En su convalecencia sentimental lo sacudían algunos espaciados estremecimientos. Era un dolor asordinado y soportable. La curva de su fiebre pasional había bajado. Sus esperanzas eran nulas. Ya nada le interesaba y apenas leía. El trabajo escolar, rutinario, era insoportable. La soledad siniestra de Valparaíso, su estampa de ciudad que se esconde y huye por los cerros iluminados se había encarnado en aquella mujer inasible. Al desprecio por la vida de los pequeños burgueses del puerto, sucedía ahora una especie de curiosidad creciente por la vida de los demás. No bastaban las reuniones hípicas en el Sporting y la tertulia en la botica de Kleiner. Pensó en formarse nuevas amistades, prestando más atención a la sociabilidad cotidiana.

¿Qué sería del poeta? Lo buscó infructuosamente en los bares del Matadero y caleta Portales. Visitaba las exposiciones de pintura y asistía a conferencias con la esperanza de encontrarlo, pero el poeta parecía despreciar las manifestaciones culturales del puerto. ¿A qué borrachos o desesperados regalaba ahora su euforia?

Llovían los alumnos particulares. Antes se negaba a hacer clases a domicilio; ahora, por el contrario, tenía un creciente interés en conocer casas. Del salón de un árabe pasaba al escritorio de una familia alemana o inglesa. Las sirvientas lo hacían entrar al salón y allí, entre retratos familiares, entre pianos y paisajes comprados en salas de remate, iba acumulando algunos pesos con la enseñanza de la literatura y el análisis lógico. Quería vivir con mayor holgura y realizar algún viaje de un par de meses a Bolivia o Argentina.

Como si fuera algo decidido por el destino, al fin de una tarde, a la salida de clases, se encontró con Gal-

dames en la puerta del Liceo. Lucía más gordo, alegre y bien vestido. Primero pasaron a un bar de la Avenida Francia. El poeta regresaba de un viaje de casi tres meses por el sur del país, vendiendo cuadros y libros en sociedad con otro poeta de Santiago. En su conversación fluían anécdotas de grandes fiestas con los escritores de Concepción y Temuco. Todo el sur era una mesa bien surtida de comidas y vinos, con prolongadas discusiones hasta el amanecer.

—¿Y a usted, profesor, cómo lo viene tratando la vida?

Maturana sonrió con amargura.

—Regular, poeta. Su querido puerto es hostil con los afuerinos. Hasta en las pensiones lo miran a uno como a pájaro raro, extraño y sospechoso. La gente aquí vive encerrada. Las casas son castillos perdidos en los cerros.

Galdames sonrió complacido. El tema de santiaguinos y porteños era uno de sus favoritos y lo dominaba desde cualquier ángulo.

—Mire, profesor, en parte tiene razón. Los que llegan de fuera se ven obligados a hacerse bomberos, masones o frecuentadores de bares, salvo que tengan dinero o apellidos para inscribirse en el Club de Viña. La clase alta porteña imita a los ingleses y es cerrada, deportista y flemática. Vive como una colonia extranjera más. El rico imita al gringo. La clase media imita al rico y se vuelve también exclusiva. La espontaneidad criolla parece frenada al máximo por la vigilancia anglosajona. A esto hay que agregar la desconfianza natural de los que viven en un puerto, lugar de pasada, ambiente internacional. Todo esto es cierto, pero también el santiaguino se comporta como extranjero... Llega un mapochino. Uno lo pasea, lo informa. Le ofrece su humilde plato, su humilde copa de vino y su conversación. El regresa sonriendo en el tren, contándose cuentos, preparándose para hablar mal de los porteños en Santiago. No me refiero a usted, desde luego, pero así son la mayoría de los cordilleranos. Remansos de río turbio, ni resacas de mar, siquiera. Estas son las causas de la con-

ducta desconfiada de los porteños, no sólo con los de fuera, sino, por desgracia, entre nosotros mismos. Uno saluda y se emborracha con un fulano durante treinta años y sólo viene a conocer su familia cuando muere, en el velorio, en la misa de difuntos, en la despedida del cortejo en el cementerio. Ahí ve por primera y última vez a los hermanos, a la mujer, a las hijas... Pero no hay que apurarse. Ahora usted vive en el puerto y yo también. Le puedo presentar algunos amigos. Mi capital son los amigos, unos pocos amigos escogidos. Nos reunimos casi siempre en el bar Alcatraz de la Avenida Brasil. Jugamos al dominó, muy mal desde luego, y sobre todo conversamos. ¿Qué le parece? Todavía es temprano. Si no tiene algún compromiso, vamos para allá. Yo tengo que encontrarme con Mandujano, que es mi amigo y socio.

El poeta, poco amigo de referirse a sus actividades de tipo económico, dio rápida respuesta a la mirada interrogativa de Maturana.

—Usted sabe, profesor, hay que pelearle a la vida. Porfirio Mandujano es tipo fino, de buena familia, arruinada en Copiapó. Fue salitrero y periodista en el norte y en Santiago. Ahora trabaja en publicidad. Sacamos avisos para radios y revistas, revistas que no siempre aparecen. ¡Qué se le va a hacer! El me necesita a mí y yo le necesito a él. Para obtener un aviso, la primera regla es dos contra uno. El gerente sentado y nosotros de pie. Mandujano es elegante, suave y ceremonioso, y yo tal vez un poco agresivo. Ahora debe estar enojado por mi ausencia.

En el Alcatraz, en penumbra, las mesas estaban vacías. Galdames saludó efusivamente al mesonero y se dirigió a uno de los reservados. Allí los esperaba, con la copa en la mano, un hombre alto, relativamente joven, de cara encendida y ojos reidores. Galdames abrazó a su amigo e hizo la presentación del caso. Mandujano, pese a su porte elegante, carecía de dos dientes superiores, delanteros, que aún en sus épocas de mayor auge se había negado a reponer. Esto lo obligaba a una son-

risa especial y a una risa que cubría llevando a los labios una mano siempre enguantada. Galdames le refirió vagamente los resultados artísticos, económicos y alcohólicos de la gira sureña.

—¿Vendieron los cuadros de Pérez Arancibia?

—Casi todos. Ahora adornan los salones de las municipalidades y de las mejores casas de remolienda.

—¿Y cuándo le van a liquidar? Por aquí ha venido muy esperanzado. Esta vez se va a enojar, por más que yo le he dicho que Dios hizo primero a los poetas y después a los pintores, para que éstos los alimentaran.

Galdames protestó, amoscado, mientras Mandujano reía tapándose la boca.

El local se iba llenando. Maturana pretextó hablar por teléfono para dejar que los dos amigos pudieran recriminarse a gusto. A su vuelta hizo algunos comentarios sobre el Alcatraz. Del techo colgaban chorizos y grandes jamones. Las paredes estaban decoradas con escenas de juego de naipes entre tramposos. Los mozos y la cocinera eran extremadamente gordos. Tenían esas hechuras pantagruélicas que sólo se ven entre los matorifes y pilastreros de los mercados. Galdames insistió en presentarle a uno.

—A ver, Maureira, asómese —gritó el poeta.

—A éste no le ha visto usted todavía. Es el buque madre de los garzones del puerto —subrayó Mandujano con su sonrisa incierta.

Una mano enorme separó la cortina del reservado y apareció el nombrado Maureira, enorme y canoso. Era la celebridad del bar. En su cabeza de jabalí complaciente se destacaban dos enormes colmillos.

—Siéntese con nosotros, amigo Maureira —ordenó Galdames—. Le voy a presentar a un profesor del Liceo N.º 1.

El gigante saludó complacido, con una voz dulce y asordinada, bebiendo de pie el vaso de vino que le ofrecía el poeta. Mandujano ordenó la renovación de las botellas y una pichanga de queso y aceitunas para picar.

—Siempre se podrá intentar la historia de Valpa-

raíso en estos últimos treinta años haciendo la historia de sus bares —inició Galdames.

—Habría que completarla con la historia de sus respectivas clientelas —dijo Mandujano.

—De acuerdo. El porteño ama sus bares y el cambio de uno a otro significa el paso de la juventud a la madurez, de la pobreza a la bonanza o al revés... He conocido gente que ha empezado a beber en el bar La Bolsa, entre rueda y rueda de corredores, y terminan pidiendo medios patos en El Cazador, en La Felicidad Completa, o en los clandestinos de la subida Pirámide, bebiendo a barril destapado. Hay el bar del tinterillo, del punga, del deportista y las cantinas marineras de la calle Blanco y la Plaza Echaurren. Luego están esos bares indeterminados que no tienen público fijo, como el Cinzano, de la Plaza Aníbal Pinto, que son como descanso de los bebedores, remansos de encuentros inesperados, para después dirigirse a donde esperan los amigos con las botellas alineadas.

—El poema está botado —interrumpió Mandujano—: "Canto a los bares del puerto", o algo parecido.

El poeta no hacía caso a las burlas de su socio y entre copa y copa seguía desarrollando el tema.

—... Los bares nacieron de la Plaza Victoria hacia el puerto. El Bar Inglés, en la calle Salvador Donoso, fue el primer negocio que se recuerda con el nombre de bar. Antes se llamaban cantinas o cafés. Con el Bar Inglés aparecieron la barra y el piso alto al estilo europeo. El formidable bar El Pacífico fue primero de un inglés; tenía mesón de maderas marinas, navegadas. Después pasó a ser dueño un tal Erazo. Al final lo explotaba un italiano de apellido Perazzo.

—¿Y El Palitroque? ¿No te acuerdas de El Palitroque? —interrumpió Mandujano.

—Perdone, ilustre nortino, no se llamaba El Palitroque, se llamaba Arturo Prat, y tenía dos entradas, una por calle Blanco y otra por Cochrane. Gran cancha de palitroque. Allí se reunían los jóvenes bohemios elegantes, de buena familia, mitad intelectuales, mitad

boxeadores, como el Pipo Ross, el Chopo de la Maza, Alvaro Guevara y otros... Tenía una estantería formidable, tallada en madera norteamericana, con dos enormes escudos chilenos y un busto de Arturo Prat. Después se remató el bar y la estantería la heredó el Bar Mundial, sin el busto del héroe, que estuvo mucho tiempo a la venta en El Cambio Holandés, una casa de monedas. Los palitroques habían sido de la Asociación Cristiana de Jóvenes y fueron vendidos en un remate público... En la calle Esmeralda, en un subterráneo, estuvo el famoso Peter Peter, que atraía a los marineros extranjeros y a los aficionados a la literatura marinista... Cada colonia extranjera impuso su estilo de boliche. El inglés trajo sus licorerías en penumbra. Nunca a ras del suelo. Un poco más arriba, como en el Récamier, o en subterráneos iluminados, como en el bar La Bolsa. El dueño del Suizo era, y creo que sigue siendo, un suizo que atraía a los gringos por su manera cómica de pronunciar la lengua inglesa. Los italianos, que llegaron en gran número a fines del siglo pasado, vivían cerca del famoso conventillo La Troya, en la calle Chacabuco. Allí tuvieron que atrincherarse en cierta ocasión. Casi los linchan. El pueblo había oído hablar a los soldados que volvían del Perú del famoso batallón garibaldino que luchó en Lima contra los chilenos. Estos genoveses de Valparaíso fueron primero almacederos, después se dedicaron al negocio de las botillerías y se fueron haciendo dueños de los bares para estibadores y picasales en las callejuelas del puerto. Donde está ahora La Nave, en la calle Riveros, existía el Lucien, de Pedro Bassino. Tenía una tortuga marina en la puerta. Había también un italiano de apellido Basso, que hoy vende automóviles. Basso compraba bares, los arreglaba, los prestigiaba y después los vendía con clientela y todo. Se hizo millonario. Hoy día, de los bares italianos, el más interesante es La Felicidad Completa, en la Avenida Argentina.

—El verdadero cantinero envejece, muere con su boliche —intervino Mandujano—. Hay dueños de bares que quiebran y los apuntalan para que puedan seguir,

para que no abandonen el timón y estén frente a los amigos en las tardes eufóricas.

Entre los bares de verano, Galdames adoraba a los alemanes de la calle O'Higgins. Ir a los alemanes significaba la rubia o negra cerveza destilada en alambiques enormes.

—¡El mesón del Bavaria hecho con madera de buque! Lo baldean y lo limpian cada mañana como a la cubierta de un velero; además tiene otro "tiempo". Su reloj de balanza es el más lento de Valparaíso.

En la misma calle O'Higgins, el poeta había descubierto el bar El Expreso, de un holandés joven, borracho y triste. El holandés se bebía el negocio bajo el mirar desolado de una mujercita chilena, su amante, que él había rescatado de los bajos fondos del puerto.

—¿Y los bares chilenos? —se atrevió a preguntar Maturana.

—Por cientos, en cada esquina —contestó Mandujano—. Todo Valparaíso es un gran bar a la orilla del mar... Hay tantas cantinas, una al lado de la otra, en subiditas o subterráneos, que a cualquiera lo toman de las patas y ni sabe cuándo se encuentra frente a la barra pidiendo un trago... Aunque al porteño, en realidad, le gusta ser atendido por un patrón extranjero. De los bares criollos, este Alcatraz defiende el mejor estilo. Es mitad huaso, mitad marinero, como su dueño, que es de Puchuncaví. Tiene sabor y hasta olor antiguos. Otro notable es el Nunca se Supo, de la calle Chacabuco. Ahí se reúnen los mejores cantores de cuecas y también los músicos de cabarets y casas de remolienda, esperando una oportuna llamada telefónica. Doña Chepita, la dueña, es de las que saben preparar la chicha. Esto no lo sabe el poeta. Primero golpean la chicha, después la pasan por sacos harineros para botarle la borra. Dejan caer la chicha de una vasija a otra para orearla. La mejor chicha de la Rinconada de los Andes, en grandes tinajas rojas...

—Tampoco se come mal en el Nunca se Supo —interrumpió Galdames—. Preparan muy bien el pescado y

la cazuela de ave. Willy Pacheco, su dueño, excelente persona y amigo de los artistas.

—Este poeta habla de los bares que no frecuenta —apuntó Mandujano—. Te has olvidado de los bares de la Avenida Pedro Montt.

—No los olvido, porque hacia allá me dirijo. En un momento más podríamos ir. A la Puerta del Sol o donde el vasco Legarza en La Academia. . .

—No faltará la ocasión, pero por hoy no abandonemos el noble Alcatraz. Los amigos saben que has llegado y pronto estarán por aquí.

V

En la vida enclaustrada, recelosa y mercantil del puerto, Galdames era el integrador de algunos excéntricos que vivían a contrapelo.

Al anochecer, cuando la ciudad desplegaba su magia iluminando los cerros y paseos públicos, se reunía con los amigos en el bar señalado la víspera, de preferencia en el antiguo Alcatraz de la Avenida Brasil. Todos se mostraban algo cansados y aburridos hasta que aparecía el poeta, fresco, vital, noticioso. De inmediato la reunión tomaba color y se daba fin al inevitable partido de dominó.

Dentro del grupo cada cual aportaba lo suyo, la parte más novelesca o juvenil de su existencia. Galdames permitía que tuvieran sus minutos de lucimiento, pero él llevaba la voz cantante. En su calidad de gran rebelde dirigía los debates, imponía la etiqueta y el color del vino y el tema de la conversación.

Poco a poco, como quien tantea terreno extraño y peligroso, Maturana se fue incorporando a la curiosa cofradía. Después de la fatigosa jornada de clases, a la hora en que los porteños buscaban su evasión en los cines, la tertulia del poeta era una bendición, una huida hacia un mundo más alegre e irresponsable.

Al principio se encontraba con el poeta en la Plaza Victoria. Allí, frente a la pizarra del diario *La Unión*, se reunía mucha gente para comentar las últimas noticias de la Guerra Civil Española y los preparativos de la Segunda Guerra Mundial. Anarquista acérrimo, Galdames discutía con los republicanos y algunos franquistas más o menos disimulados. Su mejor contrincante era Filibert, un valenciano viejo, muy nervioso y de voz poten-

te, que mantenía en la esquina del diario una "peña" al aire libre. Filibert aparecía puntualmente a las cuatro de la tarde y ya no se iba hasta la noche. Jubilados y cesantes le hacían coro a la espera de que la pizarra se cubriera de tiza, anunciando los últimos cables. El valenciano afirmaba que desde la Guerra Ruso-Japonesa no se había equivocado nunca en política. Su ídolo era Azaña.

"El único que va a tener estatua después de la guerra es Azaña. Si yo fuera millonario tendría diario propio y les daría más de una lección de política y estrategia militar a los periodistas oficiales", repetía con entusiasmo.

En apoyo de sus opiniones, Filibert mostraba diarios y revistas extranjeros en los que aparecían españoles muertos en los campos de batalla, barbudos, trágicos, con los labios entreabiertos, como si bebieran vino de un porrón.

Galdames ponía en duda la veracidad de los cables. Los periodistas del mundo entero eran unos vendidos. El triunfo final sería del pueblo. Al fervor que Filibert gastaba en la defensa de Azaña y otros políticos republicanos que conociera personalmente, el poeta oponía las figuras de Angel Pestaña y Buenaventura Durruti, grandes figuras del anarquismo catalán.

Los curiosos iban de un grupo a otro, a la espera de que brotara la chispa de alguna discusión acalorada. Esta se producía algunas tardes con la aparición de un español gordo y gesticulante, que irrumpía anunciando el desastre final de las fuerzas republicanas.

—Con la República se tomaron a España una banda de forajidos que no la rigen, que la rajan —gritaba con voz ronca.

Filibert y Galdames se arrebataban la palabra para dar su merecido verbal al inesperado opositor, pero éste se escurría muy campante para volver a la carga, a los pocos minutos.

—Ahí viene, ahí viene —anunciaban, entre risas, los curiosos.

El español se colocaba a espaldas de Filibert y le lanzaba otra andanada.

Maturana se aburría un tanto con las discusiones mientras observaba las figuras femeninas que paseaban por la plaza, con la esperanza y el temor de sorprender a la viuda de Playa Ancha.

Por suerte, el poeta no se prodigaba mucho frente a la pizarra del diario. Gastaba una ínfima parte de su insuperable generosidad verbal, cedía a los discretos codazos de su amigo y juntos partían hacia la Avenida Brasil.

Como quien desenvuelve un complicado ovillo, Maturana fue conociendo a los amigos del poeta. Pasó algún tiempo antes que pudiera asignar una biografía mínima a los integrantes de la tertulia del Alcatraz. La incorporación era difícil, porque se conversaba en clave, con chistes, y alusiones secretas. El nuevo, así fuera contrabandista, escritor, periodista o simple aventurero, se sentía fuera de ambiente y rara vez reincidía.

Los infaltables sumaban una media docena, aunque ocasionalmente se producía un rebase amistoso y llegaban refuerzos de la mesa que ocupaban los plásticos. Estos eran bebedores silenciosos, preocupados exclusivamente con exposiciones, salones, premios y concursos. Entre ellos sobresalía, por su temperamento eufórico y arrebatado, un pintor santiaguino vecindado en el puerto. Enrique Canales tenía prestigio artístico y revolucionario. Había intervenido en la ocupación del Palacio de Bellas Artes y la Casa Central de la Universidad a la caída del general Ibáñez. Con el triunfo del Frente Popular, le habían encargado doscientos retratos del Presidente Aguirre Cerda para los clubes radicales de Arica a Magallanes. Trabajaba en equipo con pintores que "sabían cabeza" y él terminaba los cuadros. Llegó a pintar setenta y cinco y se aburría. Vivía en el cerro Cordillera, donde, según propia confesión, había organizado un partido anarquista propio. Pintaba enormes desnudos al estilo renacentista y todos los años les subía el precio según la cotización del dólar. No lograba vender ninguno.

Maturana congenió rápidamente con algunos miembros del clan. Uno de ellos, Bruno Meluzzi, tenía varios hijos en el Liceo, y conocía a los profesores. Era de pequeña estatura, rubio, de faz encendida y malhumorada. Su temperamento inestable oscilaba entre la euforia y el malhumor. "¿Cómo vendrá hoy?", se preguntaban los amigos. Educado en el MacKay, famoso colegio inglés del cerro Alegre, se vio obligado a ser vendedor de la fábrica de licores de su padre. Cumplía con repugnancia el trabajo, se sentía un envenenador del pueblo y acallaba sus escrúpulos consumiendo en los bares buena parte de las ventas.

Siempre aparecía con un ucraniano, Iván Andruzka, su amigo inseparable. Después de la Primera Guerra Mundial, el ucraniano huyó a Brasil. Era profesor de alemán en Curitiba cuando acertó pasar por la ciudad un coro de su tierra. Andruzka abandonó la docencia para incorporarse al conjunto como barítono e intérprete. El coro llegó a Chile y no tuvo éxito. Sus integrantes se dispersaron. Andruzka buscó refugio en Valparaíso, dedicándose al corretaje de productos químicos y a recordar su vida en Ucrania y Brasil.

El ruso era tranquilo y suave. Una sonrisa invariable le iluminaba el rostro ancho, de pómulos salientes. Parecía un oso de juguete. Bruno lo apreciaba mucho porque el ex corista sabía griego, latín, ruso, francés, inglés, alemán y portugués. Para el grupo tenía el prestigio insuperable de haber combatido en la Primera Guerra Mundial.

El carácter atormentado de Meluzzi se compensaba en las reuniones con la alegría contagiosa de Beltrán. Alberto Beltrán habría sido feliz si no hubiera cursado cinco años de Humanidades en el Liceo de Valparaíso. Hijo de asturiano y castellana, con un hogar muy español, no lograba asimilarse ni a un bando ni a otro. Entre chilenos era "el coño" Beltrán, y con los miembros de la colonia se sentía chileno.

A la muerte de su padre, su tío Belisario, socio de la tienda Las Dos Torres, le anunció que aquello de ir al Liceo se acababa y habría que trabajar.

Don Belisario, pequeño, cetrino, siempre vestido de negro, había llegado a América huyendo de la guerra de Africa y llevaba treinta años de servicio militar detrás del mostrador. Para él no había más mundo que la tienda y sus partiditas de naipes en el Centro Español.

—Si sigues en el Liceo te echarás de una vez a perder. Hay que ser hombre de provecho. América se ha hecho para trabajar. Tienes madre viuda y dos hermanas pequeñas. Eres el jefe de la familia. Leer está bueno para los presos y las niñas cursis —le insistía a su desolado sobrino.

Beltrán tomó la tienda como una prisión momentánea. Pactó con las percalas, las sedas y los tocuyos. Se hizo amigo de las tenderas que frecuentaban el negocio, engordó y mejoró de color. A la muerte de don Belisario, liquidaron la tienda y Alberto puso una marmolería especializada en lápidas y adornos de cementerios.

Los amigos se reían del contraste entre su temperamento alegre, reidor, y el giro fúnebre de sus actividades.

Aparecía en el Alcatraz acompañado por Galvarino Peñafiel, amigo de su infancia, un sujeto corpulento, de enormes cejas y aire ensimismado. Peñafiel trabajaba en una compañía de seguros y su mayor mérito era haber librado con vida del terrible terremoto de Chillán. Asistía a la coronación de la Reina de la Primavera, en un teatro de la ciudad, al producirse el sismo, y logró salir de entre los escombros.

Cuando bebía más de la cuenta, los amigos logran sacarle de su mutismo para que contara detalles del siniestro.

—A mí nadie me quita la idea de que la lista de los muertos estaba hecha desde temprano, porque yo me salvé por milagro, y conmigo, tantos —repetía Peñafiel, tristísimo.

Para levantarle el ánimo, Mandujano y Beltrán glosaban los recuerdos del sismo cantando a dúo una letra bufa a la que agregaban nuevos versos en cada ocasión. Mandujano imitaba muy bien el tono lacrimoso de

los ciegos que cantaban en los trenes con la melodía del "Hundimiento del Angamos".

*Chillán, ciudad del movimiento,
los cadáveres saltan entre los cimientos.
Don Pedro Aguirre Cerda
y su legítima esposa
sienten haber perdido
esta fiesta tan hermosa. ¡Ay!*

*Los hospitales, llenos de contusos,
no daban abasto a tanta calamidad,
niños piluchos corriendo por las calles,
¡Jesús, María y José!, ¡qué barbaridad!*

*Chillán, ciudad del guarda abajo,
¡viva Chillán, ciudad del terremoto!
Peñafoel se iba de cabeza,
se levantaba para caerse de poto. ¡Ay!*

*Chillán, ciudad del movimiento,
¡viva Chillán, ciudad de la copucha!,
unos se sacaron la recresta
mientras otros se sacaban la rechucha. ¡Ay!*

Peñafoel vivía en el cerro La Virgen, tiranizado por dos hermanas mayores y solteronas. Controlaban sus llegadas y debía entregarles la casi totalidad del sueldo. Según Galdames, las viejas atacaban con anónimos y hasta físicamente a las posibles novias o queridas de su hermano.

Los amigos discurrían diversas tácticas para despertar la rebeldía de Peñafoel, sin ningún resultado. Su única diversión era escuchar las peroratas de Galdames y jugarse unas botellas de vino al dominó.

Amigo predilecto del poeta era un abogado riojano llegado a Valparaíso al promediar la Guerra Civil Española. José María Cibrián era un hombre grueso, de cabeza enorme y mirada hiudiza. Tenía una voz suave, insinuante, y en nada parecía español. Se presentaba

como ex periodista de *La Voz*, de Madrid, y autor de catorce tomos de *Procesos Célebres*. Vegetariano y naturista, era gran admirador de Jiménez de Asúa, con quien había estudiado. A los pocos meses de llegar al puerto, consiguió con los socialistas el cargo de asesor jurídico en el Departamento de Lucha Antivenérea Coordinada de la Dirección General de Sanidad. Tenía fichadas a todas las putas de Valparaíso y Viña del Mar. Su extraño cargo motivaba muchas bromas. Por molestar a Galdames, Beltrán sostenía que el abogado no era español, sino búlgaro, ex combatiente de las Brigadas Internacionales y, en la actualidad, espía de Franco.

Cibrián se vengaba de las pullas de los amigos derrotándolos, invariablemente, en las partidas de dominó. Sus victorias eran muy celebradas por Hipólito, un viejo poeta que aparecía en la tertulia solicitando, infructuosamente, la colaboración de Galdames para alguna revista literaria que pensaban editar distinguidas damas viñamarinas. Galdames se negaba rotundamente.

Hipólito Rebolar, decano de la poesía porteña, era un vejete sonriente y fantástico que trabajaba en la Gobernación Marítima. Marxista, naturista, gimnasta y campeón de baile, alardeaba de irresistible amator. Sólo bebía agua mineral y se permitía, entre las protestas de los concurrentes, denunciar los peligros de la carne y las bebidas alcohólicas. Con Cibrián mantenía amistosos diálogos sobre los secretos de la trofología y el ocultismo.

Hipólito era dueño de un violín "Amato", que tenía empeñado en una agencia de Viña del Mar, y no se mostraba dispuesto a venderlo por menos de un millón de dólares. Sus amigos tenían que hacer colectas para pagar los intereses del empeño. Vivía en una casa llena de palanquetas gimnásticas y de toromiros que le traían capitanes amigos desde la Isla de Pascua. El viejo poeta atendía a los escritores santiaguinos que se dejaban caer por el puerto los fines de semana. A muchos les había conseguido pasajes gratis para recorrer los puertos del Pacífico.

Dos o tres tardes por semana, Galdames esperaba a Maturana a la salida de clases. El poeta insistía en saludar a Cibrián, quien trabajaba en la calle Colón, a escasa distancia del Liceo, como abogado en la Oficina de Denuncia Venérea y Comercio Sexual.

Cibrián controlaba la serie A (prostitutas), situada en el primer piso de Sanidad. En el segundo piso estaba la serie B, para el control de hombres con enfermedades venéreas, focos de contagio.

Maturana asistía con repugnancia al interrogatorio de las jóvenes "patinadoras" sin documentación que imploraban el papel provisional para pasar visita médica y ejercer de putas, por tres días, sin molestias policiales.

Detrás del escritorio, enfundado en un elegante guardapolvo de médico, el ex discípulo de Jiménez de Asúa despachaba con empaque doctoral.

—¿Me quiere dar el papelito para pasar provisorio?

—¿Dónde te sorprendieron?

—Frente al Teatro Velarde.

—¿Qué hacías?

—Nada. Yo ando en el ambiente, señor, porque a mí nadie me ayuda. Estoy arrendando pieza en el Hotel Libertad, de la calle Colón...

Después de algunos consejos morales y recomendaciones higiénicas, Cibrián concedía el papelito. Salía una y entraba otra.

—¿Dónde te detuvieron?

—En Morris con Pedro Montt.

—¿Estás embarazada?

—Sí.

—¿Casada?

—No. Vivía en el cerro con un joven.

—¿En qué trabajabas?

—Lavandera chilena, pero me dolían los riñones; por eso bajé a hacerle empeño. No bajaba hacía dos meses.

—¿Dónde vives?

—En el cerro Polanco.

Cibrián tenía predilección por las busconas vespertinas. "Son anarquistas sexuales", repetía. En cambio, trataba de convencer a las asiladas para que se sublevaran contra las explotadoras dueñas de prostíbulos.

—Tú vas a promover la guerra civil de las chuscas —le decía el poeta—. Ten cuidado; las cabronas tienen buenas relaciones y son muy vengativas.

Muy serio, Cibrián pasaba las tardes repartiendo papelitos provisorios. Tarjetas amarillas para las aprendices que no habían cumplido veinte años. A las mayores, el codiciado carnet, que equivale al título definitivo de puta. "Toda una carrera", pensaba Maturana.

Cibrián defendía a las más jóvenes.

—Son inexpertas. Caen por hambre e ignorancia. Muchas lo hacen por ayudar a sus familias, pero las atrapa el ambiente y son devoradas por los cafiches y las cabronas.

Rumbo a la Plaza Victoria, comentaban el extraño cargo del abogado.

—Tiene algo de cura y confesor nuestro amigo —decía Maturana.

—Claro, tú escudriñas en el español más izquierdista y al final aparece el fraile. Beltrán dice que Cibrián ha creado la Orden de la Santa Prostitución. No se pueden ver. Una vez casi se agarran porque le dijo que era un fabricante de putas e iba para cabrón honorario. A pesar de todo, yo lo estimo. Es uno de los pocos españoles cultos que han llegado a Valparaíso. Conoce la literatura francesa y es lector de Marcel Proust.

El elemento exótico y misterioso lo proporcionaba Alvaro Barros, viejo amigo de Hipólito y Galdames. Un personaje alto, delgado, de vivaces ojos azules y cejas poderosas. Estaba recién llegado a Valparaíso, después de catorce años de ausencia. En su vagabundaje había conocido Europa, China, India, Java y Sumatra. Estudiante de Yoga y Filosofía Hermética en Calcuta, extra de cine en París y Londres, en los últimos años se había dedicado a la enseñanza del español en diferentes universidades norteamericanas.

Alvaro estimulaba los sueños mayores del grupo y se sometía, risueño, a los apetitos informativos de sus amigos.

—...En la India seguí a Gandhi durante tres meses. Fui de su comitiva. Visitaba a los leprosos y los abrazaba. Perdí el miedo. Perdí todos los miedos y, cuando llegué a Nueva York, traté de adquirir miedos, porque vivir sin miedo es como estar muerto, vivo y muerto al mismo tiempo.

Alvaro recorría la ciudad y la encontraba igual a como la dejó.

—En Valparaíso da lo mismo vivir tres meses que vivir quince años. Es ciudad decadente y permanente... Un lugar como éste, de espléndida naturaleza y clima excelente, buenos vinos y mariscos y una prostitución ingenua y estupenda, es ideal para envejecer... El otro día, el poeta Hipólito me llevó a visitar una vidente y "meica" del cerro Las Cañas. Es un cerro que me ha gustado desde niño, porque es ecléctico y sin pasiones fuertes. Tiene algo de todos los cerros... Bueno, esta vidente tiene mucha clientela y dispone de todos los poderes. Permiso del obispo, con la condición de no hacer milagros, permiso de la Prefectura, con tal de no descubrir robos, tolerancia de los médicos, siempre que no salve a los desahuciados.

"La vieja maga controla también a un grupo de rezadoras de velorios. Cobran cinco pesos por el rosario completo, con los treinta y tres credos, por los treinta y tres años que vivió Cristo, y dos pesos por el rosario de "lengueta y media". Es mujer muy organizada. Yo creo que debían darle un cargo público...

Alvaro preparaba una novela de corte autobiográfico. El protagonista nacía en Playa Ancha, cerca del Cementerio. Después de recorrer medio mundo y vivir las más extrañas experiencias, volvía a la casa, enfermo y desilusionado. Lo enterraban en el cementerio de su cerro, frente al mar.

El plan de la novela era muy comentado en el Alcatraz. Todos se sentían colaboradores de la empresa,

recordando personajes, anécdotas y sucesos del viejo Valparaíso. Alvaro sometía a sus amigos a un interrogatorio implacable, dando la impresión de que varios de los presentes iban a aparecer en el libro con nombres cambiados.

—Es un verdadero saqueo de la amistad —protestaba Hipólito—. Se ha convertido en un típico norteamericano aprovechador que viene a explotar literariamente a los nativos. No le cuenten mucho. Después les va a pesar.

El novelista retrucaba, sonriendo:

—Hipólito es el costino por excelencia, un verdadero pez. Si le hacen la autopsia, cuando muera, le verán las agallas fresquísimas, coloradas. Su poesía es erótica y revolucionaria por arriba y por abajo. También escribe cuentos que no me los lee porque puedo traducirlos al inglés y ganar un montón de dólares... Es curioso, ahora la poesía se ha convertido en una especie de deporte nacional. Una parte considerable de la población de Chile viene dedicándose a este extraño juego de las imágenes y las metáforas... Don Juan Luis, mi tío, ex empresario teatral y anticuario, decía: "Hay que aprender a recitar para después escribir los versos propios". Una vez, siendo niño, me obligaron a actuar en el Teatro Victoria. Me rizaron el pelo, me pintaron y tuve que salir con frac y sombrero de copa para declamar el poema premiado de unos juegos florales. El poeta premiado no pudo conseguir smoking. "Sólo tengo —se quejaba— un ternito negro, rayadito."

Galdames intervenía, un tanto amoscado.

—Es increíble que un hombre de tus viajes y cultura tenga un concepto tan pequeñoburgués de la poesía como adorno de salones, con florcitas, álbumes y elecciones de reinas primaverales, hijas de sórdidos comerciantes o políticos tramposos que se compran a los jurados.

—No, poeta —sonreía Alvaro—. Estoy hablando de lo que era la poesía porteña oficial hace unos veinte o más años. La gran poesía es, desde luego, otra cosa.

Yo no quiero ofender a nadie, pero mi querido amigo Hipólito tiene el poder de sacarme de las casillas. . .

Visitante ocasional del Alcatraz era el Nano Vergara, hijo de una dama viñamarina de muchos apellidos y títulos. De joven, Nano Vergara había sido un muchacho ejemplar, aprovechado estudiante de Leyes y muy bien recibido en los mejores salones. Su única afición conocida era la ópera.

Estaba a punto de casarse con una señorita de la aristocracia, famosa por su belleza, cuando dio el campanazo. Después de unas prolongadas despedidas de soltero que ocuparon varias semanas, el Nano reveló una insospechada capacidad para el vicio. Súbitamente se enredó con la dueña de un prostíbulo elegante y más tarde tomaba bajo su protección a dos jóvenes prostitutas que antes se habían destacado como jugadoras de básquetbol. El Nano canceló su compromiso matrimonial para entregarse a la vida bohemia, que de elegante pasó a picaresca, del Club de Viña a los bares y prostíbulos del Almendral.

Pequeño, de cara pálida, ojos inteligentes y nariz levemente encendida, vestía con mucha corrección y usaba unos sombreros de ala ancha que le venían grandes. Hacía cuestión de honor no volver a su casa antes de salir el sol. La madre, aburrida con la vida licenciosa de su único hijo, le daba diariamente ocho pesos y cuarenta centavos para locomoción, si salía después del almuerzo. Si lograba levantarse en la mañana, le subía la cuota. Dos salidas, dos veces ocho pesos cuarenta, o sea, dieciséis ochenta. Con tales ingresos, aumentados rara vez con alguna joya de familia llevada a las agencias de empeño, el Nano se había vuelto muy económico y, sin perder el empaque, paseaba su estampa de príncipe en desgracia por las tabernas más pobres. De vez en cuando farreaba en grande. Algún compañero de su juventud lo buscaba en su calidad de experto para remoler juntos.

El Nano operaba en el viejo Almendral. Presidía su propia peña de bohemios y vividores en el bar de la "So-

ciudad de Socorros Jubilados de los Policías de la República, fundada el 8 de Diciembre de 1915", en la calle Victoria. Cuando concedía acercarse a la peña del Alcastraz, llegaba acompañado por Patricio Turina, el Chopo de la Maza, el Pirata Valdés o algún otro bohemio elegante de Viña del Mar. Galdames lo miraba con malos ojos. Se saludaban como caciques de dos tribus contrarias. Para el poeta, Vergara era el intruso de otro barrio que venía a deslumbrar a sus amigos con el relato de fiestas nocturnas donde la Julia Ovalle, la Chabela, la Gath y Chaves o la Pensión La Rosa.

—El Nano es un autovenido a menos —sentenciaba el poeta—. No lo han venido a menos. Se ha venido a menos por su cuenta, sin causa aparente. Toma vino suelto con los rotos, manteniendo su apostura de gran duque. Ahora se cura en el boliche de la Policía o de los Practicantes y Enfermeras. Tiene que ser en un local oficial. En el fondo es un siútico.

Mandujano, que también se sentía caballero en desgracia, defendía a Vergara.

—El Nano, si quisiera, podría emborracharse con la flor y nata de Viña, pero prefiere las cantinas del pueblo. Es un tipo fino, culto, democrático-alcohólico.

—Mandujano y el Nano son zancudos del mismo pantano —murmuraba Galdames.

Vergara iba generalmente en busca de Alvaro Barros, y a poco de llegar se le acercaba el pintor Canales, con quien lo unía la afición a la ópera. El bohemio del Almendral poseía una colección de programas líricos nacionales y extranjeros y recitaba de memoria hasta los nombres de los comprimarios de tal o cual temporada. En su billetera, como un amuleto, llevaba el programa de un teatro de La Habana, cuando cantó Caruso en el año 1918.

—Mi viaje de oro —decía— fue a Buenos Aires, en 1925. Trabajaban cinco compañías líricas y las cinco muy buenas. Escuché a Toscanini dirigir *La Bohème* y *Manon*, de Massenet.

A sus amigos de confianza les mostraba una foto-

grafía que le habían tomado en la puerta del Teatro Colón de Buenos Aires con la cartelera cubierta de nombres líricos a su espalda. No aceptaba opiniones sobre los cantantes.

—Qué derecho tienen los filisteos de saber si este o aquel cantante es bueno o malo. Que oigan la misma ópera unas veinte veces y después opinen si disponen de oído y gusto.

Canales intervenía con sus conceptos operáticos de la pintura.

—... En la cuerda de tenores, coloco en primer lugar a Rafael y Botticelli, Rubens, tenor lírico, y Renoir, tenor *spinto*. Tiziano, barítono dorado, *avelutato*. Velázquez, barítono también. Rembrandt, el Bosco y Leonardo, bajos profundos. Franz Hals era barítono, aunque pretendió pintar como bajo. Picasso es soprano o tiple de ópera cómica...

—¿Goya?

—Goya es, sencillamente, Caruso.

—¿Y los abstractos?

—Son, en su mayoría, ciegos, sordos y mudos. No alcanzan ni a coristas. Imitan a los locos de las casas de orates y las fotografías submarinas de Monsieur Piccard... En Chile ya no saben ni arreglar la paleta. El buen cuadro es como la gran voz, debe salir a la pieza, comérsela, empaparla. Yo tengo una paleta pobre pero honrada. Amarillo, rojo cadmio, azul ultramar, blanco titaneo y todos los verdes...

El Nano asistía casi todas las tardes a la tertulia de doña Rosita, una vieja lavandera, gorda y decidora, en la calle Olivar, centro de la vida erótica del barrio Almendral. Allí el Nano esperaba a su "amor" de turno, alguna prostituta romántica, para llevarla al cine.

Doña Rosita trabajaba de preferencia para "casas de primera". A sus manos acudían camisas de seda negra, azul o rosa, estrujadas por el pecado. También ropa íntima igualmente lujosa, pero más casta, de algunas niñas de familia. Alguna vez se cambiaban las prendas y tal o cual señorita del barrio usaba por equivocación

ción una prenda interior que ya había conocido hombre.

En su lejana juventud, doña Rosita había sido regenta de dos casas de citas cerca del Cementerio de los Disidentes, en el cerro La Cárcel. Sabía de memoria y con lujo de detalles la vida y milagros de las más famosas pecadoras de Valparaíso y Viña del Mar desde el terremoto de 1906 hasta la Segunda Guerra Mundial. Con verba graciosa y a ratos dolorida, recordaba a las que habían tenido suerte, formaron hogares y educaron a sus hijos en colegios extranjeros; también a las locas, amorosas o aventureras que partieron a Bolivia, Perú o Panamá, para no regresar jamás.

De tumbo en tumbo, doña Rosita se había refugiado en las artes de la lavandería arrendando un patio y una pieza en la calle pecadora. Su natural bondadoso la convirtió rápidamente en la consejera de las descarriadas del Almendral.

Las tardes de lluvia, después de concertar de carritita el encuentro con el enamorado o protector de turno en el teléfono de la esquina, las niñas hacían tertulia donde la Rosita. En la oscura y tibia pieza en que planchaba había un rico olor a ropa limpia y almidón.

La lavandera festejaba a sus jóvenes amigas con sopaipillas, picarones y "carpinteros", hechos con vino caliente, cáscaras de naranja y clavos de olor. En la penumbra, que les hacía añorar el rancho lejano, las afuerinas recordaban sus lugares de origen. La tristeza de la lluvia les humedecía los ojos. Gorda y risueña, con su magnífico moño blanco bien peinado, doña Rosita contaba sus historias predilectas.

—...La finada Camila era tan bonita. Ustedes no se pueden figurar. Vean las películas que quieran y no encontrarán una mujer igual. Ella era distinta. Tenía un "cahuincito" chiquito, en la subida del cerro Alegre, muy elegante. Dos o tres mujeres de primera, nada más. Las hermanitas Lara y una francesa que había llegado con "Chile Steinman", un judío que puso casa de niñas extranjeras en la calle San Ignacio, con francesas y polacas muy jovencitas. En aquellos años, con el salitre corría la plata que era un gusto. Había casas famosas, co-

mo La Japón, la Pensión Wilson, Ana la Coja, la Pensión Bastías, Las Glorias de Chile y tantas más. La finada Camilita trabajaba para callado y sus clientes eran todos importantes. Ella también era de las mejores familias de Talca y por un desengaño amoroso se había dedicado a la vida.

Camilita se reservaba para un corredor de Bolsa, de los mejores que había en Valparaíso. Este caballero se suicidó por unos negocios malos. La señora del corredor, que era de las mejores familias de Viña, se murió de pena al poco tiempo. La Camilita casi enloqueció. Después de algún tiempo fue agrandando la casa, que se llenó de mujeres de primera, muy elegidas.

—¿Y entonces?

—Entonces... ¡Ay!... Se me iba lo principal. El corredor había dejado tres niños huérfanos de padre y madre. Entonces la finada Camila, sin dar el nombre, reconoció una deuda falsa y todos los meses le pasaba plata al encargado de los niños. Ella los educó con su plata. Misia Camila tenía una sobrina que se educaba en las Monjas Francesas. La chiquilla era muy bonita, casi igual a su tía. Entonces, uno de los hijos del corredor de Bolsa se enamoró de ella. La sobrina se quiso arrancar de las monjas con el hijo del corredor, pero la Camilita lo supo a tiempo y la mandó retobada a Talca y entonces...

La historia variaba mucho a lo largo de las semanas. La Rosita hacía entrar y salir a personajes nuevos. Nunca se sabía el verdadero fin de la finada Camila. Algunas niñas habían oído la primera parte y otras el final en diferentes versiones. Doña Camilita había muerto en un incendio, o se había envenenado con mariscos o se había pegado un balazo. Su amante pasaba de corredor de Bolsa a Intendente de Valparaíso, a diputado y diplomático. Algunas asiladas de la Chabela y la Julia Ovalle ponían en duda que hubieran existido la Camilita y su amante corredor. El personal se desbandaba cuando la simpática lavandera comenzaba a dar consejos:

—...Junten lo que ganan, m'hijitas, que el cuerpo no les va a durar para siempre. Compren una fuente de soda; pongan "cahuincito" de dos o tres piezas y hagan trabajar a otras mujeres. Ahora están dando muchas facilidades para la compra de muebles. Antes no era así...

Era devota y paseadora la gran vieja. Sus amigas remoledoras la llevaban muy endomingada a la romería de Lo Vásquez, a la Virgen de las Cuarenta Horas de Limache y a la procesión de San Pedro, en el mar. Les complicaba la vida con costumbres antiguas. En Semana Santa, muchas no querían trabajar, con gran desesperación de las dueñas de casas. Organizaba viajes a las vendimias y rodeos de los pueblos vecinos. También colectas y visitas a los hospitales cuando alguna niña había sido internada.

El Nano apoyaba con sonrisas y breves comentarios la charla de doña Rosita y departía con las daifas, comentando las clientelas del último sábado, tal o cual farra sonada con paseo a Las Zorras o el último capricho de alguna hetaira de lujo.

Las pecadoras trataban con simpatía al ex aristócrata. No formaba parte del "ambiente", pero era todo un caballero y de vez en cuando promovía fiestas con pijes adinerados y generosos. Desde luego, no era un cafiche, sino más bien un protector pobre, fino y culto. El las trataba más como mujercitas alegres y locas que como hembras de tarifa.

Vergara sonreía cuando sus amigos le decían que era un cabrón honorario. Idealizaba el prostíbulo. Con dinero o sin dinero el Nano no se perdía sábado donde la Chabela o la Julia Ovalle, lamentando que sus amigas vestidas de soirée, rodeadas de grandes espejos con marcos dorados, no cantaran trozos de *La Traviata*, o *La Bohème*.

De vez en cuando, Galdames se permitía asombrar a sus amigos con algún personaje especial. Una tarde llegó al Alcatraz con un hombrón de mirada alegre que a los pocos minutos hizo abrir, por su cuenta, varias botellas de vino. El desconocido fue presentado como Pe-

dro Muñoz, fogonero de la Interoceánica y de la Sud Americana de Vapores y gallero de gran afición. *

Galdames hizo de inmediato la apología y la historia de la pica de gallos en Valparaíso, Quillota y Viña del Mar. Por su cuenta, Mandujano recordó las ruedas de gallos que había conocido en Antofagasta y Arica.

El fogonero describió las peleas gallísticas de Lima, Panamá y Caracas y se extendió sobre las condiciones y defectos de los gallos chilenos, argentinos, peruanos, españoles y mexicanos. Empleaba un lenguaje técnico, especializado y poético.

—... En realidad, el gallo Asil que traen de Argentina es grande y resistente, pero no tiene buenas patas. Pega y machuca, pero no mata. Los gallos del Caribe y también los mexicanos y peruanos son de cruce español. Gallos de vuelo y mucha ligereza. Pelean con un puñal amarrado a la pata izquierda. En las riñas a puñal no importa la resistencia... La pelea dura pocos minutos...

—Serán gallos de poca vida —dijo Maturana.

—No crea —continuó el fogonero—. Hay gallos de puñal que ganan hasta sus quince y más peleas y mueren en las caponeras de viejos. A los más campeones les hacen estatuas. Yo las he visto en las galleras de Lima y México. En una placa de metal debajo de la estatua del gallo ponen su nombre y la lista de todas sus peleas ganadas...

—¿Y usted qué gallos extranjeros prefiere? —le preguntó Mandujano.

—Mire, el gallo chileno es bueno, pero hay que cruzarlo, de lo contrario las crías salen brutas. Yo, depende del viaje, traigo gallos brasileños, gallos cariocas, que son muy degolladores, gallos del Perú y de Venezuela. Los hago viajar en el entrepuente a proa. Llegan fresquitos... A mí me viene el gusto por herencia de la sangre. Mi padre, Juan Muñoz, era dueño de una rueda de gallos en Concepción, entre Janequeo y Lautaro. Para los aficionados tenía todos los domingos hasta quince gallos "puestos", de todos los pesos, listos para el combate... No hay aficionados comparables a los venezolanos. Yo estuve ocho meses en Venezuela,

en los tiempos de Juan Vicente Gómez. El gobierno y las oficinas públicas no atendían ni sábados ni lunes ni martes. Todos en las peleas de gallos. Y Venezuela no le debía ni un cinco al extranjero. Daba gusto. El dictador tenía los mejores gallos. Si alguna vez perdía, tenían que regalarle el gallito vencedor. Tenía un gallo invencible, que lo llamaban Juan Vicente. Pero una vez se lo ganaron bien ganado. Se lo degollaron de un solo chuzazo. Don Juan Vicente mandó fusilar al gallo vencedor. . . ¡Qué me dicen! El gallo fue fusilado, como persona, por seis soldados. . . En el Perú hay también gran afición, no es como aquí, que nos persiguen. Cuando tocamos Arica, vamos de vuelta y pasada a Tacna. . . Al Perú hay que llevar chanco y fruta seca de Chile. Son muy apreciados. En Tacna hay peleas de gallos los sábados en la tarde y los domingos.

—Yo he visto buenas peleas en Arica. Allá era permitido —dijo Mandujano.

—Claro —continuó el fogonero—. En Arica pelean gallos chilenos, peruanos y bolivianos. El doctor Abel Garibaldi tiene más de quinientos gallos. . . Es médico del regimiento Rancagua, médico de los Ferrocarriles, cirujano del hospital. Tiene más de diez puestos. Excelente caballero. Viaja en automóvil con sus gallos, no todos, claro, para pelearlos en la rueda de un austriaco. . . En Arica hay una cabrona, doña Blanca Osma, que cría gallos de pelea. . .

Entre trago y trago, el fogonero-gallero siguió hablando de las aves asesinas con lujo de detalles técnicos. Antes de despedirse, invitó a sus nuevos amigos para el próximo domingo a la rueda de gallos de Siete Norte, en Viña del Mar.

—Vienen los santiaguinos y hay que tenerles plata. Ellos apuestan fuerte. . . Yo voy a llevar dos gallitos bien peleadores que compré en el norte. Los he venido preparando a bordo y ya tienen buena postura. A los gallos hay que entrenarlos todos los días. Hacerlos andar sus veinte minutos por la arena para que estén fuertes y aguantadores. Cuidarles mucho la comida y buscarles un buen gallo torero.

—¿Gallo torero?

—¿No saben lo que es un gallo torero? —rió Pedro Muñoz—. Torero se le llama al gallo entrenador. Debe tener buena pelea, que retroceda y avance metiendo las patas y esconda la cabeza debajo del ala del contrario. El torero es gallo veterano y advertido. En los entrenamientos se les ponen vendas en las patas a los dos gallos para que no se estropeen. Son como guantes de box...

El fogonero se despidió, reiterando la invitación para el domingo siguiente.

—Yo llego a las dos de la tarde. Ustedes preguntan por mí y salgo a recibirlos...

Galdames observó sonriente el grado de interés despertado por su amigo gallero.

—¿Y dónde lo encontraste? —le preguntó Beltrán.

El poeta empinó el vaso lentamente y con aire misterioso se dispuso a responder con su minuciosidad acostumbrada:

—Muchos de estos galleros viven en la Población Porvenir, arriba del cerro Toro. Por aquel entonces, mi padre tenía una casita en arriendo en la calle Uribe, cerca de la bodega Los Cachos. Allí llegaban a tomar vino el fogonero Muñoz y sus amigos. Entre trago y trago fuimos haciendo amistad. El fogonero me presentó al maestro Núñez, al Gancho Caroca y a un señor Ibarra, que tenía una gallera y les arrendaba pieza. A veces se asomaba un hijo de Muñoz, muchachón atorrante y flojo que venía a pedirle plata. Lo despedía indignado. "Aprenda a vivir —le decía—. Trabaje, pague pieza, pague lavado, hágase ropa. Entonces lo ayudaré en forma"... Toda la pasión del fogonero era pelear sus gallos en la rueda de Viña del Mar. El maestro Núñez, albañil y poeta popular, mantenía a los gallos semipreparados hasta que llegaba Muñoz de alguno de sus viajes. De inmediato se concertaban dos o tres peleas con Segundo Gómez, ex marino que vivía en las alturas de Playa Ancha. A éste, Gómez le decía Billetes Malos, porque había heredado trescientos billetes falsificados de a cien pesos y logró pasar muchos... Bueno, como les decía, todos los trajines se hacían en la casa de Ibarra. Se le-

vantan temprano para preparar los gallos. Los frotran con aguardiente y limón para apretarles las carnes. Pedro Muñoz tiene pasión por los gallos tuertos. Le gusta el estilo de pelea de los gallos tuertos que finteán por un lado y asesinan por el otro...

—¿Y tú asistías a los entrenamientos? —deslizó Mandujano con intención burlona.

—Claro... Todas las mañanas se visitaban los galleros y hacían grandes cazuelas. Ibarra, el dueño de casa, tenía un depósito de licores y el trago sobraba. Además, Muñoz quería que lo festejaran hasta que se le acabara la plata... En la mañana, entrenamiento de gallos. A mediodía bajaban a visitar a otros galleros cerca de la Plaza Echaurren. De vuelta a la calle Uribe, comenzaban a beber como unos condenados. Dormían la borrachera hasta el anochecer. Entonces llegaba el maestro Núñez a tapar los gallos para que no se afectaran con el frío de la noche. Después aparecían el Ganchito Caroca, jornalero del puerto, y Don Rosas, un vecino de al lado, ex marinero... A todo esto, el jurel o el congrio comprado en la mañana por Muñoz ya estaba listo, y seguían comiendo y bebiendo hasta la madrugada. Cosa curiosa, casi todos eran huasos maulinos que habían navegado en la flota de guerra o en la mercante. Organizaban festejos especiales cuando un gallo de la casa perdía por muerte en la rueda de Viña del Mar. Lo traían al cerro y se preparaba una gran cazuela para los amigos. Muñoz desangraba al gallo inmediatamente después de la pelea. Después lo rociaban con aguardiente, chuchoca y aceite. Gran fiesta. A veces invitaban cantores del bar Nunca se Supo... Vivían así cinco o seis semanas, en pleno paraíso terrenal, hasta que la plata escaseaba y Muñoz volvía a embarcarse... En cada viaje, el fogonero traía pollos, gallos, gallinas o simplemente huevos de Panamá, Cuba o Perú. A Muñoz le cuesta concertar peleas con los gallos más o menos nacionales que frecuentan la rueda de Viña del Mar y tiene que dar mucho partido en las apuestas.

Las informaciones del poeta despertaron un súbito

interés en todos los presentes. Se habló de ir a la rueda gallística de Viña. El poeta se ofreció para verificar la dirección exacta y las condiciones de la entrada al recinto.

—Las peleas de gallos están prohibidas —argumentó Peñafiel—. Si nos sorprenden nos llevan presos y salimos en los diarios. No se olviden que Maturana y Cibrián son empleados públicos.

—No hay peligro —afirmó Galdames—. El local tiene salida a una casa de al lado, que ahora es casa de niñas... Una tal Peñaloza es la dueña. No pasará nada...

Algún sábado, Alvaro invitaba a tomar el té en su casa. Los Barros vivían en una empinada casa de tres pisos frente a la Plaza O'Higgins. La familia se había reducido a la madre y a una hermana de Alvaro que cultivaba el arte de la recitación y actuaba en funciones a beneficio de los niños españoles refugiados en Francia e Inglaterra.

En contraste con su hermano, la Cristina era una morena fuerte, de ojos negros, apasionados. Alvaro, en cambio, se parecía a su madre viuda, doña Leonor, una señora que presidía los ágapes, alta, delgada, de estampa aristocrática. La recitadora era amiga de Galdames y otros poetas porteños. A la casa llegaban también gentes de teatro y un cineasta de cara manchada, Carlos del Sordo, con fama de haber trabajado en películas alemanas.

De misia Leonor se contaban muchas historias. Parienta lejana de un ex candidato a la Presidencia de la República, por sus venas corría también la sangre de un héroe del combate naval de Iquique. Misia Leonor había sido una de las bellezas de Valparaíso antes de la Primera Guerra Mundial y conservaba un porte gentil y sus ojos grises maravillosos. Mujer enérgica y decidida, en su juventud compartió amores muy sonados con almirantes en ejercicio y en retiro. Cuando estaba de humor, a su difunto y prolífico marido lo corría a bas-

tonazos. Tuvo once hijos, de los cuales la mayoría había partido al cementerio a temprana edad. Los adoraba. Todos poseían alguna gracia. La casa de la calle Deformes era un pequeño parnaso. El que no escribía, esculpía, tocaba el piano o el arpa. Las niñas recitaban.

Un hermano de doña Leonor fue empresario del antiguo Teatro Nacional, que después demolieron. Don Juan Luis tenía pasión por las tonadilleras españolas. Su locura eran las cupletistas al estilo de la Paquita Escribano o La Goya. La famosa Quijanito le costó una fortuna. Con los restos compró el Teatro Nacional, y ante la ausencia de canzonetistas ibéricas, por la baja del peso fuerte, se dedicó a lanzar material criollo. Cantoras y bailarinas nacionales a las que exigía —en esto era inflexible— repertorio español. Resultaban unos números imposibles, de ridículo subido.

La juventud elegante de Viña iba al teatro a reírse y formar escándalo. Las pobres morenas no entendían palabra de lo que cantaban. El sombrero cordobés y el mantón de Manila no se avenían con sus recias estampas de escaladoras de cerros. Una de ellas, la hermosa Granito de Anís, alcanzó cierta notoriedad y llegó a crear un género intermedio entre el pasodoble, el chotis madrileño y la cueca chilena. Don Juan Luis se enredó con la Granito de Anís. Las Granito de Anís cundieron mucho, porque el caballero empresario tuvo cinco hijas con su cantora.

Los niños de doña Leonor acaparaban las enfermedades contagiosas. Se inauguraba una epidemia cualquiera y todos caían enfermos, incluso el marido. Misia Leonor recorría la casa de tres pisos seguida de un ceremil de niños enflaquecidos, plañideros, de grandes ojos enfermos. El coqueluche, la peste cristal, el tifus y la gripe española habían liquidado más de la mitad de los niños artistas. Alvaro se libró, porque misia Leonor lo había dejado en manos de una empleada para que lo criara como niño pobre, desnudito y a pie pelado.

Uno de los hijos más queridos, el más fuerte, el que soportaba mejor la virulencia familiar, se suicidó. Aquella vez, doña Leonor casi se volvió loca.

El niño se educaba en un colegio de frailes italianos. Un profesor temible lo perseguía con las matemáticas. Estimulado por su madre, que ya había reclamado infructuosamente al director del establecimiento, el muchacho mordió un día al fraile matemático y casi le arranca una oreja. Fue expulsado. No hubo manera de rebajar la pena. Misia Leonor hizo gestiones para matricularlo en el Seminario, pero todo fue inútil.

Patricito iba todos los días a la salida de las clases para conversar con sus compañeros y los traía a su casa. Sentía nostalgia del colegio, de los recreos, de la comida mala pero alegre en compañía ruidosa. No se podía conformar.

Una tarde, a la hora del cine, Patricito ingirió una dosis de arsénico como para matar a todos los ratones del barrio. Se fue a una pastelería junto al Teatro Velarde y cuando se sintió muy mal llamó al mozo y, sin decirle palabra, le entregó un papel en el que confesaba su envenenamiento y pedía la Asistencia Pública. El mozo era analfabeto y creyó que el muchacho no quería pagar su consumo de pasteles. Fue a llamar a la patrona, que se demoró un buen rato. Ella tampoco podía descifrar el papelito. El niño traspiraba y se revolvía como caballo de carreras. Por fin dijo: arsénico, veneno, asistencia.

El automóvil de la Asistencia Pública llegó tarde. Patricito murió con una lucidez perfecta, explicando en el estilo nervioso de la familia los motivos escolares de su fatal decisión. Misia Leonor pasó una semana llorando y gritando fuera de sí, vigilada por unos parientes que habían venido de Santiago.

Pasada la crisis, una mañana temprano se fue al colegio de riguroso luto y en la sala de recibo, antes que aparecieran el director y el profesor de matemáticas solicitados por ella, rajó con un puñal que llevaba escondido todos los cuadros grandes, de marcos dorados, que representaban a la Virgen María, a Don Bosco y al Sagrado Corazón de Jesús.

Cuando aparecieron los dos frailes, doña Leonor vació sobre ellos todo el cargador de un enorme y sono-

ro revólver, recuerdo de familia, sin acertar, por suerte, un solo tiro. Los frailes corrían por el patio, ante la expectación de los niños que acudieron en tropel para averiguar el motivo de tanto estruendo.

Fue reducida a la fuerza por unos porteros muy pálidos. Llegaron familiares en un automóvil y se llevaron a misia Leonor en peso, pataleando, con el revólver en la mano, el sombrero en la nuca y sus bellos ojos en llamas, rodeada por los asombrados niños vestidos con guardapolvos.

Un escándalo de proporciones, pero subterráneo. Los frailes, por un lado, y los parientes de misia Leonor por el otro, se movieron para que la noticia no llegara a los diarios.

Desde entonces, misia Leonor se había desentendido de su belleza y de sus cuidados maternales. Quiso envejecer y lo consiguió en breve tiempo. Vivía en otro mundo. Pasaba tardes y noches conversando con sus amigas espiritistas, tomando mate, hablando de sus hijos muertos, del terremoto de 1906 y de su hermano Juan Luis.

El regreso de Alvaro había reverdecido los laureles de la extraordinaria dama. Se mostraba dispuesta a conseguir para su hijo los más altos puestos en la diplomacia. Por un tiempo se entusiasmó con la posibilidad de editar un florilegio de poetas porteños, idea que fue olvidando al contemplar el aspecto un tanto alarmante de los vates que llegaban a la casa. A todos les hacía, inevitablemente, la misma pregunta:

—Y usted, joven, ¿en qué trabaja?

Las respuestas, a veces inesperadas, servían de comidilla en los círculos literarios del puerto. Un poeta anarquista de apellido Conejera declaró, simplemente, que era empapelador. Misia Leonor sostuvo que un oficio tan vulgar no podía avenirse con el cultivo de las bellas letras.

El poeta Pedro Palanka, anarquista también, estuvo a punto de desatar las iras de la señora.

—Todo lo que gano como estibador se lo come mi madre, que tiene un hambre extraordinaria. Es tal el apetito de la señora, que al menor descuido de sus

nietas baja al plan a pedir limosna para seguir comiendo pasteles y otras golosinas.

La señora se sintió ofendida, creyendo que el poeta Palanka se burlaba de ella.

En ocasiones semejantes, los ojos de doña Leonor brillaban con una luz extraña mientras tamborileaba la mesa con los dedos, en un tris de arrojar las extrañas visitas a la calle. Los asistentes reían sin darse cuenta del peligro y Alvaro calmaba a su madre hablándole en voz baja. La señora se mostraba notoriamente inquieta con las especiales atenciones que su hija tenía con los poetas. Una tarde le confidenció a Maturana, que estaba a su lado:

—A esta pobre Cristina parece que le han dado a beber babas de roto.

La reunión tomaba otros rumbos cuando las visitas pasaban al amplio salón de la casa adornado con retratos de familia. Libres de las miradas inquisidoras de la señora, quien se negaba a asistir a la profanación de sus recuerdos, y con ayuda de una botella de pisco siempre presente, los amigos daban rienda suelta a sus inquietudes.

En un rincón, Alvaro sometía al poeta Hipólito Rebolgar a una minuciosa encuesta sobre los amigos de su juventud y los aspectos más novelables del puerto. Beltrán, la Cristina y el cineasta Del Sordo discutían la ayuda que podrían proporcionar a aquellos dos mil españoles republicanos cuya llegada a Valparaíso era inminente. Se hablaba de recolectar ropas y buscarles residenciales, pensiones y trabajos. Maturana era consultado como asesor escolar. Galdames, bastante aburrido porque ya era hora de acercarse a las tabernas del puerto, protestaba por el afán de conseguir trabajo a gente libre que había luchado contra la esclavitud y la explotación.

—Déjenlos que respiren un tiempo. Ya buscarán ellos lo que necesiten. Y si no quieren trabajar, que no trabajen —insistía.

Hipólito pedía atención para leer sus poemas de

guerra dedicados a La Pasionaria y a la defensa de Madrid. Era la señal de partida, porque el viejo era un poeta prácticamente inédito y tenía mucho que comunicar.

Cuando faltaba Galdames, el grupo perdía consistencia, se disgregaba. Sobrevivía gracias a la presencia del poeta y de su amigo Mandujano. Ellos formaban el centro de la reunión.

Galdames no trabajaba prácticamente en nada. Vendía cuadros o libros viejos, eventualmente obtenía avisos para alguna revista de dudosa aparición, visitaba a su madre y leía a poetas franceses. En sus pequeños trabajos de publicidad dependía de Mandujano, cuyas aventuras y desplante eran muy celebrados por el grupo. Caballero copiapino, ex empleado de las salitreras, ex periodista del norte, Mandujano se desempeñaba normalmente como "riflero" en la Bolsa de Valparaíso, digamos como secretario, datero y telefonista de algún desprejuiciado corredor. Por temporadas cambiaba el rumbo de sus actividades bursátiles, y aliado con el poeta conseguía avisos para la *Cartilla Antialcohólica* o para una futura publicación muy regional, muy porteña, a la vez literaria y mercantil.

En las entrevistas con los comerciantes, industriales y bomberos, Mandujano adoptaba un aire de gran señor en relativa desgracia que descendía a solicitar un aviso. Al enfrentarse con los gerentes de las casas mayoristas, inglesas o alemanas, pedía para los colaboradores de la revista, para los literatos, poetas o dibujantes "tan desamparados en estos países de origen español". A sus espaldas, moviendo nerviosamente un voluminoso cartapacio, indignado y mal vestido, Galdames asumía la representación del parnaso porteño.

Existían clientes ideales, dispuestos a pagar con la única condición de que el aviso no apareciera.

—Si ustedes lo publican, se nos dejan caer todos los avisadores de la provincia.

Era el negocio perfecto. Mandujano daba las gracias, enternecido y solemne.

El fugaz bienestar económico significaba un abandono momentáneo del Alcatraz por las más espléndidas y acogedoras cantinas de la Avenida Pedro Montt.

Ambos socios disponían para sus operaciones de una pequeña salita con teléfono en la Biblioteca Severín. Allí se dedicaban a leer concienzudamente guías comerciales y balances de sociedades anónimas, prestando especial atención a las firmas nuevas, vírgenes de toda publicación pretérita o futura.

Mandujano devolvía las mercedes recibidas asistiendo a los funerales de sus mecenas. No había entierro importante en Valparaíso que no contara con su presencia. En la puerta del Cementerio saludaba, muy gentil, a diestro y siniestro, calculando a sus futuras víctimas. No entraba al camposanto.

—Yo me despido afuera —decía—. Cedo los restos de mis amigos a los oradores.

Pasada la euforia avisadora y gastados alegremente los últimos billetes grandes, Mandujano volvía a frecuentar el Alcatraz, tratando de ilusionar al poeta con otra aventura de dimensiones, empresa nada fácil, porque Galdames prefería el corretaje de cuadros y libros a cualquier otro trabajo. El trato con gerentes y tenderos que desfiguraban el alma de su amado Valparaíso, le producía rachas de indignación y repugnancia. Había que oírlo entonces.

—...Nosotros, los chilenos, hemos heredado las cualidades de la raza en su estado grande, conquistador, místico, lujurioso, picaresco. Hemos heredado al Arcipreste de Hita que remolía, tocaba los instrumentos y lo metían preso los obispos; la amargura de Cervantes, preso también; la novela picaresca, don Juan... Pero llegaron ellos, los mercaderes que han falsificado la vida en América con su rapacidad. Una mujer se hace rica vendiendo huevos en la Avenida Argentina y se cree más grande que Catalina de Rusia o Cristina de Suecia. Antes, por lo menos, era más humana, vendía algo natural, en las manos...

Mandujano sonreía complacido e irónico. El, por su parte, celebraba las hazañas de los grandes caballe-

ros sinvergüenzas del puerto. Para enardecer a Galdames contaba anécdotas de su modelo favorito, un ex intendente de Valparaíso, señor de notables apellidos que se hizo célebre por su frescura.

—Don Pedro Pablo tenía trescientos sesenta y cinco bastones, uno para cada mañana. Salía a pie por las calles comerciales del puerto con dos galgos rusos y el automóvil detrás. Entraba en los negocios y pedía de lo mejor y en grandes cantidades. “Pasen la cuenta a la Intendencia”, decía. Fumaba narguillé y tenía un mozo para que lo bañara. Había sido embajador en el Japón, de donde se trajo cincuenta kimonos con dragones. Daba comidas diarias hasta para cincuenta personas. En los banquetes, un mozo para cada invitado. Champaña francés, whisky, coñac, y puros a discreción. No le pagaba a nadie. En su opinión, eso de cancelar cuentas era de mal tono. Cosa de rotos... A Manuel, su cocinero, que lo acompañó por todo el mundo, tampoco le pagaba, aunque siempre aceptó que le robara. Hacía negocios con él. Lo llevaba de socio menor en las grandes paradas del contrabando, pero le pedía plata prestada.

—Muy de futre chileno el atentar contra las economías de la servidumbre —gruñía el poeta.

—Una vez hizo abrir las tiendas de un vapor italiano... Los barcos siempre cierran su comercio al llegar a puerto. Muy bien, don Pedro Pablo lo hizo abrir y llegó con cuarenta invitados y muchas mujeres, todas las mujeres galantes de nota de Valparaíso, Viña del Mar y algunas de Santiago... Desvalijaron el buque y muchos no pagaron nada. El superintendente de Aduanas quiso intervenir. Don Pedro Pablo se rió de él.

—¿Quién es el que manda en Valparaíso? Yo soy el Intendente y se acabó.

Al poeta le irritaba el tono reverencial de Mandujano cuando se refería a los grandes figurones porteños.

—En esta ciudad, y en cualquier ciudad, uno puede conocer quince y hasta veinte personas espiritualmente estimables. Ahora acaba de morir el viejo Pinto Manosalva, presidente de diez sociedades anónimas, bombero,

rotario. . . y completamente bruto. En la Bolsa decían que se ganaba la plata con el poto. Sentado, sin decir una palabra, presidía las sesiones completamente mudo. Bruto él, bruta la mujer, los hijos, la amante, los sirvientes y hasta el perro, el loro y los gatos de su casa. Brutos hasta sus piojos, si alguna vez los tuvo. Y, sin embargo, *El Mercurio* le dedica cinco columnas.

—Además, fue bastante loco —añadió Peñafiel—. Allá por 1900 lo nombraron juez del Crimen. Dictó una orden tremenda. A cada pareja que era sorprendida después de las doce de la noche, los casaba. Casó a solteros distinguidos con mujerzuelas. . . Después comenzó su carrera bancaria. Primero fue presidente de un pequeño banco de crédito. De ahí pasó al Banco Español. Se lo robó entero. . . Bueno, él era apenas una tecla. Se lo robaron entre varios. Para que no quedara triste, le dieron un alto cargo en La Chilena Consolidada. Sería bruto, pero con mucha suerte. Deja más de ochenta millones de pesos.

—Estas son las figuras nacionales —continuó Galdames—. Nadie protesta. Hemos perdido el coraje y el gusto por la aventura. . . Mi abuela, doña Lucrecia Rivas, se fue a California, en la época del oro, vestida de hombre. En cambio, ahora la meta del chileno es hacerse una casa por la Caja de Empleados, casas que no pueden mantener con servidumbre y muebles apropiados. Por último, las arriendan y se quedan a vivir en el mismo conventillo.

A razón de una revista o boletín por año, buscando firmas nuevas o seleccionando entre las más olvidadizas, los dos socios no pasaban de ser unos minoristas poco peligrosos, tolerados, entre risas y bromas, como fenómeno porteño. Mandujano temblaba, y con él toda la alta industria y el comercio de la provincia, cuando aparecían los avisadores foráneos. Los más notables y peligrosos atormentadores de la vanidad mercantil venían de Santiago. Famosos entre todos eran los Rolandos, dos águilas del mismo nombre, altos, rumbosos, ejecutivos, maestros de las grandes cronologías y celebraciones. Se dedicaban a los cincuentenarios y

centenarios de ciudades, homenajes a los Presidentes recién elegidos, congresos eucarísticos y visitas de príncipes extranjeros. Nada de pequeñas revistas o boletines: organizaban verdaderos libros. Libros de oro, plata o platino, con las firmas auspiciadoras de ministros, intendentes, senadores, alcaldes y gobernadores. Después lanzaban a sus perros, así llamaban a sus agentes, seleccionados entre los más fieros avisadores de los diarios y radios de la ciudad elegida, contra los bolsillos de los comerciantes. Ellos se reservaban para los grandes tiburones.

—Los tenderos, panaderos y zapateros más generosos eran fotografiados al frente de sus comercios y alcanzaban los honores de la biografía:

“Los hermanos Zabala, nacidos en Estella (Navarra), llegaron a Chile, su segunda patria, al finalizar la Primera Guerra Mundial, y con el empuje característico de la raza...”

El trabajo de los Rolandos tenía también sus dificultades. Algunas veces, en cuanto iniciaban los primeros tanteos para un libro importante, surgía otra sociedad de expertos con equipo propio de artistas, publicistas y dibujantes dispuestos a birlarles el negocio. Los Rolandos acudían a los diarios. Sostenían encendidas polémicas, demostrando que su libro era el verdadero libro. Daban la voz de alarma al comercio e industria porteños contra ciertas gentes que ya empezaban a operar en la ciudad, sorprendiendo la buena fe de los honrados empresarios. En ocasiones, el grupo enemigo exhibía mejores firmas oficiales auspiciadoras; entonces los Rolandos proponían un armisticio y organizaban un banquete a sus calificados rivales. Los periodistas, dibujantes y avisadores de ambos bandos confraternizaban mientras los jefes hacían sociedad, repartiendo los barrios, las colonias extranjeras, y eliminando el personal sobrante.

Eran los grandes meses. Llegaban a remoler donde la Julia Ovalle a media tarde con los bolsillos repletos de cheques y billetes sacados a los tenderos de las calles Condell y Victoria Los dueños de bares y restau-

rantes ya sabían del libro y concedían largos créditos.

Los Rolandos tenían clara conciencia de las provincias. Después de alguna comida bien licoreada donde Norero o Fornoni, miraban a sus colaboradores predilectos con un indefinible aire de protección y desprecio.

—¿Vamos a remoler a San Felipe, niños?

Y con el pretexto de visitar clientes, partían a medianoche en esos automóviles nocturnos de ocho asientos que se estacionan en la Plaza O'Higgins. Regresaban a los dos o tres días hablando de vinos desconocidos, de poncheras, de victrolas descompuestas, mostrando calzones, sostenes, ceniceros y diversos trofeos por el estilo. Una vez volvieron de La Calera con las trancas de dos casas de vida alegre. A los pocos días se organizaba otra expedición para devolver las sólidas trancas, ahora decoradas por un pintor de naturalezas muertas.

La "Canción de los Rolandos" —feliz frase de Galdames— duraba dos o tres meses. Ellos trabajaban a nivel nacional. De Valparaíso a Viña partían a Concepción o Antofagasta. Todo Chile debía responderle al libro. Mandujano dejaba pasar el huracán publicitario en el reservado más oscuro del Alcatraz. No había nada que hacer. Durante mucho tiempo era imposible intentar la menor operación de publicidad benéfica. Las cajas quedaban exhaustas; los gerentes, hoscos y escamados. Pero Mandujano era inderrotable. A su cargo corrían los programas de festejos inesperados. Conseguía tarjetas de invitación para fiestas de sociedades gremiales, aniversarios de las bombas, inauguraciones de bares, restaurantes y prostíbulos. En los momentos de apuro, exhibía variados carnets de periódicos nortinos que ya no existían.

—Mandujano va a alcanzar su perfección cuando se agencie tarjetas y carnets para conseguir mujer, comida y ropa limpia —comentaba Beltrán.

Su institución favorita era el Club Ecuatoriano, a cuyas periódicas fiestas arrastraba a todos los amigos. Era una sociedad viajera que no permanecía mucho

tiempo en el mismo lugar. Había que informarse. En la puerta, Mandujano mostraba sus credenciales, pero el triunfo definitivo se obtenía con un grito coreado: ¡Viva el señor Alfaro! ¡Viva Ecuador! Nunca se sabía con precisión el cargo honorario del señor Alfaro. Cuando lo creían presidente, sólo era director de turno. Otras veces, secretario, pero siempre volvía a la presidencia.

Por fin se asomaba un señor gordo, calvo, solemne, con gafas de oro y un aire pletórico de obispo civil. Se repetían los vivas. El señor Alfaro hacía una venia aprobatoria y los dejaba pasar.

Beltrán averiguó más tarde algunas especialidades de aquel amigo del Ecuador. El robusto caballero era un infatigable corruptor de menores, procesado más de una vez, lo que explicaba sus alternativas en la presidencia del club. Engañaba a las menores y a las palomas. Premunido de un gran cartucho de trigo se instalaba en los bancos de la Plaza Victoria. En los bolsillos nunca le faltaban aretes y anillitos baratos para engatusar niñas a las que hipnotizaba con sus ojos dulces y alelados.

En las reuniones ecuatorianas, Mandujano se había hecho amigo de un muchacho locuaz, bailarín e infatigable perseguidor de las damiselas que asistían al local. Pese a su origen genovés, Tito Casarino parecía más bien un rotito, un vaporino enfiestado. Moreno, de regular estatura y ancho de espaldas, vestía con exagerada elegancia.

Mandujano terminó por llevarlo al Alcatraz y lo impuso en la cofradía a pesar de las reservas de Galdames, quien calificó al intruso como una especie de hampon amateur.

El padre del Tito poseía una próspera botillería en la Plaza Echaurren. Además, era dueño de una cantidad de tugurios infames en las calles Cajilla y Clave que arrendaba a dueñas de casas de remolienda, a las que surtía de vino y licores.

Casarino había hecho estudios de Humanidades en la mayor parte de los colegios de Valparaíso y Viña,

sin alcanzar el ansiado título de bachiller que le exigía su padre. Aburrido, el viejo lo puso en la botillería, tras el mostrador. Pronto el Tito se dio cuenta de que la venta de licores y vino suelto no era el principal ingreso de don Angelo. La botillería servía de tapadera a negocios de contrabando, como gran parte de los bares y negocios de la Plaza Echaurren. Casarino hijo, en las ausencias de su progenitor, empezó a trabajar por su cuenta el contrabando de medias, sombreros italianos, rouge y whisky escocés. Era también el encargado de cobrar los arriendos y los pedidos de licor en los lenocinios que ocupaban las propiedades de su padre.

En este nuevo bachillerato, menos aburrido que el otro, había obtenido todas las distinciones. La viejas cabronas, para tenerlo a su lado, le conseguían chiquillas primerizas. Cada vez que recalaba, solo o con amigos, era recibido como un príncipe.

No era borracho, pero en el diario trato con ellos se le había pegado el modo de hablar, entre quejumbroso y cínico, de los bebedores pobres.

Su madre, doña Clotilde, era una señora gorda y morena, con el pelo pintado de rubio y los dedos estirados de anillos. Doña Clotilde adoraba a su hijo tanto como odiaba y despreciaba la ordinariez y el espíritu de ahorro de su marido. Ella hubiera deseado tener casa frente al Casino de Viña y que don Angelo fuera respetable y presidente de instituciones benéficas. El genovés, un tanto amoscado, ya no se molestaba gran cosa por el futuro de sus relaciones familiares. El hijo había salido a la madre y era un criollo por los cuatro costados. La única ilusión de don Angelo consistía en desfilar, con el pecho lleno de medallas, en el cuadro de honor de la Bomba Italia. También gustaba de ayudar, secretamente, a algunos italianos pobres que llegaban a Valparaíso.

La señora echaba a su marido toda la culpa de que el hijo no hubiera cursado una carrera liberal. Cuando por su mala conducta e insuperable pereza, el Tito era expulsado de algún colegio, la señora se oponía termi-

nantemente a que fuera a trabajar en el negocio y lo mantenía, poco menos que encerrado, en su casa del cerro Alegre. En las tardes lo peinaba, lo perfumaba y hasta lo hubiera pintado.

—Ahora, m'hijito, vaya a la retreta a pasear con las niñas decentes y los cadetes. No se me vaya a meter con rotos o desconocidos.

Pero el Tito seguía fiel a la Plaza Echaurren y se escapaba a la botillería, que le resultaba mucho más divertida y entusiasmante que el paseo con banda de música.

Doña Cloto, que tocaba medianamente el arpa y la guitarra —en sus cuerdas había caído el genovés—, tenía gran superstición por los músicos. En una ocasión, con motivo de un concierto de guitarra, llevó a su hijo a la Casa del Artista. El joven Casarino gustó del ambiente y pronto se le veía concurrir a los cursos de dibujo.

Al poco tiempo, el Tito se movilizaba en la Casa del Artista como si ésta fuera una prolongación de la botillería. Llegaba por las tardes, dibujaba un rato, jugaba al dominó y también daba en cultivar la amistad de los periodistas. Sentía por ellos una gran admiración. En dos oportunidades lo habían salvado de que apareciera en la prensa el nombre de su padre, sospechoso de algún contrabando. Tito sacaba buenos pesos a don Angelo con el pretexto de silenciar a sus amigos. Quería escribir en los diarios y llegar a ser famoso y aplaudido entre las mujeres artistas. Mandujano, con gran misterio, lo preparaba para ser cronista criminal, prestándole novelas policiales y números de la revista *Detective*.

Los integrantes del grupo se divertían con los manejos de Mandujano adivinándole las intenciones. El notable ex periodista del norte buscaba algún negocio de publicidad para embarcar a Casarino, nombrándolo director de una revista o algo por el estilo. Pero el Tito, por su parte, no perdía el tiempo, y a las dos o tres semanas de frecuentar la Casa del Artista, había seducido a una modelo muy bonita que traía loco al grupo de los plásticos. Le arrendó pieza en el Hotel O'Key, muy

frecuentado por las busconas del Almendral. Casarino amplió las lecturas que le proporcionaba Mandujano, confraternizando con algunos anarquistas de la Plaza Echaurren, y ahora iba siempre armado. Se había hecho una complicada cartuchera para llevar la pistola a la altura del corazón. Todos sabían que el Tito era incapaz de usar el arma; sólo era pose de niño consentido.

En su afán de emulación y para ser considerado como bohemio y artista, cultivaba un erotismo espectacular. Seducía empleadas de tiendas o fuentes de soda y las sacaba a vivir afuera. A veces llevaba dos mujeres a cines distintos y él, pretextando negocios urgentes, se iba a jugar al dominó y a comentar la aventura con los amigos.

El joven pistolero no gozaba tampoco de las simpatías de Peñafiel. El cejijunto empleado de seguros estaba siempre infructuosamente interesado en alguna cigarrera o camarera de restaurante. Mandujano le soplaba el cuento al Tito y éste, en dos o tres sesiones, las hacía suyas. Por una pequeña apuesta verbal le hablaba a cualquier mujer en la calle.

—A que no le hablas a aquella rubia —le decían los amigos, en el paseo de la Plaza Victoria, señalándole a alguna mujer de aire importante o distinguido.

—Va una corrida de aperitivos en el Jockey Club a que le hablo y la acompaño dos cuadras.

—¡Hecho!

Casarino corregía el nudo de la corbata, rectificaba el sombrero y se le juntaba a la mujer, sin más trámites, saludándola ceremoniosamente. Maturana se estremecía al presenciar estas escenas. El Tito era muy capaz de abordar una tarde a su esquivada amada de Playa Ancha.

Lo más curioso era que muy rara vez fallaba. A esto llamaba Casarino atacar, y atribuía gran parte de su éxito a unos folletos de magnetismo y sugestión que le llegaban del extranjero. Nunca se supo qué les decía a las desconocidas que atajaba en la calle y a las que acompañaba, muchas veces, dos y tres cuadras, seguido a alguna distancia por sus amigos.

—Eres un gallo —le decían—. A ver, cuenta cómo le levantaste la mujer al matón de Playa Ancha...

—Y cuando te aprovechaste a la rubia en las casetas de baño de Recreo...

A Casarino no le interesaban, mayormente, las mujeres a solas. Era incapaz de enamorarse. Actuaba en público y sólo con mujeres muy codiciadas, conocidas o difíciles. Lo importante era que se supiera, que lo vieran. "Yo les borro el sexo —explicaba—. Las trato como a hombres, como a amigos. Así son más fáciles, se descuidan." Tipo curioso; aunque vivía flotando en el vicio, no se abandonaba. Aborrecía el vino y se entrenaba atléticamente. En el verano lucía sus hechuras en la piscina de Recreo, punto de reunión de mujeres fáciles y libertinas. Casarino se imponía al grupo por su audacia y sus éxitos eróticos.

El hijo del botillero contaba con una ingenuidad canalla, sin el menor reparo moral, sus aventuras de amor y contrabando en los bajos fondos; las pequeñas trampas que les hacía al padre y a la madre. Se había convertido en elemento cohesionador. Si se encontraba con alguno de la pandilla, no paraba hasta reunirlos a todos.

—Vamos a buscar a Mandujano, llamemos a Peñafiel y Beltrán. Hoy tengo programa. Conozco unas hermanitas en el cerro Polanco... Sale barato y tocan la guitarra.

A su madre, doña Cloto, le hablaba de sus amigos artistas y se los fue llevando de poco a la casa. La señora, encantada, les servía unas once fastuosas. Como despedida, después de muchos ruegos, tocaba y cantaba vales y tonadas antiguas en el arpa.

El único que iba de malas ganas era Galdames. Le prohibían que hablara. Ciertas preguntas candorosas que le dirigió la señora eran apresuradamente contestadas por los amigos.

—El señor Galdames habrá elegido muchas Reinas de la Primavera en los juegos florales...

—No, señora, no me dedico a esos menesteres —contestaba el poeta secamente.

—No le crea, doña Clotilde —salía Mandujano o Beltrán—. Nuestro amigo ha elegido reinas en todas las ciudades de aquí a Llay Llay... Ha ganado la flor de oro, la de plata, y hasta la de diamantes.

La señora no se preocupaba de averiguar si se estaban riendo de ella o del poeta, y la velada transcurría con placidez. Galdames se negaba, rotundamente, a recitar, pero Mandujano, que tenía buena memoria, decía, con mucho brío, versos de Emilio Carrere, Manuel Machado, Carlos Pezoa Véliz y Rubén Darío, callando el nombre de los autores.

Doña Cloto quedaba convencida de que los versos eran de Galdames o de cualquier otro de los amigos de su hijo. Las reuniones terminaban bruscamente cuando la señora empezaba a hablar románticamente de su juventud y a contar anécdotas de la niñez de su hijito. Entonces, Casarino, temeroso de futuras bromas, inventaba cualquier excusa y arrastraba a sus amigos a la calle.

Los sábados, y cuando las finanzas lo permitían, el grupo abandonaba el oscuro y tranquilo Alcatraz para comer en algún restaurante vecino a la Plaza Victoria. El lugar preferido era la Academia de Billares, en la Avenida Pedro Montt. El amplio local comprendía el salón de billares que comunicaba con la cantina y restaurante por puertas vidrieras. En un extremo del bar había un pequeño cubículo donde sesionaba un club de tiro al blanco con personería jurídica.

Eran mundos separados que apenas se comunicaban entre sí. En los billares se reunía una fauna silenciosa de contrabandistas, cartilleros, perfilados jóvenes explotadores de mujeres, y croupiers de invierno a la espera de contratos para viajar al extranjero a los casinos de Mendoza y La Paz.

Todo lo que era reticencia, protocolo y voces asordadas, interrumpidas por el golpear de los tacos, se transformaba en la explosión de ruidosa alegría al cruzar la mampara en dirección a la taberna.

Su dueño, Victoriano Legarza, "Shirimiri" para sus amigos, era un vasco jovial y siempre risueño. Representaba unos treinta y cinco años. Pálido, gordo, de tupidas cejas, poseía una voz fina de payaso que había ido enronqueciendo con la acción de todas las bebidas imaginables. Su alegría contagiosa gustaba por igual a sus paisanos y a los bebedores criollos. Victoriano tenía para todos una alusión amable. Hasta cuando insultaba lo hacía riéndose y como repitiendo frases ajenas. Su tasca era la más desordenada del puerto. Los clientes antiguos se servían ellos mismos y, a veces, hacían de mesoneros espontáneos. Shirimiri no protestaba. Para él, la taberna era algo así como un juego que había que variar. En lo alto del gran espejo que circundaba el mesón había puesto una bandera chilena y otra vasca.

La clientela de extranjeros y nacionales era heterogénea y pintoresca por demás. Victoriano atendía personalmente a su propia cuadrilla formada casi exclusivamente por vascongados. Punto fuerte del grupo era don Carmelo Elorriaga, un viejo sonrosado, célebre por sus ocurrencias. Tenía cerca de ochenta años, pero se mostraba ágil y animoso. Los periodistas frecuentadores de la Academia lo llamaban "Primer Lord de Euzkadi", por su impecable tenida y la flor en el ojal. Don Carmelo había sido abastecedor del ejército español en Cuba durante la guerra con los norteamericanos y, más tarde, administrador del Manicomio Provincial de Vizcaya, en Bermeo. Se decía que estaba emparentado con varios aristócratas españoles, y pese a los altos y bajos de su vida había conseguido darles carrera a sus dos hijos, uno médico y otro arquitecto. Era monárquico y se reía un poco de los nacionalistas vascos. Cuando estaba alegre canturreaba una vieja tonadilla sobre la muerte del general Prim:

*En la calle del Turco
le mataron a Prim,
sentadito en el coche
con la guardia civil.*

*Cuatro tiros le dieron
boca-jarro cañón,
¿quién es ese cobarde?,
¿quién es ese traidor?*

Don Carmelo concedía cierta protección a un español pequeño de cara arrugada y ojos vivaces que, con traje blanco inmaculado y gorra escolar del mismo color, vendía cuchufliés y otras golosinas en los espectáculos deportivos, anunciándose con el grito de "Ay, familia. ¿Qué les pasará?" Félix Polo, que tal era el nombre del Ay, Familia, había pasado su juventud en Cuba, y cuando aparecía por la Academia don Carmelo lo invitaba a beber a su mesa. Los dos viejos intercambiaban recuerdos de Cubita la Bella. A la segunda o tercera copa, Ay, Familia, con empaque muy flamenco, se mandaba unas guajiras a media voz:

*Una mulata en La Habana
me dijo que me quería,
que ella para mí tenía
los colchones de su cama,
yo le dije, paisana,
contigo me casaría.*

.....
*Me voy pa' la Vuelta Abajo
en busca de una muchacha
que nadie le ponga tacha
y se dedique al trabajo;
que sepa guisar tasajo
y el tabaquito torcer,
sepa planchar y coser
y hacerme bien la comida,
y si le doy mala vida
que no le dé a comprender.
¡Ay, familia!*

—Canta la mía —le suplicaba don Carmelo.

Ay, Familia reía, enderezándose el gorro de niño veraneante.

*Pobrecitos los cubanos,
no tienen patria ni ley,
porque los vendió Sagasta
y los compró MacKinley.*

.....

Maturana conoció más de cerca a Legarza con motivo de los funerales de un comerciante vasco asesinado en la tenebrosa calle Cajilla. El dueño de la tienda El Vapor, ex agencia de empeños, había sido ultimado a golpes de martillo. El crimen produjo gran revuelo en Valparaíso. Detectives y cronistas policiales sugerían varias pistas. El robo habría sido planeado por tres reos fugados de la cárcel de Casablanca. El ex agenciero recibió el aviso por la policía, y su local estuvo vigilado algunas noches por agentes de Investigaciones. Aguirre Bilbao, la víctima, se rió de las amenazas y ahora se encontraba encajonado con el cráneo deshecho a fierrazos.

Maturana tenía la mañana libre y estaba leyendo en la Biblioteca Severín cuando vio llegar a Galdames en busca de Mandujano. El poeta se mostraba algo más inquieto y nervioso que de costumbre, hizo un recorrido por la sala de lectura, habló por teléfono y por último solicitó la atención de Maturana.

—¿Está libre, profesor? ¿Qué le parece si vamos a los funerales del dueño del Vapor? Va a conocer una fauna muy curiosa. Vienen agencieros de todo Chile. Le va a interesar. Lo están velando en la iglesia de la Matriz.

Era una brillante mañana de octubre y el sol se hacía presente por los altos ventanales de la antigua iglesia del puerto. Allí estaban casi todos los agencieros de Valparaíso, Viña del Mar, La Calera, Quillota y hasta de San Felipe y Los Andes. Robustos pescadores de Bermeo y Ondárroa, pilotos de Palencia y Bilbao y ex pelotaris profesionales que habían caído en el pintoresco negocio de los prestamistas del pueblo. Se saludaban muy pálidos, enfundados en ternos oscuros, dominigueros y fragantes a naftalina, conversando en voz baja

junto al féretro mientras rugía el órgano. Aquello parecía un castigo por tantas sábanas, camisas, máquinas de coser y guitarras dieciocheras entristecidas en las oscuras bodegas de las agencias.

A los más silenciosos les venía a la memoria la estampa de los tíos y parientes que los habían traído de España, para mantenerlos meses y meses durmiendo sobre el mostrador; montando guardia los domingos con la carabina entre las piernas; tomando el sol con la silla apoyada contra la puerta metálica. Las energías juveniles gastadas en el amor venal, en el frontón, las regatas y las carreras ciclísticas.

—El gringo era bueno —musitaba una vieja en un grupo de prostitutas madrugadoras y vendedoras de fruta y pescado.

Las beatas del barrio levantaban una orilla del manto para escuchar los comentarios.

—Miren, allá está don Pedrito, de La Bola de Plata. ¡Tan gordo que era! Dicen que se quedó viudo. . .

—El de al lado es el sobrino de don Cosme. . .

—Lo diablo que era de joven y ahora tan serio, o se estará haciendo.

—¿Y quién irá a abrir el negocio del finado, mañana?

Pese a la música religiosa y al canto de difuntos, el murmullo de las conversaciones subía de tono. La misa estaba por terminar. Maturana salió a la plazoleta de la entrada, donde un buen número de personas fumaba y leía los diarios. En un rincón, Galdames conversaba animadamente con un señor de luto. Al acercarse reconoció a Shirimiri, el dueño de la Academia.

—Profesor, le presento a don Victoriano Legarza, el más terrible tabernero del Almendral —dijo el poeta.

—Ya nos conocemos, ¿verdad? —sonrió plácidamente el aludido.

—Desde luego. Soy académico de número.

Siguieron a la multitud que descendía hacia la Plaza Echaurren en busca de automóviles. De improviso, Victoriano les hizo una seña y torció hacia el bar Chile-

España, situado en una esquina de la plaza, frente a la tienda El Vapor.

—Vamos a beber unos apiados —dijo en voz baja—. Tengo que volver al negocio y no puedo acompañar la carroza.

El Chile-España, nocturno de corazón, estaba casi vacío. En el piso sin asear había aserrín sucio, corchos y colillas de cigarrillos. Allí se jugaba al dominó con “cuchufleta” y las briscas más peligrosas del barrio del puerto. En un rincón confraternizaban tres artilleros de costa. Legarza fue saludado calurosamente por un mesonero rojo y calvo vestido también de riguroso luto. La conversación rodó sobre el triste fin del compatriota asesinado a escasos metros del bar.

—Venía a beberse una cerveza, sólo una, todas las noches —dijo el mesonero.

Esto le parecía, sin duda, el colmo de la buena conducta.

A la segunda vuelta de apiados, Legarza, estimulado por Galdames, comenzó a hacer el recuento de los más célebres agencieros de Valparaíso.

—Es una lástima que Aguirre sea la víctima. Era un cuitado y el más fiel empleado que tuvo Damián Ibarra.

—Sí, dicen que era bueno —apuntó Galdames—. Pero ha habido cada tipo en esto de las agencias que, si no merecían fierrazos, poco les faltaba. ¿Te acuerdas de Arantza?

—Ya lo creo —dijo Legarza—. ¿No lo iba a conocer? Tenía La Rosa Americana, en la calle Independencia. Compraba todo lo robado y se metía a beber, sin armas, con los piratas y contrabandistas del puerto. Nunca le pasó nada. Fue famoso en los tribunales. Se defendía solo y, según los diarios de aquel tiempo, conocía las leyes mejor que los jueces. Había estudiado para cura en España... A este Aguirre del Vapor lo formó Ibarra, que era muy recto... Un buen hombre y lo asesinan. Otros, en cambio, se han retirado con el riñón bien cu-

bierto, haciendo trabajar a los sobrinos y ellos llenos de queridas y caballos de carreras.

—A Aguirre lo mataron con el “diablito”, un fierro largo que usan los carpinteros —dijo Galdames.

—¿No habrá sido algún negocio de contrabando? —insinuó Maturana.

—¡Quién sabe! —contestó el poeta—. A mí me explicó uno de Investigaciones los pasos del contrabando. Primero llegan al anochecer, cuando ya no hay público y están por bajar las cortinas, dos o tres personas con muestras de lo robado o contrabandeadado. Un poco después aparece el “buitre” o “guachimán” de alguna chata afirmando que la mercadería es extranjera y de toda confianza. Por último, aparece el bulto y se cierra el negocio...

—Los propios agentes de Investigaciones han declarado que Aguirre no se metía en estas operaciones —protestó Legarza—. Era un infeliz. A Arrinda o alguno de aquéllos no le hubiera pasado esto...

Al oír aquel apellido, Galdames apuró al vasco.

—¿Arrinda? Aquél tenía procedimientos únicos. “El Pastor” lo llamaban. Compraba tantos robos y contrabandos como Arantza. Cuando había hecho una grande y sospechaba que vendría la justicia, se encerraba con algún sobrino de confianza y le entregaba las llaves. Me voy, le decía. Después de muchas averiguaciones aparecía en la sala de algún hospital con la barba crecida y leyendo. El explicaba: “Si te citan y tú vas al juzgado, te tienes que sacar el sombrero y saludar. Ya llevas la mitad perdida. En cambio, en el hospital son ellos los que me visitan. Con el orinal a la vista cambia mucho el resultado. Al enfermo hay que respetar...” Arrinda dio una vez un golpe maestro. Buscó un nuevo local y lo puso a nombre de otra persona. Compró todo lo que le ofrecían, a letras de ciento veinte días. Vendió rápidamente a la par o a menor precio de lo comprado. Alguna mercadería de lujo la pasaba a su antiguo local. Cuando ya habían pasado tres meses o algo más y las estanterías estaban muy raleadas, se fue por los pueblos vecinos, Quillota, La Calera, Los Andes, a

comprar todo el cachureo que le ofrecían. Acaparó relojes despertadores, monturas viejas, palas, zunchos, muebles grandes de ínfimo valor, sombreros pasados de moda y tongos, todos los tongos de Aconcagua. Cumplido el plazo de las letras, dijo que no podía pagar. Le embargaron la tienda repleta de "clavos". Su antiguo negocio lo había traspasado a un pariente de confianza.

—Yo también le sé algunas —intervino el mesonero—. Una vez se juntaron como ocho agencieros para la compra de una gran partida de tocuyo que iba a salir a remate en la Aduana. Arrinda los reunió y les hizo ver los inconvenientes de la competencia. Sólo nosotros vamos a subir, dijo. Mejor que uno compre todo, y después, a partes iguales. Fue designado el mismo Arrinda con el voto de dos sobrinos. Compró el tocuyo a precio bajísimo y se quedó con todo. No hubo forma de recordarle la palabra empeñada...

—Pero no hay que creer que todos los vascos del puerto son iguales —reía Legarza—. Ahora que cuando uno sale torcido hay que nombrarlo capitán general. A Arrinda le aplicaron dos veces la ley de residencia, pero él regresaba con los cambios de ministerio. Siempre decía, muy serio, que no podía olvidar Valparaíso. A un chalet que compró en su tierra, creo que en Portugaleta, le puso "Valparaíso". Les voy a contar la última, porque tendríamos todo el día... Badiola, uno que ahora tiene panadería y caballos de carreras, era de la partida de Arrinda. Tenía unos diecisiete años, pequeño, delgado y fuerte, con una gran afición a la hípica. Alguien le propuso hacerlo jinete. Badiola desapareció de la agencia y se fue a correr de aprendiz a Santiago, con otro nombre. Arrinda agotó las investigaciones. Algo averiguó y se fue a Santiago. Lo trajo en coche de primera, sin decirle una palabra. Lo llevó al comedor y le hizo servir comida, copa y puro. Llegaron a Valparaíso un domingo a medianoche. Arrinda abrió el negocio y le dio a su sobrino, o lo que fuera, una paliza de dos horas que lo tuvo en cama varios días. Todo ello en frío y sin hacerle el menor reproche. Badiola volvió a

acostarse en el mostrador y olvidó para siempre sus pretensiones hípicas. Hoy es un hombre de provecho con varios millones de pesos...

—¿Y qué fue de Arrinda?

—Nadie sabe —terminó Victoriano—. Empezaron a cerrar las agencias y regresó a España. Posiblemente lo han limpiado en la Guerra Civil...

El mesonero no quiso cobrar las bebidas e incluso obligó a un último apiado, que Victoriano bebió de pie, apurado en regresar a su negocio.

A Maturana le agradaron la locuacidad y simpatía del dueño de la Academia, y se prometió visitar su local más a menudo.

De regreso al centro, Galdames fue conversando sobre el tabernero vasco.

—Legarza es el cantinero más alegre de Valparaíso. Lo conocí recién llegado de Cuba. Eran dos, Victoriano y un tal Goitía. Habían trabajado juntos en bares de La Habana. Aparecieron en pleno invierno, vestidos de blanco y con sombreros de pita. Causaban risa. Según se supo después, llegaron a Valparaíso al cuidado de un contrabando que les permitió viajar gratis... Al poco tiempo, Victoriano se contrataba como mesonero en la Puerta del Sol. Su compañero consiguió igual empleo en el Récamier, bar frecuentado por ingleses y corredores de la Bolsa. Goitía pensaba que a los ingleses había que hablarles mucho, pero los gringos no se mostraban partidarios de tal idea. Total que lo despidieron y partió a Buenos Aires. Con el tiempo, Victoriano se hizo cargo del bar de la Academia de Billares... La Academia tiene su historia. Antes se llamaba La Torre Eiffel y sobre el techo lucía una pequeña reproducción del famoso monumento. Sus dueños eran franceses, Monsieur Armand y Madame Armand. Vivían en el segundo piso. Ella pasaba por señora del dueño, pero en verdad eran hermanos. El local era muy elegante, de corte europeo, y poseía un gran piano eléctrico del que salían muñecos tocando el violín. El famoso piano rodó más tarde por diversas cantinas del Almendral... Bueno, una mañana Monsieur Armand y Madame Ar-

mand amanecieron cosidos a puñaladas junto a dos mozos agonizantes. Fue un crimen que produjo gran revuelo en Valparaíso. Se dijo que los mozos habían asesinado al matrimonio para robarles las joyas. Madame Armand tenía un collar de perlas finas, de esos antiguos, de muchas vueltas. Los mozos no se habrían entendido en el reparto y se mataron a tajos. Las perlas aparecieron desparramadas junto a los cadáveres. Sospecharon también de un pariente de los Armand que habría inducido a los garzones, y él, a su vez, los habría apuñalado después de emborracharlos. El tal pariente existía y recogió la herencia, pero no se le pudo probar nada. El crimen quedó sin solución.

El grupo asistía algunas noches al restaurante Campitos, en la calle Independencia, frente al Segundo Juzgado del Crimen. Allí se reunían a comer caracoles, plato de la casa, a jugar cacho o brisca, abogados y tinterillos de poca monta. Bebían empleando términos jurídicos.

—Casación para la cuarta botella.

—Se emborrachó en primera instancia.

Campitos era un ex torero madrileño con muchas andanzas por América. Había toreado en plazas de segunda categoría de Perú, Venezuela y México. Entre los íntimos gustaba recordar sus antiguas hazañas y hasta les recitaba versos:

*Tengo yo formado un álbum
con todo el arte taurino,
y en él tengo retratados
a los toreros más finos.*

*Tengo al Gallo dando un quiebro,
a Hermosilla, galleando,
Frascuero en un volapié,
Pepe Calderón, picando.
Laqartijo, en una larga,*

*Mazzantino, en banderillas,
el Regatero, matando,
y al Fuentes, quebrando en silla.*

Pequeño, delgado, con el pelo entrecano y rubio, Campitos tenía un carácter suave y sonriente. Su hija, rubia y hermosa —el mejor plato que había hecho el torero en su vida, al decir de los parroquianos—, gozaba de gran éxito en el paseo de la Plaza Victoria. Estudiantes y empleados del Juzgado le hacían la rueda sin éxito. Algunos frecuentaban el local con la esperanza de verla atender el mesón, lo que sucedía raras veces.

Campitos guardaba en el mostrador un número de la revista *Blanco y Negro*, en la que aparecía fotografiado “El novillero Antonio Campos, Campitos”, en la suerte “puerta de gayola”. Detallaba aquella suerte de origen portugués. Nada menos que recibir de rodillas al toro cuando sale a la plaza con todo su poder y engañarlo con la capa.

Comía Campitos con la clientela y a su mesa acudían algunos taurófilos porteños. Lo acompañaban Moyano, El Chilenito, torero aficionado en algunos rodeos de la provincia, un matarife de Portales, discípulo del anterior, y el panadero Ibaceta, torero de capeas en su lejana Vizcaya.

Campitos y el panadero habían visto torear a Josecito, al Gallo Viejo, a Fortuna, Belmonte, a Granero; al Fuentes y Nacional II. Disertaban sobre la escuela sevillana, la salmantina, el toreo rondeño y otros temas académicos ante la admiración de los dos chilenos taurinos que no perdían palabra.

—Yo fui de la cuadrilla de Juan Saleri —repetía Campitos—. Recibí la alternativa del Fuentes, pero no tuve suerte. Joselito sabía más de toros que todos los vivos y todos los que han muerto. Mandaba en la plaza más que Dios en el cielo. Y el Fuentes. Le daban al Fuentes un toro malo y lo convertía en perita en dulce. Antes del Belmonte, el pase natural se daba de uvas a peras, muy retirado del toro. Belmonte acortó las distancias... Granero modificó el traje de luces. Simplificó

y en parte suprimió los alamares... Ponciano Díaz era muy bruto. Se enojaba con el toro y lo mordía... En estas Américas es difícil ver toreo de verdad. ¡Qué va a haber toros en Lima! Si los toros no son toros. Si los toros empiezan en la víspera y cuando viene la corrida ya no hay toros. Además, el toreo exige un público de entendidos que no se forma ni en cien años. No basta pagar la entrada.

Campitos se dolía de que no dejaran torear en Chile:

—Con la sangre y el coraje que tiene este pueblo. Aquí surgirían toreros tan buenos como los de México y con más arte y elegancia. Se crearía una excelente ganadería de lidia. Ni los mexicanos han podido hacer un buen toro de pelea. Los toros venezolanos, colombianos y peruanos son flojos, mansos, aplatanados... Toros chilenos, entre cordillera y mar, saldrían tan buenos como los de Andalucía y Salamanca... ¡Con este sol y este cielo cómo se vería la plaza!... Hasta se robaría menos en este país y los políticos tendrían más vergüenza porque la sangre, dígame lo que se diga, educa al hombre y hace más honrada a la mujer.

Galdames, aficionado a las conversaciones especializadas, acercaba su silla cuando Campitos hablaba de toros y toreros. Muy pronto tomaba la palabra:

—Claro que se produciría un enriquecimiento de la pupila chilena. Rojos y dorados junto al mar o con el paisaje cordillerano al fondo. Daría temas pictóricos, literarios y hasta musicales.

—Y conversación, hombre —intervenia Campitos—. Aquí no se habla más que de política y fútbol. Se formarían peñas taurinas...

—De acuerdo, de acuerdo en casi todo —afirmaba el poeta—. Sin embargo, yo creo que el clown es superior al torero. Los ingleses, raza de piratas, han creado el humor. El humor nace del pirata que actúa en función del instinto de rapiña, pero se ve obligado a guardar las apariencias y pacta con el frac y el sombrero de copa. La sociedad inglesa siempre ha cuidado la respetabilidad de sus grandes bandidos. El pequeño bandolero a la horca... El clown Chaplin, inquietando al público

con la sátira y la caricatura, descubre el juego de los grandes piratas respetables. Ataca las leyes y las convenciones hechas por y para los grandes ladrones y asesinos. . .

—Bueno, pero usted no pretenderá comparar al torero con el payaso —protestaba Campitos, indignado.

—Un momento. El torero representa el español que conquistó al mundo y sigue peleando con el toro. Eso creen ustedes, pero no es así. Nada de cosas. En la corrida de toros, a la España de Cervantes y de Quevedo, a la de Pizarro, Valdivia y Cortés, la representa el toro, el toro embistiendo al capote rojo que un crestón le pone por delante, un crestón mentiroso, un buen bailarín, sea rey, militar o inquisidor, que tiene todas las ventajas. . .

—Bien, poeta —terciaba Mandujano—. Sin embargo, el payaso, bueno o malo, regresa a su camarín, y el torero, lleno de vida al empezar la tarde, puede quedar muerto en la arena. El espectáculo que brinda tiene más contenido. . . Además, tú no te muestras muy leal con tus ideas. Siempre defiendes la conducta heroica y hoy prefieres la risa del clown ante el arte y el coraje del torero.

—Tú no puedes decir eso. Yo soy leal con mis ideas, como soy leal con mis amigos, como soy leal con el vino, con el amor y hasta con el banco de la plaza donde me siento por las tardes.

—Mire, amigo Galdames —conciliaba Campitos—. Usted es un escritor y el toreo ha proporcionado temas a la poesía, a la escultura, a la pintura y al teatro. Es un reto a la vida sedentaria y a los espectáculos hipócritas de los anglosajones. Una danza de la muerte, algo absurda, si usted quiere, pero al aire libre, con color y mucho arte, sí, señor, mucho arte. Es una fiesta que hay que vivirla de cuerpo presente.

Los discípulos de Campitos soportaban con miradas irónicas las elocuencias del poeta, esperando que él y sus amigos abandonaran la mesa para comentar libremente los programas y revistas de toros que el ex novillero recibía de México, Caracas y Lima.

Campitos se quejaba del encarecimiento de la fiesta:

—Ahora cualquier torerillo quiere hacerse rico en una temporada. Es un escándalo... Un torero que cobra un millón debe dominar la capa y la muleta; saber matar, banderillar, mecanografía y hasta griego, sí, señor...

Maturana prefería a los caracoles y las taurinas anécdotas de Campitos un restaurante de la calle Las Heras, cuyo dueño, un madrileño de apellido Velázquez, había recorrido veinte veces las Américas como empresario de revistas y zarzuelas españolas. Derrotado y enfermo, con sus últimos haberes compró El Mesón del Quijote a don Benigno, un gallego sátiro que había sido soldado en Panamá.

El famoso don Benigno daba la comida a los presos importantes de la vecina cárcel y era el hombre indicado para sacar a los detenidos bajo fianza, porque conocía a los jueces y al personal de Prisiones. Velázquez heredó todas las pequeñas conquistas comerciales del gallego y estaba dispuesto a regresar a España por sus propios medios, una vez que concluyera la Guerra Civil.

Maturana se había hecho amigo del madrileño, y le hacía contar anécdotas del ambiente teatral. Velázquez era moralista por encima de todo.

—En el teatro —repetía— sólo las decentes terminan bien. Las otras, las de un querido hoy y otro mañana, acaban todas pintadas de rubio y con una casa de huéspedes. Mucha barrera, poca familiaridad con el público es de lo que se abusa ahora. La vista al final de la platea. Ni a los palcos ni a la galería. Que el público siempre se deja la cédula personal en la casa y viene al teatro de rufián...

Velázquez conocía muchas ciudades hispanoamericanas y tenía una especial fobia por las argentinas.

—Hay ciudades, como Buenos Aires, que son mucho menos grandes de lo que parecen. Es un crecimiento ficticio, de aluvión. Madrid tiene derecho a cada uno de sus habitantes, a cada una de sus calles y aveni-

das. En Buenos Aires hay mucho de más, prestado, reciente, de arrimo. Y luego, las mujeres, machonas, insolentes, insoportables. Existe, sin duda, un cuarto sexo que es la mujer argentina. . . Del mundo que yo conozco, después de Madrid, Valparaíso. Aquí también se puede estar con dinero y sin él, ciudad para vivir años plácidamente, de cualquier manera, y desaparecer de a poco. . . Si uno se mete en los riñones de los cerros, es como si viejas escenografías teatrales se hubieran colgado del cielo. Casas italianas, suizas, alemanas, españolas, plazas de pueblo. . .

Tenía Velázquez un catarro muy madrileño que le enrojecía los ojos y le ponía ronca la voz. Recitaba, conversaba y se enojaba en zarzuela.

*Puerta del Sol, Trajineros,
Montera, Carbón, Florin,
Paseo de Recoletos
y Plaza de Antón Martín.
Misericordia, Esperanza,
Válgame Dios y Callao,
Calle del Pez, Calle del Grao
y Glorieta de Bilbao.*

Tema inagotable para el viejo empresario era la vida y milagros de la gente de teatro.

—Las artistas americanas tienen nombres de específicos: la Bow, la Crawford. Esta última se oye como un estornudo. . . La gloria, la fama, consiste en llamarse Pastora Imperio y tener un vino que diga en la etiqueta Pastora Imperio. Y ser torero y tener anís propio, Anís Guerrita o Anís Gallito. Juan Belmonte tiene registrados dos trajes de luces de su creación. Nadie los puede usar. Plata y corinto, tabaco y oro. Eso es categoría. . . ¿La Carmen Miranda? Un monaguillo vestido de bahiana. Más fea que siete feas. No hay más Carmen que la Carmen Amaya. . . Conocí a los Amayas en Barcelona. Tenían una buena casa con ocho dormitorios, pero dormían los doce, eran doce, todos juntos en una sala grande, por miedo, con las luces prendidas. . .

Gitanos al fin... En Valencia, una vez, los echaron de la pensión por freír sardinas en el catre... El padre de la Amaya y su tío, El Pelao, se quedaban con todo el dinero de ella. Cuando la Carmen reclamaba y se ponía tonta, le compraban un abrigo caro, muy caro, y todo arreglado... La Carmen tiene un arranque que no la detienen ni quince trenes en contra. Nada, que todos terminan a las diez y media y Carmen Amaya termina a las doce y media, o no termina... Ahora, las hermanas de Carmen son más malas que el sebo. Y su hermano ha dado palabra de honor de no tocar la guitarra... Bailarinas espontáneas, le enseña usted a firmar a la Amaya o a la Pastora Imperio y se acaban. La Carmen es bailaora; en cambio, la Antonia Mercé era bailarina Hay que distinguir... Ahora anuncian a La Argentinita en el Teatro Victoria. No es gran cosa. No tiene voz. Canta con un hombro...

VI

Maturana no olvidaría jamás la llegada de aquellos dos mil setenta y dos refugiados españoles a Valparaíso en una clara y fresca mañana de septiembre.

En el muelle, junto a la mole oscura del barco con nombre canadiense se arremolinaban periodistas, fotógrafos, grupos políticos y culturales. Allí estaban representados el Frente Popular, el Comité de Recepción de los Refugiados Españoles, la Confederación de Trabajadores de Chile, la Liga de los Derechos del Hombre, la Asociación de Ex Combatientes Antifascistas, la Asociación de Artistas de Valparaíso, los anarquistas de la I.W.W., y algunos dirigentes deportivos a la busca de jugadores de fútbol.

La colonia española, en su mayoría vascos y asturianos, vestidos de oscuro, como para un funeral, se movían en un sector aparte. Muchos mostraban una indisimulada preocupación. Eran comerciantes adinerados, partidarios del orden, a la espera de parientes a quienes la Guerra Civil rotulaba como extremistas peligrosos. Los diarios "serios" de Santiago habían abundado en noticias y opiniones alarmantes. Llegaba una partida de desalmados: ladrones, asesinos de monjas, de curas y hombres de bien; incendiarios, profanadores de tumbas. Verdaderos chacales. En folletos de propaganda aparecían milicianos sonrientes exhibiendo ataúdes y esqueletos mitrados en las puertas de las catedrales.

Una banda ejecutó la Canción Nacional y la Marselesa. Se repetían los vivas a Chile y al Presidente Pedro Aguirre Cerda, cuyo enorme retrato lucía en la proa del buque. En el puente del *Winnipeg* se apiñaba una multitud nerviosa y gritadora. Aquella variedad de rostros

ibéricos se movía de un lado a otro portando grandes sacos y maletas, sin prestar mayor atención a la curiosidad y alegría de los de abajo. De vez en cuando algún grito poderoso hendía el aire:

—¡Emiliano! ¡Emiliano!... ¡Aquí estamos!... ¡Soy Fernando!... ¡Aquí están la Carmen y el nene!...

El aludido Emiliano, un español viejo, delgado y ce-trino, con los ojos llenos de lágrimas, movía el pañuelo sin atreverse a gritar su saludo.

Los obreros, estibadores y picasales observaban silenciosos a aquellos españoles y españolas, mal vestidos y famélicos. La visión de aquella triste humanidad despertaba en ellos un sentimiento confuso, una mezcla de curiosidad, compasión y recelo. En el puerto sólo conocían españoles duros, soberbios, enriquecidos en las tiendas, panaderías y agencias de empeños. Estos aparentaban ser "rotos" españoles, obreros, pescadores y campesinos que habían luchado por ideas de avanzada social.

Una voz ronca, proletaria, se hizo aplaudir, entre risas.

—¡Vivan los coños republicanos!

Los periodistas reclamaban porque no podían subir a bordo. Las órdenes eran terminantes. En el barco arribaba un apreciable número de polizones que se habían colado en el muelle de Burdeos.

Maturana se acercó al grupo que formaban los pintores y escritores de la Asociación de Artistas. Sorprendió al poeta Galdames discutiendo con un anarquista, vendedor ambulante de libros raros y curiosos.

—Jamás llegaron tantos de golpe —peroraba el librero—. Almagro y Valdivia no traían más de ciento cincuenta... Claro, ahora son de izquierda, pero cuando ganen algunos pesos los quiero ver. Se harán ricos. Nos explotarán a todos...

—No seas escéptico —atajaba Galdames—. España, la verdadera España popular, ha sido traicionada por el resto de Europa. Como siempre. Esta gente lo ha perdido todo luchando por un ideal. Es una España histórica y no tiene nada que ver con esos españoles comerciantes que están ahí al frente. Tenemos que concederles, por

lo menos, el beneficio de la duda. Y si no, ¿para qué cantamos con el sombrero en la mano, que Chile es el asilo contra la opresión?, ¿ah?

El poeta no disimulaba su excitación. Durante tres años había seguido, día a día, las peripecias de la Guerra Civil Española: las batallas de Teruel y Brunete, la defensa de Madrid, la caída de Bilbao. Ahora, de pronto, aparecían verdaderos actores de la gesta.

Las escenas se prolongaban demasiado. Los gritos y las conversaciones perdían fuerza, cuando, por fin, aquel tumulto viajero comenzó a descender por la escalerilla. Fueron conducidos, en apretadas filas, a unos galpones donde las enfermeras e inspectores de sanidad les aplicaban voluminosas inyecciones. Hombres, mujeres y niños soportaban con el ceño fruncido aquella postrera ofensa.

Los refugiados, con la vista baja, fueron tomando colocación en una larga fila de autobuses que partían en diferentes direcciones. Mil doscientos tomarían el tren a Santiago. Algunos iban destinados al sur de Chile. El resto se repartiría entre Valparaíso y ciudades vecinas.

Galdames y Maturana se dirigieron a un cafetín de la Plaza Echaurren, célebre por su pescado frito con ensalada. En el camino, compraron los diarios de Santiago que anunciaban que el plazo de ultimátum de Inglaterra y Francia a Alemania había expirado. Ninguna esperanza de arreglo. La Segunda Guerra Mundial era inminente.

—Qué notable —comentó Maturana—. A la misma hora que desembarcan estos españoles, estalla la guerra. ¿Qué te parece?

El pensamiento del poeta iba por otros lados. Se dolía de la recepción a los combatientes.

—Todo este aparataje de policías, enfermeras, jefes políticos, periodistas y fotógrafos le baja el ánimo a cualquiera.

—Y ahora, ¿qué hacemos?

—Creo que hay que ir a la Academia. Victoriano debe tener algo preparado para sus paisanos.

La Academia se veía repleta de rostros ibéricos.

Un centenar de refugiados ocupaba el mesón, las mesas del comedor y rebasaba los billares. En un rincón, junto a sacos y maletas viejas amarradas con cordeles y alambres, mujeres pálidas y desgredadas atendían a sus niños. Detrás del mostrador, con su cara más radiante, Legarza servía garrafas de vino mientras los garzones se movían entre las mesas repartiendo pirámides de emparedados de jamón y chorizo. Llegaban vascos residentes, tenderos, mueblistas y molineros, que hacían destapar botellas de anís y coñac.

Alguien preguntaba:

—¿Viene alguno de Munguía o Tolosa?

El vino y los licores desataban las lenguas y la alegría iba en aumento. Galdames se acercó a una mesa ocupada por los delegados del SERE (Servicio de Evacuación de los Republicanos Españoles) y del JARE (Junta de Ayuda a los Refugiados Españoles). Estos iban anotando y distribuyendo a los recién llegados en diferentes pensiones y residenciales.

En el mesón, un grupo discutía la actuación de algunos batallones vascos en la Guerra Civil: el Perezagua y el Cuarto de Meave, de los socialistas; el Larrañaga, de los comunistas; el Amayur, nacionalista vasco; los guipuzcoanos, del "Itxas-Alde".

—A los vascos os gusta pelear cerca de la casa, ¿verdad? ¿Qué hicisteis en el Mazuco?

—Aguantar más que nadie. Vosotros, los asturianos, mucho verbo, mucha dinamita, mucha banda de música. Pero bien nos rogasteis para subir al monte. Subid, por favor, tendréis mujeres, dinero y comida abundante. Y luego, cuando bajamos, muchos discursos y unas medallitas "Libertad"...

Aparecían refuerzos del Centro Republicano Español de la calle Victoria. La algarabía aumentaba. Maturana se dio cuenta de que las mesas de los vascos se iban desocupando. El poeta vino a anunciarle que Victoriano los invitaba a servirse un plato con el coro vasco llegado en el *Winnipeg*.

Detrás de la galería de vidrio que quedaba al fondo de los comedores, habían improvisado dos largas mesas

paralelas en la secretaría del Club Nacional de Tiro al Blanco N.º 27. En la mesa de honor, adornada con banderines de Euzkadi y del "Atlético de Bilbao", estaban los integrantes del coro vasco presididos por un fraile de barba blanca y aire sonriente.

—Estos vascos, aunque sean izquierdistas, no pueden prescindir del cura —murmuraba el poeta al oído de Maturana—. Ese fraile es del convento de los capuchinos del cerro Bellavista. Seguro que los van a hacer cantar en las iglesias.

Los acólitos de Legarza iban repartiendo cazuelas de angulas y bacalao a la vizcaína. El vino, bebido en botas y porrones, desataba las lenguas. Entre trato y trago, un delegado del Centro Vasco interrogaba a los presentes, averiguando oficios y lugares de procedencia. También verificaba, con discreción, sus ideas políticas.

A los postres, el delegado de Euzko Etxea pronunció unas palabras de bienvenida, asegurando que la colonia vasca de Valparaíso se ocuparía de proteger y buscar trabajo a los hijos de Euzkadi y también de otras provincias de España, sin distinción de ideologías.

—Van a tratar de explotarlos —acotó Galdames.

La conversación se hizo general. Al lado de Maturana, un vasco residente informaba a los refugiados sobre la calidad de los mariscos chilenos.

—Aquí se come mejor, hombre. Ni hablar. La angula chilena es más sabrosa que la de allá. Claro que la angula negra de Aguinaga es buena, pero allá ¿quién la come? Los hombres, y a escondidas, porque en casa las mujeres, con las economías que se gastan, son capaces de freír una puerta.

—¡Qué cante Echaburu! —gritó alguien.

—¡Sí, que cante!

Un vasco enorme, de ancha boina, comenzó a cantar a media voz una letra bufa, sonriendo y guiñando los ojos.

Todos dicen que cante
a ver qué es lo que hago,
aquí no hay Dios que aguante
si no echan un trago.

Y para echar un trago
tener que ir a la fuente
es hacer un estrago
a Pello Vishente.

Estar preso no es nada,
pero agua cría lodo,
la nariz encarnada
vale más que todo.

El vino y las mujeres
son cosas emotivas
el vino, los microbios
y las lavativas.

Con estos bravos marinos
del vaporcito Turquesa,
hemos de ser justicieros
aunque a muchos mal les pesa.

Cada cuarteta era coreada con un estribillo en vasco.

Pello Vishenté
Vishenté Pelló
mozkorra arrapazendak
edan eskeró.

—¡Muguerza! ¡Qué cante el coro! —ordenó una voz de trueno.

El aludido, pequeño y ágil, se subió a una silla. A su alrededor se ordenó una nube de grandes boinas azules. Veinte voces hicieron retemblar las vidrieras

del Club de Tiro al Blanco N.º 27 con la marcha de los combatientes vascos:

*Euzko gudari egerá
Euzkadi azkaseco
Gertuta daucagu odola
bere aldez emateco*

.....

Terminó la canción con vivas y aplausos, y cuando el coro iniciaba otro himno vasco apareció Victoriano, muy sofocado, pidiendo que abandonaran el recinto para confraternizar con los refugiados que ocupaban el mesón y los billares.

En el bar se había desatado una verdadera guerrilla de voces regionales. Todo el mundo cantaba o daba gritos. La algarabía iba en aumento y Legarza debía multiplicarse como un capitán de barco en pleno temporal. Un trío de santanderinos hacía oír una letra bufa sobre Bilbao:

*Bilbao se está quemando,
rúmbala, rúmbala-la
Bilbao se está quemando,
Begoña llorá,
rúmbala, rúmbala-la-la,
Begoña llorá.
Bilbao se está quemando,
rúmbala, rúmbala-la,
ojalá se queme
la villa enterá,
rúmbala, rúmbala-la-la-la
lá villa enterá.*

Con los codos apoyados en el mesón, un tanto mareado por el bullicio y el vino, Maturana sorprendía ramalazos de cantos y conversaciones.

—...Cilaurren era pelotari de postín, pelotari de jueves y domingo... Zubía, Benaitúa, Urquieta y yo, cuatro amigos, íbamos los domingos a Durango, donde

Chomín, a comer bajo las parras. En lugar de pan, usábamos merluza frita para repasar los platos... Durante la República, en los primeros días, el mandamás de Erandio era El Perrero. No sabía ni quién era el Presidente. El Perrero, antes de la República, tenía más hambre que perro de volatinero...

—Atucha no juega al mus verdadero, al mus clásico de cuatro reyes. Juega mus al estilo de Bilbao, con seis y ocho reyes. Pone de reyes a la sota de oro, al caballo de bastos y a todos los tres...

*El orfeón de Bilbao
gana los premios cantando,
no hay pelotari en el mundo
como el Chiquito de Abando.*

.....

—Qué sabéis los riojanos de pelotaris... La catedral de los palistas es el Euzkalduna de Bilbao. Marquina, catedral de la cesta punta, y el Aztelena de Eibar, catedral de la pelota a mano. Para remonte, los de Pamplona...

*Hay un lugar en Bilbao,
no dais con él,
es la peluquería
de Carbonel.*

*Este ladino francés,
se sacó la lotería
y en la Plaza Nueva
ha puesto
una gran... peluquería.*

—Estos santanderinos no saben ni lo que cantan—comentó un refugiado junto a Maturana—. La letra tiene su asunto. Carbonel ya tenía la peluquería cuando se sacó el gordo... Lo que puso fue dos casas de citas. Una en Bilbao, en la Plaza de los Tres Pilares; la otra, en la Plaza de Santa Ana, en Las Arenas...

—Mira, ahí viene Valentín Llanos. A éste, en la guerra, le condenaron a garrote vil, porque en su pueblo le puso un cartel al Sagrado Corazón de Jesús, que decía: “La mejor sidra donde Patxi. . .”

Maturana observaba cómo el poeta iba, de mesa en mesa, husmeando a los refugiados. Se acercó con aire desilusionado.

—No hablan más que de comidas. Qué si el verdadero puchero lleva o no lleva salsa de tomate. Algunos han ido a la guerra como quien va a sembrar patatas.

—Claro, poeta, tú quieres que hablen de Unamuno y García Lorca. . .

*Los barbis se van a Igueldo,
los fules al Urumea,
los que no tienen dos reales
se van a Chominenea.*

De una mesa de porteños, jugadores de dominó, interpelaron a Legarza:

—¡Qué tanta zalagarda con los españoles! Nosotros nos comimos a Pedro de Valdivia y con sus huesos hicimos la primera banda de pitos. Que cante el coro una canción de la guerra. Algo que se entienda.

A una indicación de Victoriano, el maestro Muguerza se subió a una banqueta y anunció algo que iba a ser coreado por todos los presentes.

*Negros senegaleses,
negros como el carbón,
de ojos amarillos
la madre que los parió,
¡Allez hó!*

*El día nueve del mes de febrero
nuestra brigada a Francia pasó,
cuando venía, ufana y valiente,
de luchar contra la invasión.*

*Marchamos todos por la carretera
hacia los campos de concentración,
y nos topamos con los gendarmes
que nos robaron hasta el reloj.
¡Allez hó!*

*Viva Francia hospitalaria,
viva su lema glorioso;
Liberté, Egalité, Fraternité.
Allez, Allez, reculez,
allez, allez, reculez,
que hay que marchar a pie
desde Cerbere a Argeles.*

*Negros senegaleses,
negros como el carbón,
de ojos amarillos
la madre que los parió
¡Allez, hó!*

.....

Se asomaban curiosos de la calle, averiguando el motivo de tanto estruendo. En un rincón, Victoriano atendía a un par de carabineros que solicitaban amablemente se diera fin a los cantos. Después de algunas discusiones, intervino un director del Centro Republicano Español, invitando a todo el mundo a un vino de honor en los salones de la calle Victoria.

—¿Vamos? —preguntó Galdames a Maturana—. Mejor conocerlos ahora. Después se van a poner tristes.
—Bueno, vamos...

El arribo del *Winnipeg* y las primeras noticias de la Segunda Guerra Mundial alteraron la sociabilidad porteña. A media tarde el público se arremolinaba frente a las pizarras de los diarios, comentando las primeras victorias del Eje. La discusión continuaba más tarde en los bares del puerto y del Almendral. Poco a poco, las tabernas se fueron definiendo. En unas se celebraban las fulgurantes victorias del ejército alemán; en otras

se mantenía la esperanza de la victoria final de los aliados.

La Academia se convirtió en un remanso de ideas contrarias. Predominaba, como siempre, la clientela española, reforzada con los vascos recién llegados. Se atendía a todos por igual, procurando que la mesa ocupada por los partidarios de Hitler y Mussolini no entrara en beligerancia con los empleados de casas inglesas y los ex combatientes de la Guerra Civil.

Las noches de la Academia se hicieron famosas entre los bebedores de la Avenida Pedro Montt. Algunos refugiados confraternizaban con los porteños, narrando aventuras de la guerra. Había veteranos de Brunete, Teruel y el sitio de Bilbao que, entre trago y trago, se despachaban batallas completas. Los vascos, en su mayoría pescadores, ex marinos y mineros, formaban un grupo aparte y sólo conversaban entre ellos. Habían descubierto un pequeño frontón en Viña del Mar, frecuentado por los croupiers argentinos del Casino, y pactaban partidos de pelota. Uno de ellos, que en su juventud había sido destacado pelotari en Vizcaya, concertaba apuestas raras, concediendo ventajas absurdas: jugar sólo con la mano izquierda y con una silla en la mano derecha, obligando a sentarse después de devolver cada pelota, o con un bidón de doscientos litros, vacío, amarrado a la espalda. Los partidos finalizaban con una comida más o menos pantagruélica servida en la propia Academia.

Galdames, sin romper en forma definitiva con el Alcatraz, trasladó lentamente su peña a los territorios de la Academia. Con su facundia y facilidad de trato, se había hecho de nuevos amigos y ya tenía mesa propia a la que asistían dos integrantes del coro vasco y el alegre Juanín Menéndez, fundidor de acero y ex secretario general de los metalúrgicos asturianos. Juanín había alcanzado el cargo de comisario de guerra con el grado de coronel y al final de la guerra llegó a ser inspector de proyectiles de cañón, en Barcelona.

El asturiano, pequeño, moreno, muy atildado y de

cara arrugada, se reía de todos los títulos que le había deparado la guerra y gustaba de hacer versos de propaganda humorísticos:

*Neruda ya no estornuda
porque toma Mejoral,
haga usted lo de Neruda
y no vuelva a estornudar.*

Galdames se mostraba feliz porque había conseguido colocar a dos integrantes del coro vasco en la banda municipal. El maestro Muguerra y su cuñado Alcorta eran de Hernani, y el poeta los presentaba como si fueran parientes de Víctor Hugo.

Los fines de semana aparecían algunos refugiados que vivían en Santiago, y entre ellos, un escultor muy nervioso, de faz un tanto mongólica. Dámaso Oteiza, "Chiquito de Vino" para sus amigos, trabajaba en el busto de Juan de Saavedra, fundador de Valparaíso, en el taller de un escultor de apellido Banderas.

—Es una juerga —comentaba Chiquito de Vino—. La señora de Banderas se apellida Rojas y al hijo le han puesto Lenin. Resultado, Lenin Banderas Rojas. Si triunfa la revolución le harán comisario. De lo contrario, tendrá que cambiar de nombre y hasta de padres.

Oteiza se hacía acompañar por el Fede, un joven madrileño, alto, de ojos desorbitados que decía, de memoria, trozos de discursos de Indalecio Prieto y Largo Caballero.

Chiquito de Vino se reía del Fede a sus espaldas.

—En Madrid, durante la guerra, Federico se aprendía un artículo del *Heraldo* y lo recitaba en el café Fornos. También se inspiraba, o se decía una serie de versos ajenos, todos revueltos. El Fede admiraba al Dario versallesco. Una vez, los amigos nos dimos el gusto de adornarle su cuarto con muebles Luis XV y estilo Imperio, comprados en el Rastro. Parecía un gabinete de rey francés después de un terremoto. También le instalamos un timbre monumental, muy sonoro, de los que usan en los cines y estadios, un verdadero timbre de alar-

ma. El Fede tocaba el timbre para pedir el desayuno, que le traía una maritornes greñuda y asustada...

Alvaro y Beltrán gozaban con el anecdotario de Chiquito de Vino, pero Galdames mantenía un silencio crítico, molesto con la visión grotesca de la guerra contada por el escultor.

Otro personaje curioso era Antonio Segovia, ex dirigente de la Federación Universitaria Española (FUE). Segovia era hombre culto, discípulo de Ortega y Gasset y gran defensor de los profesores y escritores republicanos en el exilio. Se autodefinía como antimultitudinario y discrepante y se expresaba en frases aceradas, epigramáticas, que eran verdaderos proyectiles verbales.

—España se irá convirtiendo en un Estado ortopédico, de simulación prostibularia y asimilación tergiversadora... Muy pronto, Madrid será una ciudad invadida por palurdos y convertida en zona de ascenso para pícaros y necios.

Segovia conversaba con Cibrián, recordando las aulas universitarias madrileñas, y se indignaba con las vejaciones y estrecheces que sufrían algunos escritores y catedráticos españoles, refugiados en repúblicas centroamericanas.

—Con la independencia, los americanos se separaron de América. Pertenecían a un mundo grande, glorioso y amanecieron convertidos en guatemaltecos, dominicanos, nicaragüenses, hondureños...

VII

Aquel sábado, después de las carreras, Maturana encontró a los amigos en el Alcatraz, haciendo los honores a un caldillo de congrio. Era fin de mes y no faltaba dinero caliente en los bolsillos. Alvaro cumplía años y para celebrarlo habían decidido recorrer las calles marineras del puerto.

Los pugilistas y las tripulaciones extranjeras contribuían al auge sabatino del barrio de la Aduana. El pretexto deportivo llevaba a la gente, después de las peleas en El Portón, a beber cerveza en los bares y cabarets de marineros.

Después, la noche aumentaba sus exigencias y había que cumplir la inevitable excursión por las calles Márquez, Almirante Riveros y Clave, en las que dominaba la remolienda criolla con acordeón, guitarra, pandero y piano.

Sortearon la avalancha de góndolas trepidantes que partían o llegaban dando vueltas a la verde estatua de Francisco Bilbao. Fuera del estadio, algunos palomillas y mendigos pedían el pesito para completar el precio de la entrada.

—¿Cuántas peleas quedan? —preguntó Mandujano al portero.

—Las mejores. Semifondo y fondo.

Un rumor alegre de risas y comentarios llegaba a la calle. La banda de música columpiaba una cueca. Compraron entradas populares. Resultaba más barato y divertido.

El local lucía lleno y muy animado. Lograron sentarse en el extremo de un tablón, por debajo del cual los apostadores pasaban en pequeños trotes voceando

las apuestas. En la platea, iluminada por arcos voltaicos, se veían regidores, empleados de banco, militares, marinos y periodistas. Abundaban, como siempre, las cortesanas de alta cotización en el barrio del Almendral, muy pintadas y con abrigos de pieles, mostrando una cautelosa simpatía por los pugilistas que también debían desnudarse y ser maltratados para triunfar.

Subió al cuadrilátero el anunciador de las peleas, quien fue recibido con una furiosa silbatina. Sonreía amistosamente, levantando las manos, pero todo era inútil. El fallo dudoso de una de las peleas anteriores había enardecido a la galería, que era la más apostadora. Los perdedores se mostraban encarnizados.

—¡Anda a acostarte, crestón!

—¡Hasta cuándo vas a molestar!

—¡Córtala, desgraciado!

El anunciador, pobre gordo peluquero que hacía su vida social en las peleas, convencido de que por esta vez no lo dejarían hablar, ante el peligro de un botellazo tartamudeó con premura:

—Combate a tres rounds... Barón... Naval. Jurado los señores...

Algún malintencionado se hizo cargo del terror del gordito y le lanzó dos tapas de cerveza. El peluquero se escabulló torpemente entre los cordeles, mientras el público reía y gozaba contemplando su miedo e inseguridad de piernas.

Al subir el árbitro y los púgiles, se renovaron los insultos, pero ya sin fuerzas. Por fin se apagaron las luces laterales y encendieron las del ring. Las voces de los apostadores alcanzaron mayor volumen, sin perder su tono asordinado.

—¡Barón, voy! ¡Voy Barón, por cincuenta!

—¡Aseguro ganancia con Barón!

—Pelea el panadero Fernández, del cerro Barón, contra Peralta, del Naval —informó un astillero de costa.

Los púgiles avanzaron para saludarse, mientras recibían las instrucciones del juez. Sonó la campana y demoraron algunos segundos estudiándose y haciendo

gala de guardias estilizadas y finteos rápidos. Como de costumbre, el público se impacientaba.

—¡Hagan peleas, vacas!

—¡Vayan a bailar a los Baños del Parque!

—¡Derecha y gancho, *Barón*, que es tuyo!

—¡Tira tus manos no más, *Naval*, hombré! ¡Es pura bulla el baronino!

Pese a las instrucciones de los entrenadores, los púgiles fueron olvidando los principios del arte y se atacaron como perros rabiosos. El público se mostraba complacido y al sonar la campana el aplauso fue unánime.

Con escasas alternativas fue transcurriendo la lucha. Los peleadores apenas tomaban distancia y se tiraban a un tiempo cuanto golpe limpio o sucio les salía de los puños, los codos o la cabeza, para concluir abrazados y acezantes.

—No tienen idea del box —comentó Galdames—. Sólo les falta la patada y el cuchillo.

La pelea fue adjudicada al boxeador baronino y el público aceptó el fallo sin muestras ostensibles de indignación. Se encendieron las luces y también las voces de los vendedores de refrescos. La banda, formada por algunos músicos del Orfeón Municipal, y jubilados de la Marina de Guerra, aumentó el barullo ejecutando un aire del Caribe. Volvió a subir el anunciador. Era la última pelea de la noche. Esta vez se trataba de boxeadores de peso pesado, uno de Viña del Mar y el otro del cerro Los Placeres. Ambos fofos, de carnes abundantes y mal repartidas, pantorrillas gruesas y pechos bailadores.

El primer round fue lento y falto de todo brío. Los dos gordos bufaban, sin mostrar la menor intención de estropearse; por el contrario, se sonreían con simpatía, conscientes del papel bufo que tenían que desempeñar delante del público. De vez en cuando daban unos saltitos llenos de gracia. Era pelea para los talleres.

—¡No le peguís, Pan de Pascua, que es casado!

—¡Que se besen! ¡Que se besen!

—¡Vayan a pasear a Viña, mejor!

El segundo round fue una repetición del primero.

Algunos espectadores se retiraban. Galdames no podía disimular su aburrimiento y desprecio.

—¿Vámonos?

—Conforme.

En la puerta los esperaba Mandujano. Una densa neblina bajaba de Playa Ancha. Las luces de los cerros apenas se distinguían. Carampangue estaba a oscuras. Mugía la boya del buey como impulsando la neblina hacia las callejuelas del puerto. Los faroles despedían aureolas de luz algodonosa. Debajo de la estatua de Francisco Bilbao deliberaron algunos segundos. Cobradores de góndola jugaban al crap en los bancos de piedra de la plazuela.

El cabaret Nueva York estaba casi vacío. En la pista de baile, dos parejas con aire profesional bailaban desganadamente el "patudo", versión criolla del swing americano. El pianista y el baterista tocaban con desgano, mientras el violín, el saxofón y un mozo jugaban al póquer chino, a cartas vueltas.

—Hay que esperar un poco —dijo Beltrán—. Pronto van a terminar las peleas.

Se defendieron de los mozos que les ofrecían todas las mesas. Algunos marineros de buques de guerra iban entrando al local con aire ensimismado. Las niñas los saludaban con gran familiaridad. Salieron. En la calle Blanco, esponjada de niebla, bullía silenciosa la gente del sábado. Era un entrar y salir por puertas entornadas. Conversaciones en voz baja de una multitud que iba de los hoteles a los bares y cocinerías. Algunas mujeres desempeñaban un doble y un triple papel. Las empleadas, las garzonas, "momenteaban" a la puerta de los restaurantes, dejando el delantal en manos de una compañera, para subir del brazo al hotel del lado. Los contrabandistas menores ofrecían cigarrillos rubios, rouge y camisas panameñas en el hueco de las puertas.

—Al Zepelín, ahora —ordenó Mandujano.

El Graf Zepelín tenía el prestigio de atraer gente de todas las clases sociales. Su pista de baile era un subterráneo a la altura de los tobillos de los paseantes callejeros. Las paredes estaban decoradas con una gracia ab-

surda. Elefantes en traje de baño. Dos ciegos cantando. Un judío rico que peleaba con un judío pobre. Mujeres con peluca blanca, de pie en góndolas venecianas, y algunos desnudos más o menos artísticos. Los mozos tenían también su categoría.

Era el Willy un pequeño alemán de Hamburgo, muy rubio y pálido, que dominaba su idioma, el inglés de los puertos y algo de holandés y noruego. Atendía a los tripulantes extranjeros. Enteco, de aspecto elegante, representaba unos cincuenta años. Se mostraba siempre muy peinado y con los ojos enrojecidos por el alcohol y el humo. Había sido camarero en buques alemanes de lujo. Muy nervioso y detallista, sus informaciones eran precisas y exactas sobre la vida y milagros de las vampiras del Zepelín. Conocía sus horarios, honorarios y enfermedades. Las que eran nuevas, ladronas o peligrosas. Todo lo decía con aire misterioso y con una gravedad de diagnóstico médico.

El Willy era muy solicitado, por los elegantes viñamarinos de malas costumbres. Pacotillero fino, vendía de contrabando tabaco, impermeables ingleses y cintas de gorras marineras con nombres de buques. De éstas poseía tal cantidad, que todo hacía suponer que las fabricaba él mismo. Era una mercadería muy solicitada por las damas del lugar. Willy defendía su clientela de los demás garzones y hasta de las mujeres. Estas tenían que sobornarlo para acercarse a sus mesas territoriales.

El pequeño alemán protegía a Pájaro Triste, un corpulento y viejo marino holandés, desertor, de aspecto muy honorable y borrachín perdido. Pájaro Triste venía al Zepelín para alternar con los marineros nórdicos y ganaba algunos pesos y la comida llevando clientes a las casas de remolienda de la calle Clave.

Meses más tarde, el pobre Willy desapareció fulminado por una tisis galopante. A sus funerales asistieron los mozos de los bares y cabarets del puerto, y algunas niñas de la mala vida. Después se rumoreó que el Willy

era espía. En el cementerio se había visto al vicecónsul de Alemania y a otros señores encopetados.

Se sentaron a una de las mesas del Willy, la más alejada de la orquesta, para poder conversar. Ordenaron dos jarros de vino arreglado.

—¡Miren quién aparece ahí! —anunció Beltrán.

Tito Casarino venía acompañado de una cabaretiñera muy conocida, la Olga Verde, chimbiroca que vestía siempre de ese color. Era raro encontrar al Tito en los cabarets del puerto. El dominaba el otro barrio, el Almendral. Allí hacía una competencia ruinosa a los rufianes de profesión. Disponía, para ello, de dinero, medias, rouge, pañuelos de seda y tiempo libre.

Se disculpó. Había querido ir a las peleas y llegó tarde. Se asomaba al Zepelín sin mayores intenciones. La Olga Verde propuso llamar a otra compañera. Opinaron que viniera la Zoila, que había sido amiga de un escritor.

—Anda turisteando en Los Andes —dijo la Olga Verde—. Allá p'al rincón acaba de llegar una cabra nueva que les va a gustar. Es bien jovencita. No le hagan bromas, porque es muy orgullosa. La llaman "La Miradora en Menos", pero no se lo vayan a decir.

—Anda a buscarla —ordenó secamente Casarino.

—Claro, que venga.

Se acercó una muchachita de unos diecisiete años, de aire hosco. La cara fina, de nariz larga y mirada inteligente. Al sentarse, miró a los circunstantes bajando los labios en un leve gesto de contrariedad y desprecio. Maturana no pudo menos de ahogar la carcajada. El apodo estaba muy bien puesto.

—¿Qué se va a servir, m'hijita? —le preguntó Mandujano, muy obsequioso.

—Un cuba libre.

—Nada de tragos "cortos" aquí —saltó Casarino—. Estos señores son mis amigos. No son giles. Elija entre malta, aloja o vino.

La Miradora en Menos no dijo palabra y se levantó con aire ausente. Peñafiel la tomó de un brazo y logró que se sentara casi a la fuerza.

—¡Que tome lo que le dé la gana! —gritó Galda-
mes—. Aquí no se le ponen condiciones a nadie.

El Willy trajo el alcohol exigido. Peñafiel y Mandujano rivalizaban en atenciones a La Miradora en Menos, quien se dejaba atender, muy en su papel de princesa ofendida. Beltrán la sacó a bailar.

Casarino sonrió con aire conmisericordioso y comenzó a farfullar en voz baja, ligeramente contrariado. En aquellas excursiones nocturnas gustaba de sorprender a sus amigos con un conocimiento total del ambiente. Para él no había secretos. En su presencia, los amigos intelectuales podían estar tranquilos.

—¿Para qué le dan tanta importancia a esa pescada? —insistió el Tito—. Hay que saber tratarlas, en su terreno. Si fuéramos marineros o cafiches, lo más bien que tomarían vino suelto y hasta lo pagarían ellas mismas... Pero, claro, como ahora los managuás andan "azules", vienen a explotar a los paisanos.

Maturana le hizo señas para que bajara la voz. Estaba dispuesto a oírle todo lo que quisiera, pero no era la ocasión ni el lugar para armar bochinche.

—¿Qué es eso de azules? —preguntó Alvaro.

—Los primeros días del mes, los marineros de guerra y los artilleros de costa andan con el sueldo vivo, con plata. Entonces nadie puede acercarse a las preciosas, la que menos dispone de un managuá y su par de artilleros. Pero por ahí, por el día diez, empiezan a "azulear" los uniformados. Se les acaba la plata y entonces tienen que buscar la firmeza entre civiles. Ninguna puede ver a los marineros. Pero por debajo les pasan plata. Si usted va a la pieza de cualquiera de ellas les encuentra fotografías de marineros hasta debajo del catre. Pero ellas no, ellas no los pueden ver, si son tan rotos, si no saben ni tratar a las mujeres. Hay algunos que tienen tres y cuatro mujeres entre Valparaíso y Talcahuano y se dan la gran vida a costa de los giles que se tienen que azotar y morir pagando por el rato y consumiendo tragos cortos. Todas quieren tener un marinero del acorazado *Latorre*. Se los pelean y hasta se los compran a las amigas.

—¿Los compran?

—Claro, se los compran. Cuando una se aburre de un marinero se lo pasa a otra que esté interesada, por un vestido de baile, por rouge para los labios o un artillero que baile bien.

—¿Y ellos aceptan?

—Casi siempre. Qué van a hacer si andan siempre arruinados...

—Oiga, Tito, ¿y de dónde salen todas esas niñas, cómo vienen a parar aquí? —insistió Alvaro.

—¡Bah! La mayoría son de los cerros. A las santiaguinas las marcan, las corren a tajos. Todas usan hojas de afeitar metidas en un palito. Lo peor es cuando a las tres o las cuatro de la mañana van a cerrar el cabaret, no tienen compañero para la noche y están borrachas. Entonces se ponen tiesas y tigrillas y arman boches por cualquier motivo. Les pegan a los garzones, lloran y van a parar a la comisaría de la Matriz.

—Pero algunas se retiran, se regeneran...

—Sí, pero por poco tiempo. Se plantan a vivir en firme con alguno en "la vida del té". Le llaman "la vida del té" porque se lo pasan tomando agüita de té. El amor no da para más. Ligerito se aburren y vuelven a lo de antes. Cuando han hecho alguna grande, un robo, una puñalada, se fondean y van a sacar la cabeza a Los Andes o a San Felipe. A esto lo llaman andar de excursión o de vacaciones. La fulana anda de excursión, quiere decir que ha tenido algo con la policía.

—¿Y logran emanciparse?

—¿Juntar plata?... Renunca. Casi toda se la llevan los marinos y artilleros, los músicos o los choferes de la Plaza Echaurren. En general, a la que no es marinera o artillera le da por los músicos y se enamoran del saxofón, del batería o de algún garzón bien plantado. Cuando cierran el cabaret y no están quedadas por la noche, se van a algún bolichito a tomar café, y se despluman jugando al crap o al telefunken.

—Sin embargo, algunas ayudan a sus madres, que son lavanderas o cocineras, y tienen al hijo en la marina o en el ejército, y a la hija en el cabaret —intervino

Mandujano—. El cabaret viene a ser como el servicio militar para estas diablas. Primero se dejan engañar por un buen bailarín en los centros de baile del Almendral. En el Turi, en los Baños del Parque. Cuando conocen bien los bailes, consiguen recomendación de alguna amiga que las apadrine y se presentan aquí o en otro cabaret del puerto. Vienen pobres, pero como son nuevas, pronto se hacen de buena ropa, y encantadas de la vida... Algunas se transforman con el lujo, mejoran la cara y los modales y entonces ascienden y van a parar a los cabarets del Almendral o a las casas de la Chabela y la Julia Ovalle. Aquí hacen las humanidades, la universidad queda p'al centro.

Rieron de buena gana. La Olga Verde, en el otro extremo de la mesa, a pesar del ruido de las copas y el estrépito de la orquesta, se había percatado del giro de la conversación e increpó a Mandujano:

—Y cómo sabís tanto... Seguro que si nacís mujer habríai sido de las mismas. Hablái como si fuerai cabrona, m'hijito.

Todos soltaron la risa.

—Lo mismo estaba pensando yo —dijo el poeta Galdames—. Chóquela, comadre.

—Yo no soy comadre de boca con desconocidos —atajó la Olga Verde—. Mujer de la vida seré, pero elijo mis amistades. Me cargan los preguntones, los comisionados y los que trabajan en los diarios. Se vienen a hacer los amigos y después publican en los papeles contra nosotras, y nos persigue la Sanidad.

—Te equivocas, Olga —intervino conciliador Casarino—. Yo te respondo por mis amigos. Son artistas y les gusta la vida bohemia, como a ti y como a mí.

—¿Quién te ha dicho que a mí me gusta? Pudiera volverme atrás, estaría en el campo, criando gallinas.

—A otro perro con ese hueso, m'hijita. No nos pongamos tristes que la vida es la vida —insistió el Tito.

—Tanto que hablan mal de los marinos y los artistas son los peores. La mayoría de los que vienen por aquí son "colas", y a veces nos quieren levantar los

hombres. A más de uno lo van a tajar el día menos pensado... Y todos son más preguntones que el cura de la Matriz...

—¿Usted cree que le vamos a levantar al Tito?
—preguntó Peñafiel.

—Yo no digo que ustedes sean de los mismos, pero para qué les voy a decir. ¿Se fijan en aquella flaca que está allá con ese gringo del clavel? Esa se llama Olga también, y es de lo más degenerada que hay. Tiene gran amistad con los pijes y artistas. Hace trabajo francés, y les busca amigas a los perlas... En la pieza tiene un hoyito tapado con un corcho y deja ver lo que hace una amiga, al otro lado, cuando está acompañada. Por treinta pesos saca el corcho. La otra está desnuda, y como recibe su parte no apaga la luz. Llegan patotas de a cuatro y cinco futres, para ver lo que hacen los marineros al otro lado. Esta sinvergüenza tiene suerte y a su pieza la llaman el biógrafo... ¿Encuentran bueno eso ustedes? Yo creo que es más pecado que el pecado... Antes había aquí, hará un par de meses, una chiquilla nueva, bien interesante. Un futre le sacaba fotografías, desnuda. Eso no sería nada. Después le quiso hacer un cuadro. La cabra se había enamorado y aguantó. La tenía dos y tres horas, en pelotas, sin estufa ni nada. No quiso llevarla a su casa. Tenía que ser en la pieza de la chiquilla, para que apareciera el catre y no sé qué más. Bueno, total que la cabra, que se llamaba Matilde y era tan jovencita, pescó un resfrío, empezó a escupir sangre y se fue a las pailas... El pije se hizo humo, no fue capaz ni de comprarle un remedio y la cabra se murió, sola y abandonada... ¿Qué tal?

—Eso no prueba nada, pues, Olga —dijo Mandujano, con aire elocuente—. La gente mala se da en todas partes. Nosotros venimos al Zepelín a divertirnos un rato, pero no le deseamos mal a nadie, y menos a usted. Basta que sea amiga del Tito para que nos merezca todos los respetos.

—No, si yo no digo nada. Pero usted sabe, ¿no es cierto? La vida de una es dura. Y si no fuera por las mujeres malas todas serían buenas, ¿no es cierto? Y

entonces se acababa la payasada, ¿eh? Y los hombres andarían bien aburridos. ¿O no, me dice usted?

El poeta Galdames se estrujaba las manos con deseos evidentes de intervenir. Soltó, por fin:

—Oiga, Olga. No creo que usted entienda completamente mi lenguaje, pero no importa. Hemos estado conversando amistosamente y sin segundas intenciones, en su presencia y en la de la señorita que está bailando. Si algo las puede haber ofendido, les pedimos disculpas... Permítame; todos, o gran parte de los grandes poetas, no de los que escriben en los diarios, han cantado el amor venal, a las grandes cortesanas y también a las pequeñas mujeres de los puertos. Nosotros amamos el mar y respetamos a sus hombres y también a las mujeres que a ellos se ofrecen, entre viaje y viaje. Ustedes desempeñan un oficio antiguo y pagano. Los reyes del Oriente entregaban a sus hijas a la prostitución para levantar templo o financiar las guerras. Los griegos y sus filósofos adoraban a las cortesanas y las ponían muy por encima de los animales domesticados que eran sus mujeres legítimas... ¿Y Friné? ¿Y las queridas de los reyes franceses? ¿Ah? Ustedes son más importantes que los políticos, más que los telegrafistas y más, mucho más, que los bomberos. Esto no quiere decir que deban usar casco y uniforme. No, no se me enoje...

—Pero si no estoy enojada —rió la Olga Verde.

—No importa —continuó el poeta—. No importa que ustedes nos desprecien, pero bébase un vaso de vino con los amigos leales que la acompañan esta noche.

El poeta se puso de pie y todos tuvieron que acompañarlo en el gesto. La gente de las mesas vecinas miraba, con cierta extrañeza, al grupo de discutidores.

—Nos estamos quedando fuera de ambiente —advirtió Mandujano—. Bailemos un poco y bebamos.

Beltrán regresaba de la pista con otra mujer. La Miradora en Menos lo había plantado. Se trataba, ahora, de la Zoila, que la Olga Verde daba por ausente, y sus razones tendría.

La Zoila era la mujer-ambiente del Zepelín y de otros boliches del puerto. Morena, alta, de cara indíge-

na pero fina y cuerpo armonioso y duro. Llevaba la pollera alta y al bailar mostraba las corvas. Tenía las piernas muy hermosas, aunque, invariablemente, alteradas por machucones.

Enigmática y muy señorita, había que tratarla con miramientos especiales. Sus compañeras la respetaban, porque era valiente y peleadora. Se trenzaba a golpes con los marinos extranjeros y nacionales y hasta con los carabineros. Su última hazaña le había dado fama en otros barrios de la ciudad.

Un buque de guerra, mexicano, había llegado a Valparaíso en viaje de amistad. La Zoila colaboró decididamente, con entusiasmo y por su cuenta, en este acercamiento chileno-azteca. Al regresar el buque fue sorprendida en una bodega, en alta mar, y disfrazada de marinero. La desembarcaron en un puerto del norte.

Mandujano pidió un vinito embotellado para homejear a la hetaira. En ese momento entraban al Zepelín tres extraños marineros nórdicos, con tongo y claveles en los ojales. Uno de ellos llevaba bajo el brazo libros viejos de pasta roja, amarrados con cordeles, regalo de alguna institución extranjera del puerto.

El ambiente estaba saturado de música y humo. Casarino sacó a bailar a la Olga Verde y la Zoila aceptó a Mandujano. El ex periodista del norte le dio el brazo con solemnidad. Estaba radiante.

La orquesta atacó una melodía rápida, americana, y las parejas se pusieron a bailar el "patudo". Las mujeres se estrechaban y separaban zapateando briosamente, sin dar la cara, mirando al lado o hacia abajo, con el mismo gesto orgulloso de las bailarinas de cueca. Los marinos de guerra se lucían en este baile con una especial competencia. La pista del Zepelín se cimbraba bajo el zapateo rítmico de las parejas. Terminado el "patudo", la orquesta inició un vals vienés para animar a los marineros nórdicos. El de los libros salió a bailar de tongo y con ellos bajo el brazo. "*Trink, trink, und allein, trink*", cantaban los músicos y el público coreaba con entusiasmo.

Reintegradas las mujeres a sus mesas, Mandujano propuso ir de excursión por las casas del puerto. La Zoila se excusó. Estaba comprometida con un gringo que la iba a venir a buscar al cabaret.

—Ellas componen la noche con muchos retazos —murmuró Galdames.

La Olga Verde insistía en que debían ir todos. Un ratito, no más. El gringo podría esperar. La Zoila guardó un silencio que todos interpretaron como de aceptación. A las cabaretineras les encantaba llegar como clientes a las casas de remoliendas para petardear y presumir delante de sus colegas enclaustradas.

Beltrán, que hacía de tesorero, llamó al Willy y canceló la cuenta.

Al salir a la calle, desvanecía la niebla, y las luces de Playa Ancha se veían más próximas iluminando las casas verdes y rojas de la subida Carampangue. Cruzaron frente al Club Deportivo Panadero. Sección Puerto, competidor del Zepelín. Estaba iluminado con luces de colores y se veía con las escaleras muy concurridas.

Peñafiel quería ir al 69 de Márquez, pero la Zoila no aceptó, porque allí sólo remolían ladrones y playeros.

—Los pescadores dejan las canastas en el pasadizo para subir al salón —insistió la Zoila.

Esto interesó vivamente al poeta Galdames, pero se aceptó la idea de las mujeres. Debían pasar un rato al 15, a Los Ojos Verdes, que había mejorado mucho y donde la docena de cervezas seguía costando cincuenta pesos.

Torcieron por la siniestra calle Márquez y enderezaron, con precauciones y en fila india, por la calle Pascal. Puerta con puerta se sucedían los burdeles baratos. La calle estaba fragante a sahumero, incienso, mirra y hierbas de olor. Las mujeres aparecían sentadas en las escaleras, las puertas de calle abiertas y el infaltable brasero entre las piernas. Desganadas y aburridas, conscientes de su fealdad y miseria, ocultando la cara entre la sombra.

—Oiga, joven. Venga, pues...

—Oiga, pues. A usted le digo... Si no me lo voy a comer...

Llamaron a la puerta de Los Ojos Verdes. Apareció el "campanillero", un palomilla pálido y oficioso, quien informó que el salón estaba lleno, que no los iban a poder atender, que volvieran más rato.

Casarino insistía en entrar. El era conocido de la dueña de la casa.

Queda mucha noche todavía —dijo Mandujano—. Vamos donde Humberto o al Pato Loco.

En ese momento salían algunos clientes, riéndose y pidiendo un taxi. El campanillero abrió la primera mampara y dejó entrar a los amigos. Llegaron a un pasadizo obstaculizado por otra mampara e iluminado por una luz verde, que de pronto se apagó para encenderse una ampolleta roja. Se oía un rumor próximo de risas y música.

El campanillero dio unos golpes discretos y una mujer gorda, con delantal, abrió la segunda mampara. Pasaron por un vestíbulo rectangular con sillones bajos, antiguos. En las paredes se veían mapas estilizados de Air France y una familia real italiana en litografía barata. Al fondo estaba el salón, lleno de gente.

El sistema de luces rojas y verdes y de las mamparas sucesivas, que los marineros habían bautizado con el nombre de "Canal de Panamá", permitía a los dueños de Los Ojos Verdes esconder a las menores y a las clientes de fuera, cuando llegaba la ronda policial de los comisionados.

La encargada, alta y exuberante, se adelantó a saludar, indicando un diván rojo, el único desocupado. Dos espejos grandes, de embajada o academia, con marcos dorados, adornaban el salón. A la entrada estaba la orquesta, integrada por la pianista, el batería y un cantor con pandero.

Maturana reconoció al Lalo, famoso cantor de cuecas en los rodeos de Limache y El Salto. El Lalo vendía pescado por las calles del puerto, siempre vestido con el clásico guardapolvo blanco que usan los viajeros y

los alumnos de las escuelas cristianas. Gordo, moreno, de unos cincuenta años, hablaba como un niño chico. Sus actividades eran surtidas. De día se dedicaba a la fruta y al pescado. De noche cantaba y vendía tortillas y huevos por los burdeles del puerto. Tenía también un saloncito chiquito. De este porte, decía, abriendo un pequeño espacio entre dos dedos. Se llamaba El Rancho Chico, y era atendido por su mujer, tan gorda y aniñada como él, con una cicatriz que le atravesaba la cara en diagonal.

Mientras su mujer atendía El Rancho Chico, el Lalo cantaba en Los Siete Espejos o en Los Ojos Verdes, que eran considerados salones de alguna categoría. Si el negocio andaba mal y los clientes no pedían cuecas, sacaba su canasta con naranjas, tortillas, plátanos y huevos cocidos, que guardaba detrás del piano, y se escapaba disimuladamente a vender sus mercancías por los salones más pobres y populares, como el 69, El Rancho Grande, el Pato Loco, La María Chica, Las Baldosas, el Pato Loco Chico, La María Grande, La Señora de los Perros.

A la media hora, solía volver, para cantar y tamborear el pandero.

Maturana lo había conocido en un rodeo de Lo Alvarado, en Limache. El Lalo cantaba con entusiasmo desafiador, a toda fuerza. Tenía un repertorio inagotable de viejas cuecas chilenas. Había cantado desde Arica a Magallanes. Sabía cuecas huasas, pampinas, mineras, históricos, de a bordo; lo que le pidieran. Su voz no era muy agradable, pero entusiasmaba.

Era curioso el grado de ingenuidad que el Lalo mantenía viviendo en ambiente tan canalla. Igual cosa había observado Maturana en muchas niñas de la mala vida. La ausencia de educación moral las libraba de las amarguras y remordimientos del pecado. Creían que su modo de vivir era algo corriente y normal. Algunas se casaban como si tal cosa, después de haber ejercido por largas temporadas. Para las campesinas, vivir dos o tres años con nombres supuestos en una casa de remolienda era una liberación y un curso de perfeccionamiento y

buenas maneras. Aprendían a bailar, a vestirse, a pintarse, a conversar y a agradar a los hombres. En sus cuartos, se veían las paredes cubiertas por artistas de cine, imágenes de la Virgen, santos de suerte, héroes y Presidentes de la República. A nada renunciaban. Estaban prontas para el amor y el casamiento. Las había alocadas, borrachas, delirantes y sin salvación posible, pero formaban la minoría.

Pidieron una docena de cervezas. Los músicos tocaban una rumba. La Olga Verde sacó a bailar a Casarino, tomándolo de una mano. Beltrán invitó a la Zoila. Mandujano, muy galante de maneras, se levantó a conversar con la encargada de la casa. Peñafiel había desaparecido y Alvaro bebía, en el extremo del sofá, con una rubia teñida, de vestido rosado.

—Quedamos en calidad de mirones —le dijo Maturana al poeta—. Faltan mujeres.

Galdames se mostraba enfurruñado.

Había unas doce mujeres en el salón. Altas, macizas y de vestido largo, acompañadas de un grupo de marineros de la Sud Americana que zarpaban al día siguiente.

Alvaro interrogaba a su rubia.

—Oiga, lindura, ¿y por qué le llaman Los Ojos Verdes a la casa?

—¡Ah!, es que la dueña tenía los ojos verdes y el patrón también, y el hijo también, los mismos ojos.

—¿Y andan por aquí?

—No, hace tiempo que no vienen. Viven en una propiedad muy bonita, en Playa Ancha. Me creo que vendieron esta casa. No es nada de ellos, ahora. Pero no estoy segura, francamente. Yo soy nueva aquí.

Aplaudían las parejas. Hubo un cambio de luces y ahora los músicos tocaban el tango de moda. Alvaro invitó a bailar a su acompañante.

El poeta Galdames había encontrado a un amigo, un fogonero viejo que lo obligaba a beber en su copa. Maturana se aprovechó de la coyuntura para acercarse al Lalo, que se encontraba sentado en el vestíbulo.

—¿Qué hubo, Lalo? ¿Cómo anda la vida?

—¡Bah! Está como está, no más, patrón.

—¿Se sirve un trago?

—Bueno, pues.

—¿Qué será?

—La patrona es la que sabe.

—Un trago para el amigo, entonces. De ese que usted no más sabe, señora.

La regenta trajo una taza grande, con vino tinto, que el Lalo apuró con una sonrisa de disculpa. Maturana le ofreció un cigarrillo y se sentó a su lado.

—¿Y ya no vende pescado en la calle, Lalo?

—Sí, si vendo siempre, pero me voy a quitar de la hediondez. Los tiempos están muy malos.

El Lalo era locuaz y comunicativo. Había que dejarlo hablar solo. A la segunda taza, se largó por su cuenta.

—Dígame, patrón, usted que es ilustrado. ¿Qué se han hecho los porotos mantequilla, que ya no se merecen? ¿Qué fue de los porotos pallares? Ahora sólo se encuentran los porotos colorados, chicos, que sólo sirven para morir a saltos. Nadie come, ahora, lentejas del tiempo... ¿Y las gaviotas? ¿Ah? Qué va a ser de las gaviotas de la caleta El Membrillo, ahora que las tripas de los pescados las venden para hacer hígado de bacalao fulero, en una fábrica de la subida Carampangue. Las pobres gaviotas se alimentan ahora de puras sardinas, cuando llega a haber sardinas. ¿Qué me dice?

Maturana escuchaba, asombrado, las preocupaciones económicas del Lalo, pero éste se calló de pronto. Llegó la tercera taza.

—Oiga, Lalo, ¿y cómo anda el canto?

—Ya ni piden cuecas, señor. Es una desgracia. Yo le he cantado a usted, ¿no es cierto?

—Sí, en algún rodeo.

—Mire, patrón, usted sabe apreciar. Yo he cantado en todo Chile. Donde la Sofía, en Arica, y donde La Pica la Cebolla, en Coquimbo. El primero que llevó la cueca a Puerto Natales fui yo. Se despoblaba el pueblo y el salón repleto. Me pagaban cuarenta pesos diarios y la comida. Pesos de catorce peniques, pues. A nadie

le han pagado así... De joven, estuve cantando en Santiago, en la Casa de Rejas, de la calle San Pablo. Tenía rejas de verdad y las mujeres eran carcelarias. Podían salir después de cumplir el año. Se les daba de todo en la casa, desde el jabón para arriba. Los médicos las iban a ver a domicilio. ¡Esas eran mujeres! Las de ahora parecen jilgueros. La Georgina, me acuerdo, volteaba a los rotos más firmes de un solo puñete... Mi padre era administrador de El Pan de la Gente, una panadería que había en Bellavista, de un señor Marticorena... Somos de Santiago, nosotros, nacimos en Bellavista... La vieja, mi madre, cantaba, pero sólo en su casa. Nos enseñó a "segundear", desde chicos, a mí y al Siete Pelos, mi hermano mayor... Yo descubrí la Isla de los Cisnes en el sur. Fui de los primeros y le hice un abrigo de plumas de cisne a mi mujer... En Tacna fabriqué jabón con naftalina, glicerina y parafina. Esa era toda la gracia... Mi señora pescó las fiebres tercianas, en Tacna. Yo se las curé con chufly. Se corrió la voz entre los cholos y yo les curaba la fiebre, por cinco soles, con chufly... En Puerto Natales conocí a un rufián, pero rufián, pues, que les cobraba las fichas a las mujeres. Le compraba a una un lujo, a otra la mandaba a una casa nueva... La chilena no aguanta rufianes. Tiene que quererlos, y si los quiere, pelea también. Dicen que no las dejan ganar... Les canté a los presos chilenos en Ushuaia, pa'l lado de Argentina. Hay que ver que se pusieron contentos... Pobre gallada...

Una pequeña interrupción, la venta de una tortilla o el cambio de luces hacía que el Lalo saltara de un tema a otro.

—También fui leonero del circo "Nelson", pero el oficio era muy sucio y mal pagado. Plebiscitario en Arica, también. Me contrataron para cantar, como matón y con derecho a voto. Llevaron la flor de la canela de los matones de Santiago. La capital se quedó sin guapos. Me pagaban seiscientos pesos como plebiscitario y veinte pesos diarios por aprender a leer. Yo iba de noche a la escuela. Nos hacían bromas en el pueblo. Unos hombres grandes, viejos algunos, en la escuela. Las

bancas nos quedaban chicas. Sabía firmar con tiza, pero con tinta me costaba mucho... El tuerto Cristi era el jefe de la banda. Ladrón reconocido y lo nombraron jefe de la Aduana en Arica. Ladrón, ¿qué podría controlar? Nos robábamos las pieles por docenas. En el Alto de Ramírez peleábamos con los cholos...

—¿No ha ido más a los rodeos, Lalo?

—Sí. Ahora, hace poco, fui a pasear a Maipú, pero por mi cuenta. No iba contratado, ni me interesaba. No le hablé a ninguno. Ni los miré, y los conocía a todos... Al maricón Goyo, que estaba en la ramada de los vequinos, al Rucio Enrique y al Negro César, que cantaban al lado. Me vino a saludar un batería y me llevó a su casa y me presentó a su señora y a su abuelita... Le dije: mire, yo me doy cuenta... Usted sabe tratar a la gente. Yo no quiero darme a conocer como cantor. Volví con él a la ramada y canté como nunca. Dejé roncós al pianista y a la tañedora en el primer día. Al día siguiente me pasé para la fonda de al lado. Me andaban buscando de todas las ramadas para que les fuera a animar el negocio. Pero yo no quise. Para que aprendieran...

Los vaporinos se habían puesto contentos y pedían cuecas. La animación era general. Los amigos concluían la segunda docena de cervezas. La Zoila se había ido al cabaret a recuperar a su gringo.

Las mujeres acompañaban con las manos los primeros compases del baile nacional. Sin embargo, ninguna pareja se levantaba y Maturana temió, por un momento, que los músicos volvieran a las rumbas y los tangos.

Por fin se levantó la Olga Verde y obligó a Mandujano a acompañarla. Cuatro o cinco parejas alistarón de inmediato los pañuelos.

El Lalo atacó como de costumbre, con un entusiasmo total y contagioso. Conservaba la voz antigua, un poco ruda, de los rodeos rurales y los dieciochos de sep-

tiembre, en Playa Ancha. Inició el canto con versos alusivos a los marinos.

*Mañana, mañana me voy p'al norte,
¡ay! por la noche,
acaba, a caballo en un palito
por la mañana.*

*Y que di, y que digan los nortinos,
¡ay! por la noche,
qué caba, qué caballo tan bonito
por la mañana.*

A la segunda quarteta entraron el batería y la pianista, mirando de reojo al Lalo:

*Para Iquique me fuera
de buenas ganas,
¡ay! por la noche,
si encontrara una negra
que me llevara
por la mañana.
Yo de amores me muero,
soy marinero,
¡ay! por la noche...*

Un tanto licoreado, Mandujano requería a su pareja con aire desafiador y épico, zapateando belicosamente. La Olga Verde, muy indiferente, apenas si reparaba en su compañero y bailaba llena de gracia, con los ojos bajos o mirándose en los espejos. Los vaporinos se movían con tanta elegancia como las niñas de la casa. Ellas levantaban un tanto la falda y bailaban como ausentes, los pañuelos muy altos, en un borneo regular por encima de las cabezas, como palomas que emprenden el vuelo. Los pasos, cortos, laterales, elegantes. Con un aire de solicitud energética y seria, los vaporinos no les perdían mirada, acortando las distancias.

En la vuelta final, la hembra ya aceptaba a su bai-

larín y éste, ligeramente agresivo, se encorvaba zapa-
teando rítmicamente en señal de dominio.

*Vamos, niñas, a tomar
a la subida del Barón,
para que nos toque el piano
el jovencito Lindor.*

*Un curcuncho bailando
dijo: —Señores,
tóquenme una cuequita,
que me enamore,
que me enamore, ay sí,
póngale, menta,
y llegando a veinte pesos
pase la cuenta.
Que yo por treinta pesos,
yo me enderezo.*

Maturana era un aficionado incansable del baile nacional. Podía estar semanas oyendo a los cantores y apreciando la fuerza y contención de los bailarines.

Terminaron las tres cuecas obligadas y llegaron las corridas de vino arreglado, maltas y alojas. Los amigos felicitaban a Mandujano que, congestionado y sudoroso, se arreglaba la corbata y el cabello. La Olga Verde seguía despectiva y ausente, con la cueca viva en la cara.

Ya el Lalo repiqueteaba de nuevo el pandero. Un vaporino se acercó con frases respetuosas y, previa la aceptación de Casarino, sacó a bailar a la Olga. Otros vaporinos se acercaban con obsequiosidad peligrosa. Se vieron obligados a aceptar un trago. Beltrán pidió dos jarras de vino por su cuenta, para retribuir el gesto.

Rompió ahora el batería, hombre delgado, escrofuloso, con la nariz roja como un clavel:

*Mi vidá, soy el due,
soy el dueño del Barón,
negritá, porque,
porque soy un caballero.*

*Mi vidá, me subo,
me subó por Larrain,
negritá, me bajó,
me bajó por Los Lecheros...*

Maturana se dio cuenta del mareo general de sus amigos. Veía, como en un sueño, repetirse a los bailarines en los espejos, mientras el taconeo cimbraba el piso y hacía vibrar las botellas y vasos sobre las mesas de arrimo.

La fiesta se mantenía en la etapa amistosa, pero el vaporino que bailaba con la Olga llevaba rumbo de pasarse. Un contramaestre había congeniado con Galdames y lo hacía beber tupido, sin perdonarle corrida. De un momento a otro podía producirse la gresca.

Mandujano se levantó a saludar a unos jóvenes recién llegados, de buena presencia. Eran tercerinos, bomberos de la Tercera Compañía. Entre ellos venía un colorín de origen inglés, famoso entre los vividores. Heredero de una espléndida casa, regiamente amoblada, se había bebido el comedor, después el salón, y uno a uno, los dormitorios, hasta verse obligado a dormir en la Bomba. Mandujano presentó a los bomberos, y los vaporinos se replegaron discretamente. La Olga Verde fue devuelta a Casarino con toda parsimonia.

La pianista iniciaba un pie de cueca, con entonación dolorida y sensual, alargando las sílabas finales:

*Mi vida, Rosa me
puso mi madre, ¡ay, Rosa!,
mi vidá para ser
tan desgraciada,
mi vidá, porque no hay
rosa en el mundo, ¡ay Rosa!,
mi vidá, que no se,
que no sea deshojada,
Mi vida, Rosa me
puso mi madre.*

Las niñas del salón que habían sido huasas bailaban aperradas, con los mechones sueltos.

*Rosa Amelia, me llaman
los marineros, ¡ay Rosa!,
y otra vez que me llamen
me voy con ellos...*

Mandujano parecía atornillado en mitad del salón, saludando a medio mundo. Llegaron más bomberos y unos jugadores de básquetbol.

*Viva Chi, viva Chile, viva Chile,
caramba la boliviana,
viva la Escuadra Chilena,
viva el "Al",
viva el "Almirante Goñi",
caramba la boliviana,
que viene mares afuera.*

.....

A Alvaro le pareció oportuno emprender la retirada. Mandujano no quería irse y Galdames insistía, con alguna razón, que en ninguna parte iban a encontrar la fiesta tan en su punto.

Surgió inesperadamente Peñafiel en medio del salón. Venía del segundo piso, algo despeinado, con manchas de rouge en el cuello de la camisa, y limpiándose los labios con un pañuelo.

Maturana expresó sus temores. Primero los bomberos, luego los deportistas. En cualquier momento llegaban alumnos del Liceo. Casarino se impuso a la Olga. Su padre era director de la Bomba Italia y no le convenía quedarse. Después le llevaban el cuento.

Se pagaron los tragos y, cuando el Lalo hacía zumbear nuevamente la pandereta, fueron desfilando, de a uno, hacia las mamparas. Afuera, las luces rojas del "París de Noche" y el fresco de la madrugada los despabilaron un tanto. La pareja de carabineros pasaba y repasaba los cincuenta metros de la calle Pascal.

Peñafiel se mostraba desolado. Había perdido el ascensor y sus hermanas no lo iban a hablar en un mes.

—Para cuatro días nublados que vamos a vivir —comentó Beltrán, tratando de consolar a su amigo—. Te subes en el primer ascensor de la mañana y después dices que estuviste en un velorio. Que se murió cualquiera de nosotros...

La Olga Verde quería comer pescado frito. La idea fue aceptada y cruzaron al frente, hacia la terrible subida Cuarta del cerro Santo Domingo. En el Restaurant Tropezón, una señora gorda, morena, con poncho de castilla y gruesos cabellos lacios, chamuscados por el fuego de la cocina, les arregló una mesa. En el otro extremo del local, apenas iluminado, bebían cerveza cuatro muchachos, con delgadas caras de maleantes hambreados. Serios, silenciosos y escrutadores, no les perdían gestos ni palabras. El poeta Galdames no se conformaba.

—¿Dónde vamos a encontrar una fiesta tan bien armada como al frente? Pero siempre es la misma. En lo mejor hay que irse porque llegan los bomberos, o llegan los estudiantes, o llegan los peloteros, o llegan los regidores y a alguien lo pueden ver.

A la Olga Verde, semiborracha, le había dado por reclamar de la cocinería. Todo lo encontraba sucio y picante. Hubo que cambiarle el plato y buscarle un tenedor que no fuera amarillo. Luego exigió vino tinto, en taza. Se cumplieron sus deseos, aunque la dueña no tenía permiso para vender licor.

Casarino quería devolver su amiga al cabaret, pero la Olga no tenía la menor intención de abandonar la partida. Galdames argumentó que ella, como Olga Verde, debía ser leal con su color, y terminó invitándola a regresar solos a Los Ojos Verdes, por su cuenta. La Olga no se dignó ni mirarlo.

—Podríamos rematar donde el rucio Piltrilla, en Los Siete Espejos —propuso Beltrán.

—Donde el maricón Humberto, mejor —dijo Casarino—. Ahí me conocen.

—Gran idea —aprobó Mandujano.

Al salir, la Olga tropezó y cayó de bruces. Los amigos trataron de levantarla. Se había roto una media y se puso a llorar, sentada en el suelo, de espaldas al muro. Manifestó sus deseos de terminar la noche en la calle, botada, llorando y con los amigos alrededor. Se le hicieron todos los cariños imaginables, pero ella no se movía. Casarino se puso pálido. La conducta de la Olga era un insulto a su cartel de guapo.

—Levántate, María —dijo con voz fría y colérica.

La revelación de este nombre hizo que los amigos se miraran silenciosamente y risueños. El Tito se agachó.

—Levántate, María, que van a llegar los pacos.

—No me levanto, ni me levanto.

—¿Ah? ¿No te levantas?...

Le dio un violento cachuchazo y tomándola por los cabellos la levantó de un tirón imponente. En la puerta del negocio se arremolinaban la señora gorda y los cuatro pálidos palomillas. La Olga defraudó, ya no lloraba. Haciendo pequeños pucheros se arregló la falda, el peinado y se colgó del brazo de su amante, como si tal cosa. Peñafiel, solícito, le recogía los pinches que caían al suelo.

—¡En marcha los valientes! —gritó Mandujano, subiendo por la calle Almirante Riveros, tan siniestra y mucho más pecadora que la de Pascal.

Dieron las tres de la mañana. La calle se mostraba silenciosa. Se oía música lejana, asordada. Los salones de Almirante Riveros estaban muy al interior, protegidos de la policía por callejones y puertas falsas.

Donde Humberto, el campanillero obstruía la puerta.

—Sí, claro, está repleto —le dijo Beltrán, deslizando un billete.

Atravesaron un patio muy helado, que era algo así como el refrigerador de los borrachos. El salón de Humberto era más pobre, pero también más pintoresco que el de Los Ojos Verdes. Dominaba el rojo en las paredes y en los sillones antiguos, de peluche gastado. La or-

questa estaba sobre una tarima. Se componía de la cantora, que era a la vez pianista, un batería con visera verde de jugador de tenis y un guitarrista.

La cantora, vieja y muy morena, estaba de espaldas a la pista de baile, mirándose en el infaltable espejo colgado sobre el piano. No faltaban los espejos dorados de cuerpo entero, de los que adornaron antiguos salones de grandes familias y que los lenocinios populares se empeñan en perpetuar.

Todos esos escondrijos del puerto poseían auténtico perfil marinero. Los corredores estrechos y las ventanillas discretas simulando ojos de buey contribuían a producir el efecto. También el salón recordaba, en uno que otro detalle, las salas de conversación de los vapores de la Compañía Sud Americana.

Las niñas de la casa, altas, macizas, de ojos violentos, se esmeraban en atender a un número desproporcionado y heterogéneo de maleantes, vaporinos y soldados del regimiento Maipo.

Le consiguieron una silla a la Olga Verde, que había renacido y miraba a su alrededor, sin ver a nadie, con su renovado gesto de princesa ofendida. Se acercaron al mesón y Mandujano hizo el pedido. Una docena de maltas y alojas sin vasos. Convenía beber directamente, por higiene.

Dos invertidos despachaban las bebidas. Uno, bajito, de abundante pelo crespo, con los rasgos afeminados por la pintura, calzaba zapatillas de baile y obedecía al nombre de Enriqueta. Su compañero, al que llamaban "La Lora", tenía aire de pájaro y era tan repelente como el anterior. Se desocupó, a medias, un sofá y los amigos se dispersaron.

Maturana acompañó a Galdames a la cantina. Bebían frente a un espejo, sin ganas, y sólo por cumplir el consumo.

—Mira a esa mujer —dijo el poeta, señalando el espejo—. Es un Renoir.

Maturana tardó en saber a cuál se refería.

—¿La conoces?

—Un poco. Se llama Teresa, Teresa Lillo.

La hicieron llamar. Era hermosa, en verdad. Vestía un traje amarillo, de baile. Alta, pechuda y bien formada. Los ojos verdes, achinados y completamente animales, para reír o llorar sin rastros de reflexión. La frente estrecha, baja, y el cabello abundante. Era un floripondio joven de los bajos fondos, con algo muy femenino entre arrumaco y bofetada. La voz suelta y ronca, voz de niña traviesa, consentida.

—¿Qué hubo, m'hijita? Le presento a un amigo —dijo el poeta.

La Renoir pidió un trago corto, y al final se decidió, amistosa y condescendiente, por la cerveza. Era de Peñaflores, pero criada en Quillota. Hablaba en una forma desganada, de palomilla, usando giros desconocidos. Se pasó a chimbiroca, porque no le gustaban los huasos, muy brutos y abusadores. Había sido modelo de pintura en Viña, y se sentía a gusto con los pintores, pero eran tan pobres...

—Así son los artistas —reía—. Todo lo preguntan, todo lo preguntan. Y yo, la tonta, todo les cuento. —Con el rabillo del ojo no dejaba de mirar hacia un rincón, donde su ausencia se hacía dificultosa.

—Con permiso, mis caballeros. Tengo que atender a unos amigos.

Galdames intentó detenerla, pero la Teresa se escabulló, muy amable, recuperando una mano que el poeta mantenía entre las suyas.

—¿Qué te parece, poeta! Hasta las mujeres de la vida se nos arrancan —comentó, irónico, Maturana.

—Es la literatura —gruñó Galdames, mortificado—. La maldita literatura que hace huir, a perderse, a las mujeres. Prefieren a los imbéciles y bailarines. Algo que ellas puedan manejar con las puras caderas. Que se puedan comer como el ratón al queso...

Maturana empezaba a sentir el efecto de los alcoholes mezclados, bebidos aquella noche. Por segundos no oía la orquesta, y después, sólo percibía como si se abriera una puerta, el ruido de los vasos y el suave zapateo de las mujeres, rojas, verdes, amarillas, que son

los brazos muy en alto, en un remolino de pañuelos, pasaban mirándose infatigablemente en los espejos. Dominaba la cueca sin contrapeso.

*Una noche sola y triste,
en casa de una chusquiza,
llegó Amable Quiroga
y me llevó a la pesquisa.
La pobre chusquicita
por mí lloraba,
de ver que el "Vivo el Ojo",
me flagelaba.
Me flagelaba, ay sí,
cárcel tan fría,
donde mueren los reos
de pulmonía.*

Galdames tenía una borrachera recordatoria. Maturana lo escuchaba como en sueños.

—...Y aquellas mujeres... En la Pensión Wilson, donde el judío Steinman y donde La Japón había niñas de doble ancho y nada de grasa. Mujeres bien torneadas y aprensadas. Las salían a buscar por el campo. Verdaderas hembras de la patria. Le hacían de comer a uno, al día siguiente, y le pegaban los botones... La vida era menos interesada que ahora. Al hombre se le encontraba el mérito por el oficio y no tanto por lo que gastaba. Al militar se le quería por militar; al poeta, por ser poeta. De cualquier forma le encontraban el mérito, en la vida buena y en la vida mala... Si uno caía enfermo, lo cuidaban las monjitas y además querían salvarlo del infierno...

Maturana no podía contener la risa. El poeta, con un mechón de pelo sobre la cara olivácea y la corbata en desorden, seguía impertérrito:

—Ahora se ven concentraciones en las que los enfermeros gritan a coro:

"—¿Qué quieren los hospitalarios?

"—¡Aumento de salario!

"—¿Qué parece canción?

"—¡La gratificación!

"—¿A quién se le acabó la paciencia?

"—¡A los empleados de beneficencia!

"—¿Quiénes trabajan con inquietud?

"—¡Los cuidadores de la salud!

—Claro, tú quieres que los hospitalarios se mueran de hambre. Estás completamente borracho, poeta.

Maturana se reía con tantas ganas, que acabó por contagiár a Galdames.

*De los cuatro juzgados
que hay en Santiago,
me gusta el juez Cañitas
con Santapau*

.....
*Yo te paso p'al frente,
Carlos Lafuente.*

Beltrán se las barajaba danzando y bebiendo con dos ninfas. Mandujano, en su línea protocolar, bailaba con la encargada del salón una cueca de futre, llena de reverencias:

*Dices que no me quieres
porque no tengo calzones,
y yo me los voy a hacer
de cuerecito de ratones.*

*Dices que no me quieres
porque no tengo
los calzones cosidos
con hilo negro,
con hilo negro, ¡ay sí!*

.....
El poeta fue disminuyendo el tono de sus confidencias hasta quedarse semidormido.

Ahora se reían todos, sobresaliendo la carcajada de Alvaro. La Olga, con la mona viva, abrazaba a uno

de los invertidos y le alisaba el pelo, manifestando en alta voz sus deseos de regenerarlo.

—Tan bonito, tan blanquito... Yo lo voy a ayudar, m'hijito. Le voy a comprar ternito y zapatito, y vamos a tener amistad. Y vai a ser mi amor, ¿no es cierto? No le va a pesar, m'hijito...

El jovencito, algo enternecido, trataba de zafarse discretamente de los abrazos de la mujer. Abochornado, Casarino tiraba de una manga a su amante.

—¡Déjame, mierda! —gritaba la Olga pasando de la ternura a la rabia desatada.

A una señal del dueño de casa, el joven maricón logró librarse de los agarrones y caricias de la inesperada protectora. El tamboreo de otra cueca apagó los comentarios:

*En la Plaza Victoria
hallaron un picaflor,
y del pecho le sacaron
la bandera tricolor.*

*La Plaza de la Victoria,
la Plaza Echaurren,
la caleta del Membrillo,
el puente de Jaime.*

.....

—Si es lo que pasa —comentó Galdames, despabiándose—. Todo Chile anda con el cuerpo malo. Es la borrachera del soldado victorioso. El pueblo se ha acostumbrado a celebrarse desde la Guerra del Pacífico... La civilización, el mecanismo futuro no modificará a Chile en lo esencial. Se trata de que en el próximo siglo las casas de remolienda van a estar en grandes aeroplanos a diez mil metros de altura, con arpa, guitarra y piano...

Ya la aventura del sábado podía llegar a su término. La noche había sido pródiga en situaciones variadas y sin mayores perjuicios físicos. Peñafiel trataba de convencer a Alvaro de los inconvenientes de un domingo con el cuerpo malo. El estado de la Olga Verde los

podía embarcar en graves incidentes. Pero era la ley que la retirada habría de ser poco menos que impuesta.

Algo le sucedía a Beltrán. Estaba pálido, sonriente, y daba explicaciones a una mujer joven, vestida de negro, en la que nadie había reparado. La mujer mostraba un interés especial en que todos se callaran y se fueran. Junto a ella una señora de edad increpaba con violencia a Beltrán:

—Roto desgraciado, que no sabe distinguir...

—Pero, señora, dése cuenta de la situación. Yo no he querido ofenderla. Usted comprende, aquí en el salón, todos somos y no somos...

A medida que Beltrán se achicaba, la señora cobraba nuevos bríos:

—Usted creerá que no lo conozco, pero se equivoca. Lo conozco a usted, y a su familia... Y no se crea que porque soy pobre...

—Pero si yo no creo nada, señora. Perdóneme. He cometido una equivocación muy explicable nada más.

Se había suspendido la cueca y los bailarines se acercaban. Beltrán, con gran prudencia, no quería que sus amigos intervinieran. Por suerte, algunos marineros, soldados y palomillas que estaban en el salón tomaron su partido.

—¡Para qué vienen a meterse, entonces!

Humberto intervino, conciliador. Llevó a Beltrán y sus amigos a otra pieza. A una pregunta de Peñafiel, que se aprestaba a pelear con cualquiera, explicó:

—Yo les ruego que no sigamos el asunto, por favor. La madre y la hija son clientas como cualquiera de ustedes. Claro que el señor no ha tenido la culpa. Pero por el traje podía haberse dado cuenta. Todas mis niñas están vestidas con traje largo y de color... Yo no hallo cómo decirles a estas "particulares" que no vengan. Esta pareja, madre e hija, llegan con un comerciante del mercado que le hace empeño a la joven. La madre tiene una cantina y le encanta el ambiente. Dice que en el teatro se queda dormida. Por suerte hoy vinieron solas, pero el gallo va a venir a recogerlas de un momento a otro y es tieso de mechas y bueno para la navaja. Como

ustedes son caballeros conscientes, creo que es mejor que se vayan. Si quieren quedarse, están en su derecho, y yo no me opongo. Pero puede pasar más de algo y no me hago responsable.

—Tiene toda la razón Humberto —dijo Mandujano. Y enfrentándose con Beltrán, le preguntó con el aire solemne de un oficial de guardia—: Bueno, y qué le dijo usted, señor, a la “particular”...

—Nada, pues, hombre, ¿qué le iba a decir? Me gustó y...

Volvieron al salón para carcelar los gastos. Casarino algo amoscado, vigilaba a su dama. Se reinició el baile una vez más, y con mil precauciones la Olga se dignó cruzar el salón hacia la calle.

—Si no nos apuramos —les había advertido Casarino— cierran el Zepelín y nos quedamos con ella.

La Olga Verde iba derechita. Siempre se portaba bien en los intervalos, para que no la abandonaran. La calle estaba solitaria, pero por suerte las luces se mantenían encendidas. Mandujano se veía radiante. La remolienda, en lugar de disminuirlo, lo vigorizaba.

—Yo no quiero volver al Zepelín —dijo la Olga con aire plañidero—. Me quieren dejar los niños, ¿ah? Primero se lucen con una y después la botan.

Con la discusión le volvían la borrachera y las lágrimas.

—No, m'hijita —dijo Mandujano—. Vamos a ir a tomar fuerzas al Zepelín, y de ahí, todos juntos, la seguimos.

La Olga no se convencía. Torcieron por Pascal y llegaron a Márquez. Frente a las casas de remolienda había grupos discutiendo con los campanilleros. Los locales estaban llenos y no aguantaban más gente. Pero, en definitiva, las puertas cedían. Ibanse dos y entraban cinco.

Llegaron a la puerta del cabaret y dejaron actuar a Casarino. Se entendieron con una mirada. La Olga iba adelante, como mascarón de proa. La empujaron con alguna fuerza. La puerta de vaivén se cerró tras de la ninfa y los amigos corrieron hasta la esquina. To-

maron aliento y, comentando la indignación de la Olga al verse abandonada, se encaminaron a la Plaza Echaurren.

La fuente de soda no había cerrado todavía. El Tito, fiel a sus prácticas higiénicas, pidió un vaso de leche. El resto de los amigos se decidió por el café. Dos borrachos hacían declaraciones de amor a la cigarrera que los amenazaba, furiosa, con llamar a los pacos. Había caras pálidas, con la ceniza de la vigilia alternando con los rostros enérgicos y recién lavados de los cargadores y empleados del mercado vecino que en aquel momento desayunaban.

Bebieron en silencio y apresuradamente. Una góndola verde, del recorrido Colón, la última de la noche, tocaba la bocina. Corrieron. El autobús estaba repleto. Se oían comentarios hípicos y futbolísticos. Un viejo bastante bebido trataba de generalizar la conversación.

—Quién ganará, ¿ah? ¿Wanderers o Viña?

—Juega Torito, jefe.

Arrancó la góndola entre risas y reclamaciones. Los borrachos se cargaban a un lado y otro, sin poder sujetarse. El viejo deportista daba explicaciones y seguía intentando el diálogo.

—Aquí donde me ven he sido pampino y he jugado en las mejores canchas del norte. Santiago le ha robado los mejores jugadores a la pampa, porque nos tienen envidia, y a correr, ¿quién me la gana?

—La góndola, abuelo, la góndola.

Una pareja que había logrado asiento se besaba y abrazaba con el mayor descaro.

—Oiga, mi perrita choca...

—Sí, m'hijito lindo...

—¡Aguántese un poco, pues, que ya vamos a llegar! —comentó alguien, entre risas generales, pero los enamorados seguían como si tal cosa.

—Abranles cancha y pásenles una frazada a estos niños para que no se resfrién.

Peñafiel había logrado sentarse y ahora roncaba, con pequeños silbidos, sobre el hombro de una anciana

imperturbable que llevaba la cabeza levantada, con una expresión de notable dignidad.

Mandujano propuso, seriamente, no despertarlo, y que diera vueltas hasta la hora de misa. Galdames rechazó indignado la idea de su socio. Podían robarle a Peñafiel, y eso no era de amigos.

Dando tumbos en las curvas, como cualquier borracho, la góndola trepidaba por las calles vacías, solitarias y húmedas, rumbo al Almendral. Atravesaron la calle Prat, con la mole gris y oscura de los Bancos. En la Plazuela Aníbal Pinto, frente a la Fuente de Neptuno, subieron todavía algunos trasnochadores que vomitaba el bar "Cinzano".

Apareció la Plaza Victoria, sin luces, con su aire misterioso y romántico. El cobrador y Galdames ayudaron a bajar a algunos borrachos que eran de los cerros vecinos.

—Este poeta es el verdadero bombero de los curados —dijo Alvaro.

La góndola, como contagiada con sus pasajeros, demoró algunos momentos en reanudar su marcha.

En la Avenida Francia quedó libre de casi la mitad de sus ocupantes. Los amigos pudieron sentarse y ponerse de acuerdo.

Alvaro manifestó deseos de abandonar la partida. Ya era suficiente. El grupo, a excepción de Mandujano y Casarino, se veía deshecho por el sueño y la bebida, pero, como siempre, todos querían demostrar una resistencia sin límites. El Tito invitaba al penúltimo trago, el del estribo, en el cabaret Royal.

—Bueno, bueno —cortó Alvaro—. Bajemos, pero quedamos desde ahora despedidos a la francesa. El que se aburra se las empluma.

Despertaron con violencia a Peñafiel, que seguía roncando en el hombro de la veterana, y descendieron en la Plaza O'Higgins. La noche iba abandonando el cielo. Entraron a una venta de sopaipillas y picarones a comprar cigarrillos. Casarino se lavó la cara, peinándose con todo cuidado. Todos siguieron su ejemplo, y ya se les veía, otra vez, reanimados y dispuestos.

El Tito insistió en la asomadita al Royal. De entrada y salida, no más. Nadie tenía ya muchas fuerzas para negarse. Sujetaron a Peñafiel, que no lograba despertarse del todo y bajaron al subterráneo del Royal. El local estaba ya medio vacío, y la atmósfera, verde de humo. En los rincones los mozos iban parando las mesas. Un muchacho barría las colillas y corchos con disimulo.

Mandujano se acercó al mesón para saludar al Puma, propietario del bailongo. Ancho y fuerte, con los ojos atigrados y el pelo entrecano, el Puma gozaba de grandes simpatías en el Almendral. Tenía los mismos gustos y preferencias de sus clientes. Se enamoraba de las cabaretineras y frecuentadoras. Salía a bailar a la pista como cualquier parroquiano. En son de broma, decían sus amigos, que de tanto gustarle la vida del cabaret, se había comprado uno. El negocio le ocasionaba pérdidas, según los entendidos, pero el Puma se resarcía. Era también timbero y tenía la concesión del juego en un club político.

Casarino se había acercado a una mesa donde se encontraban los músicos y algunas mujeres despeinadas. Con los sombreros en la mano, los amigos se sentían incómodos. En general no les gustaba el ambiente del Royal. El establecimiento era alegre y lujoso, cabaret de primera clase. Las mujeres eran hermosas y buena la orquesta del Negro Carmelo, pero se respiraba ese ambiente fatal, pesado y falso del vicio con pretensiones de vida social, para solaz de jovencitos calaveras de la clase media. Dominaba un grupo de bomberos y horteras elegantes.

El Tito quedó abandonado a su suerte. Subieron a la calle, defendiéndose de los vendedores de chocolates y maní que impedían la salida. Ahora Mandujano quería asomarse al Trocadero y de ahí pasar al Checo. Ver asomarse el sol en el Checo era el broche de oro de toda reunión sabatina. La idea de ir al Trocadero fue rechazada por unanimidad; era un cabaret gemelo del Royal y debían estar cerrando. No valía la pena. Saltaron sobre un vago que dormía en el suelo. Galdames hizo cuestión de dejarle cinco pesos, y un cigarrillo en la boca.

Del Trocadero salían parejas muy amarteladas llamando a los choferes. Oyeron gritos detrás. Era el Tito, que cruzaba la calle corriendo y protestando de que lo hubieran abandonado. Traía la cara manchada de rouge.

—Este italiano ha pedido que lo besen para darse tono —comentó Galdames.

En el balcón de La Tamara había dos mujeres escandalizando con un hombre que las insultaba desde la calle, en son de broma.

El Checo tenía la cortina metálica corrida, a media altura. Era una de las tretas de su dueño, don Rosendo, para atraer más público. El local había sido cabaret y restaurante muchas veces y siempre había quebrado. Bajo la mano experta y ruda de su actual dueño, ex contraamaestre de la marina, el negocio iba viento en popa. Don Rosendo, agresivo y bien plantado, imponía a la clientela y la servidumbre el "estilo de a bordo". El que se desmandaba o pretendía hacer "un perro muerto", tomaba contacto inmediato con sus puños. Su señora, una robusta huasa limachina, era una excelente e infatigable cocinera.

El comedor se mostraba repleto e irrespirable con el humo mezclado de los cigarrillos y la cocina, que achicaba los ojos. Dominaba un espeso olor a vino y a carne asada. El Checo recibía el sobrante de la noche porteña. Allí llegaban los resistentes que a las cuatro o cinco de la mañana no se encontraban en forma para abandonarse al sueño. Sobre el teléfono, en un marco, había una lista para los olvidadizos.

Chabela - 5879
Julia Ovalle - 6394 (4987)
Paquita - 6332
Mercedes Lorca - 4902

Madame René - 6568
Blanca Wilson - 3299
Marina López - 3073
Clara López - 6942

Al Checo llegaban, como a un refugio, las pobres mujeres de la vida a comer cazuela de ave que preparaba, primorosamente, doña María del Carmen, la mujer del ex marino. Era también una especie de feria de feriantes. Los más fieros culebrones de la Avenida Pe-

dro Montt hacían acto de presencia. Confraternizaban dueños de restaurantes, cabarets y salas de billares; croupiers, dueños de "guaripauchos" y preparadores de caballos.

El grupo más característico lo formaban los amigos profesionales de las asiladas en los lenocinios de lujo de las calles San Ignacio, Olivar y Chacabuco. Esperaban hasta la madrugada, muy serios y compuestos, jugando al crap y al casino, o comentando las peleas de box y los partidos de fútbol, hasta que sus respectivas nin-fas aparecieran. Ellas huían por momentos de los salones atiborrados de clientela, para acudir al llamado y dar las últimas noticias, a media voz.

—Estoy "quedada"... Me van a dar doscientos pesos... Espérame un pichintún, m'hijito. En media hora más vuelvo, y pídamme una cazuela... Nos llevan a mí y a la Hilda Nueva a remoler a Las Zorras. Trescientos pesos y todo pagado...

Los rufianes oían ausentes y con aire superior, ensimismados, seguros. Rostros jóvenes y violentos. Camisas de lujo, gomina, vivas corbatas de seda. Manos muy cuidadas que recibían, con disimulo, parte de las ganancias de la noche. Socios del "momenteo" que hacía desaparecer a sus amores o amigas en las alcobas elegantes, estilo mueblería judía. Había, entre ellos, choferes, boxeadores, futbolistas, músicos, y uno que otro apuesto padre de familia en busca de cómodo sobresuelo.

Pero un ojo avezado lograba distinguir, también, el sector de los aficionados y amorcitos. Horteras, oficinistas, bomberos y empleados de banco que, imposibilitados para pagar una amante de lujo, esperaban a sus amigas socializadas en las casas de cartel. Sentían desprecio y alguna envidia por los cafiches. Las peleas eran continuas. Las hetairas más jóvenes los preferían, pero con el tiempo eran dominadas por la protección más segura y la variedad de recursos de los profesionales. Estos dominaban el ambiente y a él pertenecían. Los jovencitos paseantes de la Plaza Victoria terminaban de novios con niñas de familia.

Se decidieron por dos botellas de vino y churrascos calientes. Casarino fue solicitado de varias mesas, pero se hacía de rogar.

—Ahora podías demostrar tu poder y traerte un par de chiquillas —le insinuó Peñafiel.

El Tito sonreía sin contestar. El, en verdad, no las pagaba con dinero, pero tenía la vaga conciencia de que en medias, rouge y comidas le salían más caras.

Saludaron a Victoriano Legarza, que en una mesa atendía a tres mujeres, una de ellas muy gorda. El vasco estaba acompañado por Paquito, un español chico y rubio que había llegado a Chile como corista de zarzuela y ahora regentaba los billares de la Academia.

Victoriano se dejaba explotar por La Monumento, La Pintora y La Tamara. Les pagaba la cena, cada vez que aparecía por el Checo.

La Monumento era muy fuerte y aindiada, con resto de belleza en la nariz y en los ojos bravíos. La Pintora, muy bonita pero poco resistente, hacía versos muy malos, tristes, sin rima, y se pasaba las horas muertas esbozando caricaturas de los frecuentadores de la casa de cena.

La Tamara, dueña de una casa de remolienda de mucho movimiento, había sido amante de un curioso malagueño muy pecoso, de pelo encendido y malas pulgas. El malagueño, un tal Galloso, era vendedor viajero de calzado, y cada vez que le tocaba pasar por Valparaíso se iba a vivir al prostíbulo de su amiga. Resultó tan buen cabrón como vendedor de zapatos. Ponía orden y respeto en la casa. Había muerto muy joven, de bronconeumonía, y la inconsolable Tamara quería reemplazarlo con Legarza, pero el vasco resistía.

Victoriano llegaba al Checo por motivos simples. Como todo dueño de bar, también quería ser cliente y que lo sirvieran, después de haber atendido durante la noche a cientos de personas.

Paquito era peor sujeto. Siempre fumaba puros y se mostraba muy atildado. Su pasión era abusar, a las cuatro o cinco de la mañana, cuando cerraba la Academia, de pobres chiquillas de catorce o quince años, de

las que venden tortillas o flores por los restaurantes y cabarets.

Allí quedaban las canastas sobre una mesa de billar, y en otra, cubierto el tapete verde con hojas de diarios, Paquito estropeaba a las pequeñas de los cerros por cinco o diez pesos y un plato de comida. Era siniestro el tal Paquito, y, pese a una cuchillada en la cara y repetidas amenazas, no se corregía.

—Pensar que La Tamara está enamorada del vasco, y él prefiere a La Monumento —observó Casarino.

—Sí, pero La Monumento no trae complicaciones —repuso Mandujano—. En cambio, La Tamara se lo quiere comer con Academia y todo.

Peñafiel y Alvaro observaban con interés a dos mujeres silenciosas y adustas que bebían cerveza cruda de Limache.

—Son “patinadoras” vulgares —dijo Casarino—. No valen la pena.

—Todas estas mujeres han sido tuyas, ¿no es verdad, Casarino?

—Claro —apuntó Galdames—. Azotándose con doscientos o trescientos pesos son de cualquiera.

Alvaro se puso de pie y sacó a bailar a una de las bebedoras de cerveza.

—¿Cuántas preguntas le ira a hacer? —comentó, riéndose, Beltrán.

Terminado el baile, Maturana vio con sorpresa la roja cara de Palomino asomándose tras la cortina de un reservado. Junto a él salían Delpiano y Kleiner acompañados de tres vampiresas muy jóvenes y en avanzado estado de embriaguez. Por suerte, los amigos hípicos iban preocupados en mantener de pie a sus respectivas amigas y no repararon en nadie. El público se reía.

Ya iba amaneciendo. Los músicos habían abandonado su tarima y desayunaban en un rincón. Las conversaciones y las risas se asordinaban. Los concurrentes, pálidos y verdosos, comían y bebían con sueño. Las caras, los ojos, los pechos, las piernas, con sueño, aguantando hasta el último momento.

“Es mucha casualidad —divagaba Maturana—. To-

do parece fraguado... El equipo casi completo... A cada uno su papel y a mí, el más duro... Sólo falta que aparezca la Blanca Pruneda del brazo del bombero Figueroa o de su amante desconocido... Sería la escena final..."

La imagen le hizo sonreír. Por primera vez se sentía totalmente liberado. Como despidiéndose, observó con cariño los rostros borrosos y fatigados de sus amigos. Extraño y agradable sopor nubló sus ojos.

Una franja de luz débil, azulosa, se filtraba, bajo la cortina metálica, a ras del suelo...

Este libro se terminó de imprimir en los talleres de la
EMPRESA EDITORA NACIONAL QUIMANTU LTDA.,
Bellavista 0153, en el mes de julio de 1973.
Edición de 5.000 ejemplares.
Hecho en Chile — Printed in Chile.



JUAN URIBE ECHEVARRIA, catedrático de Literatura de la Universidad de Chile, se ha destacado en nuestras letras como crítico, ensayista y estudioso del folklóre nacional. Nació en Rengo en 1908.

Entre sus obras cabe señalar: *La novela de la Revolución Mexicana* (1936); *Contribución al estudio de la literatura de costumbres*, prólogo a *Tipos y costumbres de Chile*, de Pedro Ruiz Aldea (1947); *Cervantes en las letras hispanoamericanas* (Premio Municipal de Ensayo, 1949); *Pío Baroja: técnica, estilo y personajes* (1957); *Antología para el Sesquicentenario* (1960); *Arturo Alcayaga: poesía y pintura del Supercosmos* (1964).

Incursiona con éxito en la investigación folklórica con publicaciones como *Contrapunto de alféreces en la provincia de Valparaíso* (1958); *Cantos a lo humano y a lo divino en Aculeo* (1962); *La Tirana de Tarapacá* (1963); *Tipos y cuadros de costumbres en la poesía popular de Chile* (1965).

Con *El Púgil y San Pancracio* (1966) se reveló como narrador y en su estilo rápido y vibrante nos presenta aspectos poco conocidos de la vida santiaguina.

JUAN URIBE vuelca ahora su rica experiencia en *Sabadomingo*, novela ambientada en un Valparaíso semidesaparecido y nostálgico. Por sus páginas circula, entre cerros y mar, una impresionante galería de personajes: bohemios, contrabandistas, hípícos de invierno, poetas, dueños de bares, profesores y anarquistas, que componen un friso variado y multicolor en la mágica ciudad.